

LA FLOR DE LA VERDAD

V. E. DICKINSON

LA FLOR DE LA VERDAD

LA FLOR DE LA VERDAD

saga: amores callados

by:

V. E. Dickinson

©V. E. Dickinson
©La flor de la verdad. Saga amores callados
©safecreative: 1710274658782
Portada: pexels.com
Escrito y corregido por: V. E. Dickinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni se incorporación a un sistema informático, ni se transmisión en cualquier forma sin el permiso previo y por escrito de mí misma. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

DEDICATORIA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Palabras de la autora

DEDICATORIA

A tí, lector, que tienes este libro entre tus manos y te dispones a leer, te dedico cada palabra, para frase, cada párrafo y cada capítulo, pues sin tí yo no podría dar a conocer las historias que guardo en el cajón del escritorio y de la memoria.

Disfruta de este libro y, si te gusta, espero que estés dispuesto a leer el siguiente.

Capítulo 1

La mañana avanzaba demasiado deprisa para Soledad Winston, no tenía el menor interés en volver a casa. Prefería estar como en ese momento, no luchando contra sí misma para no oír las discusiones diarias de sus padres. Cierto que tenía a Heidi, pero últimamente estaba distinta y Heidi, no era ni mucho menos, el mejor hombro en quien apoyarse, ya lloraba bastante por la marcha de su amado, una marcha que no encontraría fin hasta un regreso esperado en unos seis años.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Soledad mientras cabalgaba con su amiga por Hyde Park, que, a esas horas, rebozaba de vida con jinetes, Amazonas, coche de caballos e, incluso, mujeres con niños pequeños.

—Dime, ¿has pensado ya en la invitación? —preguntó Margaret, ansiosa por que Soledad dijera que sí, pues odiaba acudir a los bailes y a los fines de semana camperos sola, ya lo había hecho una vez, se negaba a repetir.

—Pues sí, lo he pensado mucho, voy a aceptar. Iré. Heidi viene conmigo, de modo que podremos disfrutar de una relativa tranquilidad, así yo me abro un poco más al mundo y tú no estarás sola, sé que es difícil para tí —sentenció con una leve sonrisa de satisfacción.

—Sí, lo es, pero no quiero ni puedo permitirme una tristeza eterna, he de seguir, aunque esté sola —dijo con amargura, al tiempo que pasaba cerca del lago.

—Tú no estás sola, estoy yo y Heidi te tiene en alta estima. Además, algún día se dará cuenta y te pedirá perdón —habló Soledad más para sí

misma en relación a sus padres, que para su amiga, pues nadie decía que su marido no hubiera encontrado, aquello deseado, en los brazos de alguna mujer de algún puerto mariner.

—Eso espero —dijo Margaret con un ápice de tristeza mezclado con una pizca de ilusión.

Ambas amigas prosiguieron con su camino a lomos de sus caballos por el parque. Ninguna ignoraba que muchos hombres ponía la mirada en ellas. Algunos hombres murmuraban ante la desgracia de Margaret, abandonada tras la boda sin poder obtener el divorcio, sin lucir un amante y sin más opciones que esperar a pesar de sus 20 años de edad. Pero otros, no eran tan inocentes en sus pensamientos, soñaban despiertos con poder tener por esposa a Soledad , a quien su largo cabello negro y ojos grises, estaba haciendo despertar lo más bajos instintos a los hombres mas rectos.

Y eso, no era ningún misterio para ella, pues cuando fue presentada en sociedad, esa noche, todos los ojos fueron puestos en ella, mas no por su belleza, rebajada a un segundo plano, fue por su simpatía, ternura y silencio, pese al comportamiento de su madre, quien interrumpió dos bailes, criticó a todos joven que no había acudido acompañado e interrogó a todo aquel que deseaba bailar con la joven.

Sin embargo, no tardaron en comenzar a llegar las primeras invitaciones a bailes y eventos sociales, así como las visitas y las notas de amistad. La primera amistad fue la de Margaret, pues en Soledad , ella encontró alguien con quien hablar, con quien consolarse. Soledad , en su lugar, encontró en ella alguien con quien sentirse bien sin tener que ocultar nada, aunque su forma de ser distaba mucho de ser quejica o similar.

Y eso, pese a que, desde los 6 años, comenzó su educación para casarse con un hombre de la clase alta. Alguien que no necesitara una mujer para mantener su fortuna, pero que sí la necesitara para formar una familia y poder presumir de una mujer inteligente, hermosa, culta y delicada.

Pero Soledad era una mujer, además, independiente. Obedecía a sus padres, aunque tomaba sus propias decisiones y, más de una vez, las tomaba sin consultar, como esa de acudir al fin de semana organizado por los Harper, pese a que ella, no los conocía.

No los conocía, pero había oído hablar muy bien de ellos. Que Margaret tuviera dos años más le ofrecía la oportunidad de saber de ciertas familias antes de aceptar sus invitaciones, cosa en lo que chocaba con sus

padres, ellos estaban muy seguros de que, lo mejor, era codearse con la flor y nata de la sociedad: los ricos debían estar con los ricos. Aun así, los Harper invitaban a sus fiestas a toda persona cuya reputación no estuviera manchada, ya fuera de la alta sociedad o de la clase media, sus distinciones escaseaban en muchos casos, y, cuando lo hacían, era por motivos de peso, tales como un aniversario a una graduación, si bien, ya todos sus hijos estaban en la Universidad de Londres, únicamente su hija no pudo por ser mujer, pero eso no les impedía que la joven recibiera todo cuanto quería.

Ese detalle estuvo por su cabeza muchas veces. Quizás demasiadas, pero no lo conocía nadie, era uno de los secretos ocultos en su Diario y comentado consigo misma.

—Oye mariposita, deja de bailar y detente ya sobre una flor —dijo Margaret sacándola ya de sus pensamientos—. Algún día tendrás que dejar de fantasear despierta, que hay que estar en lo que se está, no en otra cosa.

—Lo siento, ¿qué me decías? —preguntó Soledad con una sonrisa ya saliendo del parque.

—Decía que si sería muy difícil que vinieras a mi casa. Soledad estoy sola, cada días es más largo, más triste, más vacío. No quiero decir con esto que los criados y mi doncella no me traten bien, sí lo hacen y me facilitan mucho las cosas, pero... cuando estoy contigo, me siento mejor, eres mi amiga, lo pasas mal con tus padres ¿por qué no te vienes? Heidi puede venir contigo. Por favor —dijo deteniendo el caballo justo en la puerta—, dí que sí.

Soledad quedó perpleja, desconocía que debía decir y cual era la respuesta adecuada para una invitación como aquella. Su madre era una persona con mucho carácter, acostumbrada a guiar la vida de quien se cruzara en su camino, así, como a hacerse la víctima. Si se iba con Margaret, la reputación de ambas, aún sin sentido, podía correr serio peligro, e incluso, era posible que se presentara a media noche para que vieran, de ese modo, que ella era una buena madre en busca del bien de su hija. Podía suceder todo y no suceder nada.

—Te preocupan las consecuencias ¿verdad? Pues por una vez en tu vida, enviaras al fondo del Támesis, yo también tuve miedo, pero si en estos casi dos años he aprendido algo, ha sido que nunca, digo nunca, sucede eso que tanto miedo nos da. Te lo aseguro. El ser humano imagine cosas, siempre lo hace, y cree que, lo que imagina, va a pasar. Sin embargo, te aseguro no pasa. Deja de pensar en lo peor, si algo ha de pasar, pasará lo pienses o no.

¿Qué sentido tiene amargarse?

—Tienes razón, no tiene ninguno. Gracias —dijo mientras retomaba la marcha—. Iré a casa y recogeré mis cosas. ¿Vienes conmigo o yo tomo un coche de caballos?

—Tomo un coche de caballos, yo no voy a tu casa ni loca —respondió Margaret con una mirada de temor.

Soledad la observó con ternura. Había olvidado aquel detalle, pero su amiga era imposible que hiciera tal cosa, pues su madre la trató realmente mal cuando Nicholas se marchó. Margaret estaba destrozada y había ido en busca de un apoyo, pero lo único que encontró fue un sermón tan largo como un libro en el cual contaba cómo debía tratar a su marido, cómo debía vestirse, cómo debía satisfacerlo y cuándo debía hablar. Ella llegó a pensar que Margaret nunca más le hablaría, pero aun así, lo hizo. Le habló, la trató tal y como antes la había tratado, aunque nunca más entró en la casa ni acudió a los eventos que la familia organizaba. De hecho, no saludaba a los padres cuando les veía, ni les miraba.

Las críticas, los rumores, las mentiras que inventaban no les afectaban, aunque Margaret, en secreto, lloraba y maldecía el día que su marido se marchó, aunque no decía nada en público. Menos, pensó casi desde el principio, iba a culpar a alguien como Soledad .

—Aunque... —dijo en la puerta antes de separarse— si quieres venir a mi casa y usar a mi cochero... al menos mi marido me ha dejado un hogar y un coche de caballos, no me puedo quejar.

—De acuerdo, me parece una buena idea, una muy buena idea —respondió Soledad , sabiendo que iba a necesitar todas las facilidades posibles, no sería fácil, en absoluto, decir en su casa que se iba junto a una mujer despechada, aunque como Margaret decía: no debía temer, pues lo que fuera a suceder, sería—. Voy a tu casa en ese caso. Pero dime ¿y mi caballo?

—Tu caballo irá contigo a tu casa, si tus padres te lo piden, entrégalo. Te pidan lo que te pidan, déjalo. Aquí tengo más que de sobra para las dos, y dispongo de otro caballo que puedes montar —respondió con una sonrisa serena—. Todo tiene solución en ese mundo, todo menos una única cosa.

Soledad la siguió entusiasmada. Todo lo que conocía, todo lo que había vivido, todo lo que había padecido y todas las puertas que se le habían cerrado, quedaban atrás para darle una nueva oportunidad en lo referente a las relaciones humanas, sociales y personales. Podía elegir con mejor criterio

que invitaciones aceptar, cuales rechazar y como comportarse en los distintos eventos públicos.

Sabía que no podía decir a todo que sí, pero estaba dispuesta a comerse la ciudad, una ciudad que a ella le encantaba. Sí, era oscura. Sí, olía mal. Sí, las cosas sociales se diferenciaban demasiado. Sí, era complicada en ocasiones, mas era donde había nacido y se sentía parte de ello. Sentía orgullo del puente, del río, del palacio, del parque, de la torre, de los museos, del cementerio, e incluso, de los teatros y de las bibliotecas. ¿Qué más podía pedir una persona? Nada.

—Tienes color en las mejillas ¿estás bien? —preguntó Margaret al ver que estaban cerca de la casa y aún sonreía.

—Si, muy bien, pero tengo una pregunta ¿te gusta Londres? —preguntó con una sonrisa juguetona.

—Por supuesto que me gusta, no viviría en ningún otro lugar del mundo ni aunque me ofrecieran el trono de Carlos I de España —respondió tajante acabando la frase con una sonrisa y una mirada feliz—. De Londres al cielo.

Soledad sonrió al oír aquellas palabras, tenía tanta razón Margaret que empezaba a pensar en la posibilidad de que los demás estuvieran equivocados. Su amiga decía la verdad, pues sin duda alguna, agradecía cuanto poseía, pues era una persona que observaba sin rencor ni ambición, algo que abundaba en la clase alta, aunque no en todas las familias, los Harper y los Smith no hicieron nada contra Margaret cuando Nicholas se marchó, todo lo contrario, se unieron a ella para darle todo su apoyo.

Incluso la visitaban a menudo.

—Te tengo que confesar una cosa —dijo Soledad cuando llegaron y vieron a su suegra esperándola en el jardín junto a la fuente—, me da miedo saber como va a reaccionar tu familia cuando sepan que vengo a vivir aquí, si tu suegra quiere echarme estaría en su derecho.

—Eso es fácil —dijo Margaret desmontando y caminando hacia su suegra mientras se quitaba los guantes—, se lo pregunto ahora. ¿Qué le parece que me traiga a aquí a Soledad ? Me haría compañía y ella podría escapar del infierno que es su casa.

Soledad palideció al escuchar aquellas palabras, eran, quizás, las últimas que una madre querría escuchar, pues que una nuera metiera en la casa a alguien como ella no iba a ser feliz, estaba segura de ello.

—Por mí no es problema, al contrario, mientras tú seas feliz... adelante, esta es tu casa, siempre será tu casa —responde con una mirada tierna y una sonrisa franca—, independientemente de lo que pase con mi hijo. Si lo tuviera aquí delante se iba a enterar, es un desagradecido y un... un...

—No se altere, tranquila. Lo que ha pasado y... bueno y... Y nadie más que él sabe por qué. Fue decisión suya. Pase dentro, estaremos más cómodas en la sala ¿no le parece? —preguntó Heidi, mientras Soledad desmontaba algo más tranquila. El primer paso estaba dado, el segundo se acercaba—. Soledad —dijo a su amiga señalando el coche de caballos—, tú ve ahora en el coche a tu casa. Ata el caballo atrás y te traes tus cosas. No entres en detalles, no te rindas y no tardes. Si te amenaza o dice algo, ignórala. Es tu vida, debes vivirla.

Soledad no dijo nada. Hizo lo que Margaret le pidió y subió al coche, con el corazón encogido por el miedo. A medida que el cochero iba acercándola a su casa, el deseo de saltar del coche y huir cuanto más lejos mejor, aumentaba. Ella nunca se había enfrentado a sus padres, nunca había tomado una decisión semejante, pero allí estaba, a punto de emprender la más maravillosa de las aventuras, nadando entre tiburones antes de aprender a respirar, compitiendo contra maestros antes de dar la primera lección.

El miedo fue dando paso a la ilusión hasta convertir los latidos de su corazón en los compases de una de las composiciones de Wolfgang Amadeos Mozart, que su abuelo le tocaba cuando ella era pequeña. Todos los días se acordaba de él, pero, en cambio, sus padres ni iban al cementerio a visitar su tumba.

Ella sí iba, lo hacía cada dos semanas. Muchas veces, Margaret la acompañaba, pero otras, quien lo hacía, era Heidi. Sin embargo, no decía nada a sus padres, ellos aseguraban que, quien moría, muerto estaba, ni sentía ni padecía. Todo cuanto había hecho por ellos ya no tenía sentido, desaparecía de la existencia tal y como la persona a dejar de vivir, aunque para Soledad, una persona vivía mientras fuera recordada y, ella, recordaba a su abuelo cada día, era un hombre, ya de edad, muy especial, muy juiciosos y compasivo, que nunca decía no, si podía decir sí, aunque, a menudo, lamentaba en voz alta el hecho de haber sido suave con su hija, siempre decía lo mismo: una buena reprimenda a tiempo y haberla enviado con su tía, le hubiera hecho mucho bien.

Aun así, Soledad, pese a su corta edad en aquel tiempo, nunca le

reprochaba nada a su abuelo, únicamente se preguntaba como era posible que su madre no agradeciera nada, le parecía que no estaba bien.

Aunque la vio agradecer algo una única vez en su vida: ese día.

Cuando llegó y pidió hablarles, ninguna dijo nada, pero al conocer de las intenciones, los dos casi lloraron de alegría.

—Claro que puedes ir, ahora mismo —dijo su madre—. ¡Megan! Recoge de Soledad las prendas más finas, los vestidos más elegantes. ¡Sebastian! Ve a la biblioteca y toma los libros que Soledad más lee. Se marcha con Margaret. Heidi —dijo al ver que la acompañante se personaba— recoge tus cosas, te va con Soledad a casa de su amiga Margaret.

Por unos instantes, Soledad quedó perpleja. Desconocía si prefería que su hubieran enfadado o, por el contrario, esa dejadez era la idónea. En al casa, todos su pudieron manos a la obra, iban de un lado para otro con ropa, libros, enseres y comida. Incluso su padre se dedicó a escribir una carta para Margaret, la cocinera se esmeró para preparar exquisitos manjares y el lacayo se dedicó a limpiar el caballo y la silla de montar.

Pero Soledad, a cada momento, necesitaba más huir y nunca regresar. Permaneció en la sala, observando el jardín desde uno de los tres grandes ventanales, intentando averiguar qué había detrás de aquella amabilidad tan atípica y si Margaret no hacía todo aquello para llenar el vacío de Nicholas.

Capítulo 2

Quien también pensaba en Nicholas era James Jones , quien empezaba a pensar de otro modo, pues aunque a los 16 años había sido el alma de las fiestas, había sido capaz de bailar casi sin descanso toda la noche, no teniendo otra cosa en la cabeza que no fuera disfrutar, a los 22, la cosa era muy diferente, sobre todo por la marcha de Nicholas que le dejó sin su mejor amigo de la noche a la mañana. Él quería asentarse la cabeza, buscar una esposa inteligente, capaz de tomar sus propias decisiones y muy hermosa, alguien parecida a lady Soledad Winston, pero sin una madre tan autoritaria y con un poco más de carácter.

Sin embargo, él también tenía sus propios problemas: su padre insistía continuamente en que debía ser abogado como él y hacerse cargo de la empresa familiar, pues su hermano Henry se negaba en rotundo a ello, quería, a toda costa, ser policía y, como tenía 25 años, no podía decirle nada ya. Pero podía controlar a James.

Claro que él no era fácil de controlar, estaba decidido a casarse, a trabajar en lo que le gustaba y a hacerse oír, pero no iba a hacer como Nicholas, que se casó y desapareció sin decir a nadie nada. A veces veía a la esposa abandonada pálida por Hyde Park, aunque no se atrevía a hablarle y, cuando veía que estaba acompañada, prefería apartarse, pero lo de Nicholas... para él era demasiado. ¿Qué iba a hacer? Ah, ya, aparecer a los 7 años para que no le dieran por muerto.

—Hola hermanito, ¿en qué piensas? —preguntó Henry entrando en la sala con el periódico en la mano, para sentarse en el sillón frente a James,

enseñando los botines que su padre le regaló por su cumpleaños—. Por cierto, en pocos días llegan tus botines, aguante con tus botas un poco más.

—No te preocupes por las botas, no tienes porque comprarse las cosas que nuestro padre te compra, ya te lo he dicho muchas veces, aunque te agradezco el gesto —respondió James con una leve sonrisa—. Estaba pensando en Nicholas.

—Normal, es algo que no se puede superar tan pronto, es increíble como ha pasado. Lo siento mucho, de verdad —dijo dejando el periódico en la mesita redonda de madera que les separaba a los dos— si quieres hablar, adelante, soy todo oídos, lo sabes.

Pero James no dijo nada, se recostó en el sillón y permaneció con la mirada perdida, fija en el jardín, sin ver nada de cuanto allí sucedía, pese a la mucha actividad existente, pues las criadas se esmeraban en terminar de preparar la drink tea que la familia iba a celebrar en poco más de una hora y, para la cual él, no estaba invitado, pero eso era normal, siempre le dejaban fuera.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó Henry observándole con cariño— ¿Vas a leer en tu habitación o quieres venir conmigo?

—Leeré un rato, ve donde tu quieras, no te preocupes por mí —respondió James con una sonrisa poniéndose en pie—. Me encanta leer, ya lo sabes.

James no quería que su hermano tuviera que perderse la merienda por hacerle compañía, él estaba acostumbrado a estar solo, no quería, lo odiaba, pero ya era una costumbre que prefería antes de estar fingiendo algo que no era y/o no sentía. Henry lo comprendía, por eso, directamente, le dejaba sin insistir. Además, luego siempre se adueñaba de algunas muestras de refrigerio y un poco de té, para llevárselo a su hermano, ¿para qué iba a preocuparse? Le dejó marchar pese a su deseo de ir con él.

Pero desconocía que, en realidad, James no quería estar con nadie. Se estaba volviendo muy solitario. Sus pensamientos, sus sentimientos, sus sueños y sus anhelos estaban escritos en un Diario que escondía debajo del colchón. Leía a casi cada hora que estaba en casa, cosa que pesaba a menudo, pues a parte de solitario era muy hogareño, disfrutaba mucho de estar en casa, si la salida no era obligatoria, no salía. Y, aunque Henry le invitaba a ir con él, no siempre aceptaba, pues en muchas ocasiones, encontró a su padre inventando excusas para no llevarle, lo que le causaba un profundo pesar.

Un pesar del cual no hablaba con nadie, pues él no iba a los bailes en busca de un mujer rica para conseguir un beneficioso matrimonio que hiciera aumentar el patrimonio de su familia, él prefería un matrimonio por amor, que hiciera feliz a las dos, para formar una familia unida. El hecho de tener más o menos dinero le parecía totalmente innecesario, como tampoco prestaba atención al hecho de que ella fuera o no hermosa. La verdadera hermosura para él, estaba en el alma y, la verdadera riqueza, en el corazón.

Pero sabía que sus padres no estaban de acuerdo, la riqueza de la familia había caído en picado desde la muerte “sospechosa” de su abuelo, aunque desde la desaparición de Nicholas parecía volver a salir a flote, algo muy extraño, mas había aprendido a esperar lo inesperado.

Como inesperado fue que llamaran a su puerta antes de que la merienda acabase. James, en un primer momento, supuso que alguien se había equivocado de puerta. Esperó, pues en ocasiones se daban cuenta del error y se marchaban sin más. Sin embargo, volvieron a llamar más fuerte.

—James, soy Henry. Por favor, abre, tengo las manos ocupadas —dijo en tono suave, parecía haber resistido poco tiempo la conversación de la merienda.

—Voy —respondió James apresurándose en cerrar al libro, levantarse del diván donde se había sentado y abrir la puerta—. Vaya, traes muchísimo.

—Pues déjame pasar o coge tu la bandeja, o se me caerá, pesa y estoy cansado, desde la cocina hasta aquí... —dijo con la mirada de cordero que, sabía, tanto hacía reír a James, quien no tardó en alegrar el rostro y coger la bandeja.

James se dirigió tranquilo a la mesa del escritorio que cerca de la balconada había colocada.

—Como siempre, utilizaremos el escritorio, ya sabes que no tengo mesa —dijo disculpándose ante su hermano, pues le era imposible ofrecer mayor comodidad—. Pero muchas gracias por traer comida.

—No sé cuantas veces te lo he dicho, pero volveré a hacerlo: no me pidas disculpas y no me agradezcas la comida, me gusta la merienda contigo, pero creo, es mejor que lo hagamos en otro lugar. Vamos —dijo tomando la bandeja y llevándola al diván—. Comamos en el suelo, igual que cuando éramos niños, nos sentará bien a los dos.

James sonrió emocionado. De pequeños, su abuelo ponía la bandeja en el diván, se sentaba con ellos en un círculo y pasaban la tarde riendo y

contando historias. Estaba claro que su hermano quería, a toda costa, rememorar aquellas tardes en las cuales las charlas eran sobre literatura, arte, teatro e, incluso, el modo de tratar los verdaderos caballeros a las damas. Ciertamente que ellos, en aquellos momentos, eran pequeños, apenas si tenían 7 y 10 años, de no ser porque Henry le contaba muchas cosas del abuelo, James poco podría recordar, aunque también ayudaba el que el abuelo escribía un Diario que pedía a su nieto menor, guardase para que nadie pudiese evitar que, sus escritos, fuesen descubiertos.

Pero no lo hicieron, nadie conocía de aquel Diario y, pese a la distancia que la familia quería poner entre los hermanos, cada día estaban más unidos, sobre todo, desde la marcha de Nicholas.

—Cambia esa cara tan pensativa, te aseguro que te pareces un montón al abuelo, pero a él no le gustaba verte triste, todo lo contrario —dijo Henry mientras tomaba un bollo.

—Estaba pensando, nada más, pensando en el abuelo, en su Diario, en todo lo que tú hacías por mí desde pequeño... Y le necesito, le necesito de veras —dijo comenzando a degustar el refrigerio—, pero sé que con los muertos no se habla. Si al menos nuestro padre hablara de él... no comprendo que ni ahora, cuando es mayor y tiene experiencia en la vida, sea capaz de tratar a su padre con respeto. Hay cosas que no se pueden comprender.

—Tú lo has dicho, no se pueden comprender. No lo intentes, todo pasa por algo, eso te lo aseguro —dijo con una sonrisa, mientras se servía una taza de té.

James también sonrió. Estaba seguro de que su hermano decía la verdad, y, además, confiaba en que algún día, su padre se daría cuenta de lo que hacía. Algún día, importaría más el amor que el dinero, la felicidad que el poder, la conciencia que la posición. Algún día, el cólera dejaría de ser un problema para convertirse en un recuerdo. Un amargo recuerdo, pero nada más.

Y algún día, él, viviría con su amada y unos hijos sanos, fuertes y felices.

—Y mira, tenemos más comida y paz que esos del jardín —dijo con una gran sonrisa mientras se limpiaba la boca con una servilleta blanca—. ¿No te parece?

—Pues sí, aunque tengo una pregunta: ¿por qué has venido tan pronto? Normalmente, vienes cuando comienzan a marcharse o recoger —habló,

mientras observaba a su hermano—. Dime la verdad, ¿qué pasa?

—Nada importante, estaba cansado de charlas sin sentido, de críticas, de problemas y de muertes. Necesito estar con alguien que vea soluciones, que no juzgue y que me hable como tú me hablas, no que me diga lo que he de hacer —respondió con sinceridad mientras observaba a su hermano.

—Comprendo, pero no te dicen lo que debes hacer, te dicen lo que ellos quieren que tu hagas. Yo digo que se ha de dejar a las personas que hagan lo que quieran, mientras no pongan en peligro su vida y/o no arriesguen lo que es de otros —dijo James sirviéndose una taza de té.

—Hablas como el abuelo, aunque ¿no le recuerdas bien, verdad? —preguntó con una sonrisa.

—No, no muy bien, pero sé que es el hombre del cual existe un retrato en el despacho de nuestro padre. ¿Verdad? Sé que sonreía mucho, era muy alegre, pero una noche enfermó y, cuando me levanté al día siguiente no estaba, aunque no me creo lo del cólera. Lo siento —respondió con una sonrisa apagada.

Henry no dijo nada. James era un hombre con mucho sentido común, demasiado para su edad, pero tal vez, era lo que en ese casa se necesitaba, alguien que viera mejor lo que allí sucediera, mas no era fácil cuando eran los padres quienes ocultaban el mundo y creaban un túnel donde los sentidos se afinaban, pero no había permiso para hablar.

—Pues no te preocupes, ya sabes que seré policía, cuando resuelva algún caso pediré ayuda a algún compañero para que investiguemos ¿de acuerdo? —preguntó con la firme decisión de cumplir también esa promesa—. Pero ahora mismo cambiemos de tema, dime ¿hay alguna chica especial?

—No, aún no. me parece muy atractiva lady Winston, pero con una madre tan autoritaria como tiene y ella tan dulce... el hombre que la consiga se va a casar con ella y con la suegra —respondió comenzando a reír con ganas.

Henry hizo lo mismo con ganas. Sus palabras eran ciertas: con una madre tan autoritaria, sería imposible que un hombre con dos dedos de frente, cometiera la locura de casarse con la joven. Pero la auténtica locura sería el elegirla por esposa, pues resultaba casi imposible poder acercarse a ella, era muy complicado tener una media conversación cuando no se le permitía hablar, mirar a los ojos ni tocar, motivo por el cual ella rechazaba casi todos

los bailes, pasaba el tiempo sentada, observando o paseando por los jardines siempre bajo la mirada de su madre, la cual incluso negaba a su marido el comer más de dos canapés o beber más de una copa, pero al mismo tiempo, se quejaba si dejaba de comer o pedía un té.

Sin embargo, los dos hermanos sabían muy bien que era culpa del marido, por no hacer entender a sus esposa que él llevaba los pantalones en la casa. Si el marido no se hacía valer, era normal que ella no lo valoraba, aunque había ciertas cosas que no les olía bien en la familia; el cólera.

Se suponía que el cólera se contagiaba, pero el padre del marido falleció de la noche a la mañana, sin que en la familia hubiera otro caso de dicha enfermedad, ni que el hombre tuviera el menor síntoma esa misma tarde. Los rumores no cesaron en mucho tiempo, pero todo acabó por quedar en el olvido, las personas morían casi a diario, una muerte, más no tenía porque mantener a la ciudad en vilo.

Y eso era algo de lo que ellos no podían hablar con nadie, pues a pesar de todo, ellos no eran escuchados, aunque Henry podía presumir de encontrarse un par de peldaños más arriba que James, y, gracias a ello, podía tener un poco más de charla con otros, así como también era invitado a más sitios, con nadie hablaba con tal confianza y tranquilidad.

Y ese tema tenía cola.

—Demasiada razón tienes, pero la joven es muy hermosa, demasiado. Tal vez no posee el exuberante pecho de otras, ni las caderas voluminosas, pero tiene un rostro tan dulce, con ese cabello negro y esos ojos grises te aseguro que, dejando a su madre atrás, es un buen partido, pero es imposible verla como esposa, supongo que el primero que se capaz de verla, únicamente, como lady Soledad Winston, conseguirá su mano.

Pero es un paseo para el cual se necesitan muchos caballos.

—Sí, opino como tú. Oye, una cosa ¿cómo va lo tuyo con lo de ser policía? —preguntó poniéndose ya serio con la taza casi vacía en la mano.

—Ya lo soy, comienzo el lunes —respondió orgulloso—. Me da un poco de miedo y no podré estar tanto contigo, pero eso no significa que las cosas cambien demasiado, yo seguiré siendo el mismo contigo, pero no me cabe la menor duda de que, con nuestro padre, las cosas si van a cambiar. Aunque... ¿te puedo pedir un favor? —preguntó con una leve sonrisa.

—Claro, ¿qué quieres pedirme? —respondió James impaciente.

—Si nuestro padre te cuenta algo sobre el negocio familiar, ignóralo.

No se va a pique porque tu no seas abogado, eso te lo puedo asegurar. Si se va, digo, si se va, es porque el dinero no está ahí para tirarlo, en absoluto, el dinero está para sacarle provecho. Es una cosa que se cambia por otra, no una que se tira por sí —dijo, con la intención de que no se dejara vencer por supuestos problemas, sabiendo que su padre iba a aprovechar cualquier ocasión para intentar convencerlo.

—No te preocupes, tú comienzas el lunes y yo lo hice ayer —dijo con un poco de vergüenza, pues no sabía si su hermano también le iba a apoyar en ello, ya que era un poco complicado de entender, pero normalmente, le apoyaba en todo.

—¿Tú? ¿En qué? —preguntó con los ojos muy abiertos, pero feliz.

—Estoy escribiendo una novela —respondió avergonzado.

Capítulo 3

La llegada de Soledad a la casa de su amiga Margaret, fue mucho más cálida que la salida de su casa, donde ni su padre ni su madre, estuvieron para despedirla, únicamente le dieron sus cosas, le dieron 25 mil libras y regresaron a sus quehaceres: bordar y revisar los libros de contabilidad.

No hubo más. Ni una mirada, ni un beso, ni un suspiro... Nada.

Soledad lloró desconsolada en el coche de caballos. Heidi siempre le decía que, pasara lo que pasara, no debía permitir que la vieran llorar. Debía mostrarse fuerte, entera en todo momento. Sin embargo, en esa ocasión, ni una ni la otra se sentían con fuerza para ello, era preferible el silencio y dejar salir lo que sentía, en lugar de estar aguantando algo tan cruel.

Por suerte para ella, cuando llegó, el lacayo se apresuró a abrirla la puerta y ofrecerle su pañuelo.

—Bienvenida señorita, no llore por favor —dijo con el trozo de tela mal bordado en la mano—. Tome, límpiense.

Soledad no pudo contener una amplia sonrisa. Entre las lágrimas, dejó escapar un ápice para con los demás, aquel lacayo era una persona muy dulce, se trataba de un niño huérfano que Margaret utilizaba para casi todo. Se encargaba de tantas cosas que, incluso, le puso una habitación en la casa para él solo. Una habitación en la que, además de una cama, poseía una mesa de estudio, una silla, un armario y un tocador. El niño disfrutaba y, aunque había llegado hacia dos años sin saber nada más que cuidar de las personas enfermas, ya había aprendido a escribir, leer, montar caballos, ensillar, limpiar los zapatos, poner la mesa, cuidar el jardín... Y estaba aprendiendo a

contar, por lo que incluso acompañaba al ama de llaves y al mayordomo al mercado.

Mas aquel pañuelo, era lo único que él tenía de su familia. Al menos, era algo interesante, no como ella, cuyo único recuerdo era la indiferencia total, después de tantos años de humillación y control desmedido.

Tomó el pañuelo y se limpió con él, prometiéndose que, delante de aquel chiquillo, no volvería a llorar, era un niño valiente, decidido a salir adelante en memoria de su madre, ella también lo haría, por sí misma y por su abuelo, que tanto le enseñó y tantas historias de superación le contó.

—Verá, Margaret se encuentra dentro, la acompañaré —dijo tomando una de las maletas, mientras el mayordomo tomaba el resto del equipaje con la ayuda de Heidi.

A Soledad no tardó en salir a recibirla la suegra de Margaret.

—Buenos días, bienvenida a esta casa, alégrate mujer, no estés triste —dijo sonriente—. Verás como aquí toda va mejor. Margaret ha elegido para tí la habitación de invitados que está frente a la suya, verás lo hermosa que es.

—Gracias —respondió Soledad sin saber bien que decir, pues todo aquello era demasiado extraño y nuevo para ella, pues además, ella no la conocía, aquella mañana fue la primera vez que se habían visto y, sin embargo, allí estaba, tratándola como si fuera alguien de toda la vida. Lo agradecía, era bastante agradable, pero no comprendía a las personas—. Yo no sé muy bien que decir, esto me ha pillado por sorpresa.

—Eso es normal, pero verás como te acostumbras enseguida —dijo la mujer entrando en la casa—. Ven conmigo.

La mejor la llevó consigo hasta la segunda planta. Las escaleras estaban cubiertas de un mullida alfombra color rojo oscuro. Resaltaba con el blanco de la pared y con el dorado del pasamanos. Los cuadros de la pared eran todos muy hermosos, podía distinguir a simple vista un cuadro de William Beechey, uno de William Dobson y otro de Reynolds. La casa, desde la entrada, estaba repleta de arte, tanto de pintores como escultores. Y no podía dejar de admirar el orden de la vivienda, una casa tranquila, silenciosa, ordenada, limpia... ¿qué más podía pedir?

Claro, no podía olvidar a... No podía olvidar a esa mujer que tenía a su lado, era una mujer ya con cierta edad, con arrugas, vestida de negro y el cabello canosos recogido en un moño. Era una mujer algo entrada en carnes que, además, llevaba siempre el mismo colgante, uno de plata en forma

ovalada.

—Esta será tu habitación, pero si quieres otra o, tal vez, quieres cambiar algo, puedes hacerlo. ¿De acuerdo? Esperamos que te guste —dijo, abriendo la puerta. Permaneció allí, quieta, invitándola a pasar—. ¿Qué te parece?

Soledad quedó ensimismada ante aquella visión, pues la habitación era enorme, luminosa, clara, con todo lo que podía necesitar. Había tanto espacio y tantas cosas que allí podía permanecer todo el tiempo necesario sin que tuviera la menor necesidad de salir de aquellas cuatro paredes. Quedó sin palabras, mas estaba tranquila, sabía que Margaret no mentía y, si le había dicho que esa era su habitación, lo era.

—¿Te gusta? —preguntó Margaret de pie junto al diván que se encontraba a los pies de la cama con dosel.

—Me encanta, pero es más de lo que merezco, yo... no sé que decir —respondió emocionada con lágrimas en los ojos, aunque en esa ocasión, eran lágrimas de felicidad.

—Pues entonces no digas nada —dijo acercándose a ella y tomándole las manos con una gran sonrisa—, tú relájate, descansa, entre Heidi y yo pondremos tus cosas en su sitio.

Soledad no dijo nada, sonrió y se sentó en el diván, mientras el mayordomo y Heidi, colocaban sus maletas en la habitación. No eran muchas, pero ella tampoco tuvo demasiado ánimo para recoger, lo hizo Megan por ella, motivo por el cual tenía Heidi mas pertenencias.

—Mi madre me ha dado dinero —dijo una vez el mayordomo se marchó.

—Pues quédatelo, a mí no me tienes que pagar nada —respondió Margaret abriendo una de las maletas—. Perdona, ¿puede decir a la cocinera que haga el favor de preparar algo de comer?

—Por supuesto —respondió la suegra sonriente, para salir de la habitación sin tardanza.

Soledad no tenía ganas de comer, pero el detalle era el detalle y no podía decir que no, pues sería un acto muy desagradable, máxime, después de todo lo que estaba haciendo por ella.

Por ella y por su estilo, pues no dejó casi ningún vestido.

—Este no, este tampoco, este menos... —decía Margaret mientras veía los vestidos y los arrojaba al suelo— Son horriblos, qué horror. Mañana

vienes conmigo a la tienda y te compras vestidos nuevos, estos son muy feos, creo que sería mejor que los lleváramos a los barrios bajos, así los pobres podrán vestirse. ¿Te parece bien? —preguntó Margaret dejando caer al suelo un vestido marrón con encaje negro y un par de volantes grises.

—Sí, al menos servirá para algo —respondió con tristeza—. Margaret ¿qué planes tienes para mí?

—Para tí no tengo ninguno especial, únicamente que pasemos la temporada juntas. Me da un poco de miedo pasarla sola. Miedo y soledad, pero contigo la cosa cambia ¿lo comprendes?

Soledad no respondió, permaneció inmóvil, dedicada tan solo a hacerle un gesto con la mano. Un gesto de conformidad, que fue suficiente para Margaret, quien feliz, se dedicó a dejar tan solo la ropa interior, el corsé, un par de zapatos y dos vestidos. Uno era el que tenía puesto, el otro era uno azul con encajes en blanco. Tenía un pase, era bonito, aunque lo que le hizo mantenerlo, fue que Heidi se lo regaló cuando cumplió los 18 años.

—Margaret ¿y si Nicholas regresara? —preguntó poniéndose en pie, dispuesta a comprobar que libros había introducido en su equipaje Sebastian.

—En ese caso, sería la mujer más feliz del mundo —respondió con una amplia sonrisa uniendo sus manos como si rezara al cielo al cual observaba con la cabeza hacia arriba y los ojos brillantes de emoción.

—Ojalá ese día llegue —dijo con una sonrisa— y pronto.

—Llegaré, como llegará el día en el cual tu encuentres también un hombre, pero un hombre que te ame, te comprenda, te desee y no te abandone hasta la hora de la muerte —dijo Margaret sincera, tras cuyas palabras abrazó a Soledad .

La joven Winston era muy consciente de que, entre Margaret y ella, había una diferencia tan abismal como de largo era el Tamesis, pues mientras una expresaba su alegría y su tristeza en la casa con total normalidad, la otra no podía expresarse abiertamente en ningún lugar. La había educado tan en silencio, que no podía. Sentía, pero le era del todo imposible coger esos sentimientos y sacarlos fuera. A nadie le importaban y nadie se lo pedía. Con Margaret estaba un tanto más tranquila, pero no dejaba de oír en su cabeza aquello de: tú ver, oír y callar.

—¿Qué pasa? —preguntó Margaret al ver que ella no le devolvía el abrazo.

—Nada, yo...

Soledad se sentía fatal. Su amiga le había dado un abrazo sincero y ella no había tenido el menor valor para poder devolvérselo. Era una desagradecida, lo tenía claro, pero ¿qué iba a poder decirle? Sus padres estaban muy lejos, no veían lo que ella hacía y, sin embargo, sentía que iban a reñirle de un momento a otro, pero no quería contarle sus penas, ella había tenido las suyas propias.

—Ya, no estás acostumbrada. Relájate, ante de lo que piensas estarán pidiendo esas muestras. Vamos a comer —dijo Margaret con una sonrisa sincera mientras la acompañaba fuera de la habitación— verás lo bien que cocina mi cocinera. Era de las mejores de la ciudad.

Margaret sabía que ella no había probado nunca nada preparado por Eve, pues nunca había asistido a una merienda o un baile en su casa, de hecho, incluso faltó a su boda, aunque no se lo tuvo en cuenta, sabía que la madre no lo permitió, pero sí se presentó, obligándola a dejar pasar tanto en la iglesia donde tuvo en cuenta, sabía que la madre no lo permitió, pero sí se presentó, obligándola a dejar pasar tanto en la iglesia donde tuvo lugar la boda y, a continuación, en la vivienda, donde se encargó de ser el centro de atención, algo que le encantaba, en contraste con Soledad, la cual se dedicó a enviarle una muy larga y sentida carta que le entregó en mano un par de días después de la boda. Aún conservaba esa carta y la sensación de que, algo había pasado en la boda, pues Nicholas cambió esa misma noche, pero no sabía como decirle eso a Soledad, que se creyera culpable era lo último y, sin embargo, casi siempre se sentía por todo lo que pasaba a dejaba de pasar, parecía irremediable.

Pero le quedaba la esperanza de que, una vez se acostumbrara a estar allí, pudiera hablar con ella más tranquila y poder, de ese modo, encontrar una respuesta a alguna de las preguntas que esperaban allí en su mente, aunque no con la alegría que la cocinera esperaba que Soledad disfrutara de la comida, algo que sucedió con rapidez, pues tras el primer bocado, los siguientes no se hicieron esperar, demostrando que estaba deliciosos y que ella, además, tenía hambre, momento en el cual Eve se marchó de regreso a la cocina.

—Bueno, ya veo que te gusta, ¿qué quieres hacer después? —preguntó Margaret, por si tenía algo que preparar o algo que buscar.

—Pues me gustaría ver la casa, no había estado nunca aquí, lo sabes —respondió con una sonrisa saboreando una taza de té—. Está exquisito...

Margaret aceptó encantada, esperando que Soledad no hubiera pasado por algo la imagen de su abuelo, aunque, en parte, esperaba que la historia que tenía que contar no fuera demasiado compleja para poder comprenderla, pues dudaba que Heidi se negara, al fin y al cabo, era imposible que ese secreto se mantuviera eternamente, sobre todo, porque si ella lo sabía, una única persona iba a ser perjudicada: ella.

Que Soledad conociera a su verdadera madre, se daría cuenta de que ella no era otra cosa que una mujer de la clase baja que había tratado muy mal a quienes tanto habían hecho por ella. Sería una desagradecida cuyo futuro sería servir a los demás como su verdadera madre, que no podía decirle quien era su padre porque no lo sabía.

Por ello Margaret se lo pensaba tanto, pero ¿cómo iba a permitir que siguiera viviendo en una mentira? ¿Qué hacía que ella fuera diferente a los Winston?

—Margaret, te moto triste ¿qué te pasa? —preguntó Soledad al ver su amiga palidecía poco a poco.

—Nada... tengo algo que contarte pero no sé cómo hacerlo, estoy tan confusa... —respondió poniéndose en pie.

—¿Confusa? Mírame a mí, aún tengo el traje de amazona, soy un desastre —dijo, al tiempo que aprovechaba la situación para reír y animar a su amiga.

—Eres lo que no hay, pero lo cierto es que yo tampoco me he dado cuenta. Anda, ve a tu habitación, vístete y nos vemos aquí mismo —dijo con una sonrisa forzada.

Soledad así lo hizo. Estaba ansiosa por saber que iba a contarle Margaret, pues además, ella nuna había tenido ningún secreto, todo lo contrario, pero por algún motivo, aquel secreto la asustaba mucho. Empezaba a pensar que, quizás, por aquel asunto la llevó a su casa, aunque le parecía algo extraño, lo más seguro era que la hubiera llevado para poder tener una compañía cuando su suegra no estaba.

—¿Qué vestido vas a ponerte? —preguntó Heidi mientras llegaban a la habitación— ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy, pero no sé que querrá decirme Margaret, está muy misteriosa, no es propio de ella —respondió al tiempo que entraba en la habitación cerrando la puerta—, únicamente me ha quedado uno, de modo que ese.

Heidi la ayudó a vestirse en silencio. Sabía que ella era una persona muy abierta de mente y que Margaret conocía su secreto, ella misma se lo contó, pero prometió no iba a decírselo hasta que no llegara el momento adecuado. Desconocía si podía hacer algo para evitar que el secreto se conociera, pero una vez salió de la casa, conociendo a lady Winston, era casi seguro que se haría la víctima herida.

—¿Qué te pasa a ti, ahora? —preguntó al ver que también Heidi parecía misteriosa.

—Nada Soledad , pensaba, nada más —respondió.

—Bueno, da igual, me lo vas a contar tarde o temprano... —dijo Soledad una vez se encontró vestida— Vamos a ver a Margaret y luego me cuentas ese secreto.

—Pero ¿y si el secreto no te gusta? —preguntó Heidi con tristeza.

—Ese es un riesgo que voy a correr, lo que menos me gustan son los secretos, lo sabes ¿no?

Heidi guardó silencio y sonrió levemente. Estaba segura de que la intención de Soledad era animarla, pero desconocía si eso iba a poder ser cierto, aunque conociéndola como lo hacía... Lo llevaría bien. Al menos, un tiempo, luego... La temporada acaba de comenzar, hasta junio quedaba mucho por delante.

Mas todo llega y a ella le llegó el momento de escuchar a Margaret. Soledad estaba ansiosa, aunque la noticia...

—Soledad , te lo voy a decir sin rodeos, si comienzo con las explicaciones nunca lo diré: Heidi es tu verdadera madre.

La joven cayó sentada en una silla. Aquello superaba con creces todo cuanto pensaba que podía decirle. Su historia, sus sueños, sus deseos, su base cayó al suelo destrozado cual pieza de cerámica desde el tejado a un camino de piedra, y, sin embargo, no podía sentirse engañada. Si triste y no únicamente por ella, también por Heidi y por los Winston, pues en ese caso, ¿Quién era ella? ¿Quién era su padre? ¿Cómo iba a poder salir con alguien o casarse? ¿Qué pasaba con sus sueños?

Capítulo 4

Henry se sentía orgulloso de su hermano, pero James prefería que no se lo dijera a nadie, pues al fin y al cabo, sus padres no iban ni a permitirlo ni a dejarle tranquilo. Era una profesión digna, pero aun así, era una historia que mejor obligarlo a olvidar, él lo sabía, mas le veía tan alegre y emocionado...

—Me alegro muchísimo por tí, te deseo mucha suerte, no permitas que nuestro padre te hunda no le des esa satisfacción —dijo Henry llenando de nuevo su taza de té—. Dime ¿brindamos por un Jones ?

—Claro —respondió con una sonrisa James—. Brindemos por nosotros. Ambos hermanos brindaron con té por el bienestar y la suerte del otro, ajenos a que el mayordomo, les escuchaba detrás de la puerta, dispuesto a contar todo a su señor, pues, en su opinión, habían trabajado su abuelo y su padre muchísimo, para que ellos hicieran lo que quisieran sin más. No iba a permitirlo.

Cuando se aseguró de que ambos se habían terminado de contar sus secretos, bajó al despacho para contar cuanto había oído, ajeno a los consejos que estaba dando Henry a James.

—No dudes en hacer uso de mi caja fuerte. La combinación es 12-26-14. Deja allí siempre, cada día, los avances que hagas. No lo olvides de ese modo no te podrán tirar, romper o lo que quieran hacer, lo que escribas ¿de acuerdo?

—De acuerdo, te lo agradezco.

—Vamos hombre, para eso están los hermanos mayores.

Ambos decidieron mantenerse en la habitación un rato más.

Aprovecharon para tomar un libro y comenzar a leer por turnos como cunado eran pequeños. Cada uno en capítulo. El tiempo se les pasó sin que se dieran cuenta. La tarde dio paso a la penumbra de la caída de la noche y las farolas de gas comenzaron a iluminar la noche. Un lugar hermoso, lleno de color y formas, dio paso a una oscuridad donde apenas se percibía la forma de una silla colocada frente a un arbusto en flor.

Pero nadie se ocupó de avisarles, todos se dedicaron a sus cosas dejando a los dos hermanos como si ambos no existieran, aunque ellos estaban acostumbrados. Llevaban mucho tiempo igual y, el hecho de seguir su camino, les alejaba de la familia.

Eso era algo que Henry a duras penas podía soportar, aunque James, se hundía más en su propio interior, confiando en que, en el momento crítico, su hermano le echaría una mano, al fin y al cabo, siempre habían estado juntos y, confiaba, en que pasara lo que pasara, seguirían estándole hasta el final.

Mas cuando la noche acabó por caer de manera definitiva, James no tardó en dormirse sobre la cama después de haberse quitado únicamente las botas y la chaqueta. Su hermano, abrió la puerta, tomó la bandeja y salió dejándolo descansar. ¿Para qué iba a contarle que sus padres iban a salir? Ellos no querían que ninguno les acompañara, por lo tanto, no era asunto de ninguno de ellos donde fueran o dejaran de ir.

Aunque James tenía otros planes. Tras un rato dormido, se despertó sobresaltado. No era la primera vez que le pasaba, pero esa fue la peor, un sueño confuso en el que su abuelo pedía que mirara algo, le señalaba un lugar, pero no podía ver dicho lugar, únicamente podía ver que le señalaba. El lugar donde se encontraba no era el despacho, al contrario, era en el desván, pero allí, el desván estaba ya ocupado, convertido en una habitación para el mayordomo, pues pidió, un día sin esperarlo nadie, que le dieran una habitación privada. Su padre no tardó en complacerle, aunque no significaba que, quizás, allí había algo, mas encontrarlo iba a ser complicado, sería necesario sacarle de la casa, de ese modo no podría sorprenderle, aunque tampoco iba a ir cuando todos estuvieran levantados.

Llegó a pensar que, quizás, iba a ser una locura, pues al fin y al cabo, lo era. Guiarse por un sueño. Nadie iba a creerlo, él hubiera ido el último en creerlo, pero no le quedaba más remedio, era algo que necesitaba conocer, guiarse por su instinto era lo único que recordaba con claridad de su abuelo, nada más que eso. Lo demás, era gracias a Henry. Lo que ninguno le había

enseñado era a tener paciencia. Pasó un largo rato esperando no sabía que, dando vueltas por la habitación, hasta oír el sonido inconfundible de unos caballos que se acercaban. Observó por la ventana, pero no veía nada, desde su habitación no siempre veía cosas interesantes, aunque decidió entonces salir y esperar a ver que podía ver desde la escalera, pues parte del hall se podía ver desde allí, con lo que podría saber quien llegaba a tan altas horas de la noche, cuando no permanecía nadie de la casa levantado, pues incluso el mayordomo y el ama de llaves se habían acostado según podía escuchar en una breve conversación.

—Ni el ama de llaves ni el mayordomo están aquí —dijo una voz de mujer que él reconoció como la de su madre.

—Se habrán dormido, ya no son tan jóvenes y nosotros nos hemos retrasado bastante —respondió una voz de hombre que no era la de su padre.

—Sí, es cierto. Pero así, nadie nos ve —dijo ella mientras acariciaba el rostro de él.

—Yo te veo y es lo único que necesito —dijo él comenzando a besarla en los labios con pasión.

James tuvo suficiente y regresó a la habitación. No era nada extraño que una mujer de la alta clase social tuviera un amante, al igual que el hecho de tenerla el mando tampoco era nada novedoso. Al fin y al cabo, casi todos los matrimonios eran concertados con la intención de que las familias vieran aumentado su patrimonio y afianzada su posición social. Por desgracias, al no haber divorcio, el matrimonio se mantenía durante toda la vida de uno u otro cónyuge, a no ser que el marido a la mujer desapareciera durante 7 años consecutivos sin dar ninguna señal de vida, y, entonces, se le daba por muerto,, por lo que el cónyuge podía rehacer su vida, aunque muchos se casaban sin tener en cuenta ese detalle, pero eran los menos por suerte.

Sin embargo, James se preocupó. Que su madre tuviera un amante podía tener consecuencias desconocidas y, con lo impulsivo que era su padre, empezaba a pensar que, quizás, cometiera cualquier locura, para lo cual no estaba preparado y menos en ese momento, cuando tanto él como Henry, empezaban a caminar por su propio sendero, pero lo peor era que, si pasaba algo, su padre perdería el trabajo, pues la empresa no era suya, era del padre de su madre, quien en el contrario antes del matrimonio, indicó con claridad, que, si pasaba algo, él perdería el puesto y pasaría al hijo mayor, quien podía, o no, aceptar el puesto.

—James, ven aquí —dijo Henry entre susurros haciendo señas para que se acercara a su habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando entró en la habitación— ¿Quién es?

—¿El que está con nuestra madre? Su amante. Llevan años juntos. ¿Recuerdas el año que estuvo en Bath? Se fue porque se quedó embarazada y estuvo amamantando al bebé. Nuestro padre no lo sabe, él está ocupado en el Club son sus amigos, sus copas y sus apuestas —respondió Henry dando en voz baja toda la información a la que su hermano antes no tuvo acceso por permanecer ajeno a todo.

—Entonces... ¿tenemos un medio hermano o medio hermana? —preguntó Christopher curioso.

—Sí, un medio hermano —respondió Henry al tiempo que se acercaba a la pequeña estantería que en su habitación tenía—. Ahora tiene 9 años, es rubio al contrario que nosotros, una monería de niño. Mira, es este de aquí.

Henry tomó un libro, un ejemplar de “El último hombre” escrito por Mary Shelley y publicado en 1826. Lo abrió y sacó una fotografía que le había pedido a un amigo que le sacara, para enseñarle aquel hermano que él no conocía, y, que desde el primer momento, le cayó bien, al fin y al cabo, aquel niño no tenía ninguna culpa, era un niño inocente.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó James con curiosidad.

—Creo que Daniel, no lo tengo muy claro, nunca le he visto, pero sí se que no es rico como nosotros, la vida no le va tan bien, su padre apenas puede alimentarle y vestirle con lo que nuestra madre le da cada mes. Hoy ha venido para pedir dinero, aunque desconozco si ha podido o no darle. El amigo que tengo sabe donde vive el niño y, cuando puedo, le hago llegar ropa, libros, dinero... Pero tengo que tener cuidado, si me descubren no sé como voy hacer para explicarlo.

—Comprendo, pero entonces sabes donde vive... ¿nunca has estado allí ni has querido ir? —preguntó James interesado.

—Sé donde vive pero ¿cómo me presento? ¿Qué digo? —preguntó Henry sentándose en al cama junto a su hermano.

—Pues... no sé... descansemos y mañana vemos eso. ¿Está muy lejos? —preguntó James mientras dejaba la fotografía debajo de la almohada.

—No, a pocas horas ¿por qué?

—Pues para ir. Anda, duerme y confía en mí —respondió con una sonrisa James tumbándose sobre la cama de su hermano, quien sonrió y no

tardó en imitarle—. Buenas noches.

James no tardó en dormirse. Tenía que entrar en la habitación del mayordomo, saber que había allí, pero antes de darse respuestas a sí mismo, un niño necesitaba ayuda. Un pequeño de tan solo 8 años que, además era de su familia. ¿Cómo no iba echar una mano? Tal vez, incluso, pudiera hacerse amigo y tener un tema interesante en su vida. Además, con esa edad, un niño iba a necesitar mucho, no quería que trabajase como otros niños, no, mientras su verdadera madre disfrutaba de una posición social que no se merecía. ¿Cómo podía tener un hijo así? De seguro que teniendo dos hijos en los cuales no había dedicado ni una semana en más de 20 años.

Aunque la respuesta iba a llegar pronto, al igual que la mañana que no tardó en despertarlos. Ambos lo hicieron casi al mismo tiempo, aunque de manera distinta, pues James tenía claro lo que iba a hacer, pero Henry nadaba en un mar de dudas a punto de ahogarse.

—Tengo que preguntarte ¿cuál es tu intención? —preguntó Henry curioso.

—Pues está claro, creo. Vamos a ir en busca de ese medio hermano, lo mejor que podemos hacer es conocerle, una vez le hayamos conocido, podremos tomar la decisión correcta, pues como tu mismo me ha dicho tantas veces, es necesario conocer todas las opciones, para poder elegir bien —respondió James colocándose bien el cabello—. Voy a vestirme de limpio y partimos, a no ser que tu tengas otros planes.

—No, no los tengo, al menos, no son tan interesantes como este tuyo, me está gustando cada vez más —respondió esbozando una sonrisa sincera—. Cuando volvamos te llevaré a un sitio que te gusta.

James sonrió. Salió de la habitación de su hermano y entró en la suya, dispuesto a arreglarse. También se afeitó y peinó un poco. Estaba seguro de que, cuando estuviera junto a aquel niño, quizás no podría decirle todo lo que debía, pero aun así, sabía que debía hacerlo. Era necesario ayudar al pequeño, no podía dejarlo abandonado, como si de un extraño se tratase, era su medio hermano y la necesidad era tal que el padre necesitaba pedir dinero para alimentarle ¿cómo podía vivir así su madre? Ni lo comprendía ni quería comprenderlo, debía actuar.

Y cuando se arregló, no tuvo ya la menor duda. Le gustara o no lo que encontrar donde iba, era mejor que permanecer con la duda.

Salió de la habitación al tiempo que lo hacía Henry, el cual llevaba en

la mano el libro donde guardaba la fotografía. También James portaba en su mano algo: un maletín, con los datos de la novela en la que trabajaba y las cuatro páginas ya escritas.

No querían ninguno de los dos ser descubiertos por nadie que deseara indagar en sus secretos.

—Muy bien, me alegra saber que escuchas cuando hablo, vámanos, pediremos un coche, mientras menos gente sepa donde vamos, mejor —dijo Henry en voz baja, al tiempo que caminaba junto a su hermano y observaba a todos lados, pues quería asegurarse de que nadie les escuchaba.

Pero lo cierto era que nadie estaba lo suficientemente interesado en oír cuanto decían o comprobar donde se dirigían, al fin y al cabo, trabajaban demasiado, cobraban muy poco y eran muy mal tratados, aunque el mayordomo era todo lo contrario. Cobraba el doble, tenía todo cuanto podía necesitar y estaba tan bien considerado que mas de un mayordomo, parecía un miembro de la familia y, cuando a primera hora le contó a lord Bruce Jones lo oído a sus dos hijos, subió incluso a James en el escalafón familiar.

—Me parece bien que me lo cuentes —dijo lord Bruce Jones una vez el mayordomo dejó de hablar—. Tendré que tener cuidado con Henry, puede venir en mi contra, pero James... Ese es otra cosa. Estoy seguro de que puede tener mucho éxito, de modo que, sea como sea, debes sabotearlo pero sin que él lo sepa. Asegúrate de que se hunde, de que está mal. Da igual como lo hagas, pero si él se rinde, yo podré convencerlo para que se haga un lugar en la empresa y, de ese modo, pase lo que pase entre mi esposa y yo, no perderé ni reputación, ni dinero ni pertenencias. ¿Has entendido?

—Sí, lord Jones , lo he entendido muy bien. Cuente conmigo, estoy a su disposición, aunque ya sabe el precio —respondió el mayordomo alargando la mano.

—Por supuesto. Ten, veinte mil libras y, cuando se hunda, te daré otras veinte mil. Estoy seguro de que vas a ser un hombre muy rico —dijo lord Jones sin tener en cuenta el daño a su hijo, estaba dispuesto a todo por mantener tanto el dinero como la posición social. Si su esposa no le amaba, al menos, iba a cubrir ese vacío con dinero, la piedra angular de la sociedad.

El mayordomo estaba feliz, el conseguía cuanto deseaba y lo demás no le importaba, pero si le interesaba poder contar con la ayuda de algunas personas de la casa, aunque había comenzado a fallar, pues en cuanto observó desde una de las ventanas el jardín para intentar saber donde se encontraba el

jardinero, descubrió que tanto Henry como James, subían a un coche de caballos sin haber hablado con nadie.

Hablaban entre ellos y se sentían bien, sobre todo, porque veía a James reír a carcajadas, algo que, aparentemente no sucedía nunca, pero que el mayordomo veía como una declaración de guerra. Él, que llevaba toda su vida siendo un miembro de clase media viendo a los de clase alta disfrutar y arrojar a los animales las sobras con las que él y su familia se alimentaban, no iba a permitir que su oportunidad desapareciera por el capricho de un niño tonto.

Mas el niño tonto reía por una petición que su hermano le había hecho. Una petición que tenía mucha razón detrás, quizás, demasiada para tomársela a broma, pero prefería reír antes que llorar.

—Prométeme que no vas a permitir que una mala familia, te haga apartar la mirada de una buena mujer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió James entre risas con el pensamiento en una joven morena de ojos grises, que respondía al nombre de Soledad . El no iba a tener en cuenta a la madre de ella, pero ¿y ella?

Capítulo 5

El viaje de Henry y James hasta la ciudad de Bristol fue una trayectoria larga, llena de confusión, miedos y dudas, pero aun así, la emoción les superaba. Para ambos era entrar en un mundo distinto al suyo, sin el permiso de sus padres, de hecho, eran muy conscientes de que, si alguna vez se enteraban, iban a hacerle compañía a ese medio hermano.

Pero cuando llegaron a la ciudad, el miedo se convirtió en compasión. Tenían tantas ganas de verle delante, que estaban incluso dispuestos a ir corriendo, mas como caballeros que eran, permanecieron quietos en el coche de caballos, inmóviles, observando el lugar, aunque sin ver nada. Estaban nerviosos y únicamente querían verle, mas ninguno se dio cuenta de que, en verdad, no pensaron en lo que iban a decirle.

Y cuando llegaron, se observaron ¿quién hablaba? Era cosa de Henry, pero el ir, fue cosa de James. Entonces...

El cochero bajó y él mismo les abrió la puerta y les ayudó a bajar, no había lacayo, el barrio era pobre y no pocas vecinas se asomaron a la puerta de sus casas para saber quien habían llegado con tanto lujo.

—¿Cuál es la casa, Henry? —preguntó James dando el primer paso.

—Esa —respondió Henry señalando una puerta cerrada.

—Bien —dijo James volviéndose al cochero—. Dejamos en el coche nuestras cosas, espere aquí, no sabemos cuanto vamos a tardar.

—Muy bien, esperaré —respondió el cochero apoyándose en el coche y cruzando los brazos.

Los dos hermanos se acercaron a la casa. James llamó con cautela.

Desconocía totalmente lo que iban a encontrar, aunque esperaban no haber llegado demasiado tarde, pero si estaba ya trabajando, no iban a permitir que siguiera.

—Perdonen, pero allí no hay nadie, el padre no ha llegado aún y el niño está en mi casa. ¿Qué desean? —preguntó una mujer ya mayor, con el cabello canoso y con un vestido sucio, roto y descolorido.

—Queríamos saber del niño, conocerle —respondió Henry—. Sabemos que... bueno que su madre...

—Sin rodeos. Sabemos que el niño tiene a su madre en Londres, que necesita ayuda y que tiene a su padre pidiendo por él. Queremos conocerle, hablar y ver como podemos ayudar —explicó James con una leve sonrisa y observando a la mujer a la cara.

—Pase a mi casa, el padre no tardará mucho en volver, espero que consiga lo que quiere, porque de lo contrario, no hay duda, el niño tendrá que ir al puerto a trabajar o a la mina —dijo la mujer invitándoles a pasar a su casa—. Mis dos hijos trabajaban allí, pero fallecieron en un accidente hace unos años.

—Lo lamento mucho —dijo Henry entrando en la casa de la mujer, una casa pequeña, pero limpia, ordenada, con muy pocos muebles pero sí algunos juguetes en un rincón. Al niño no se le veía por ningún lado.

—Gracias. Fue hace tiempo. Por suerte cuido del niño mientras el padre va a pedir dinero o trabaja, hace que mi día a día sea menos solitario. Sentaos, voy a por el niño —dijo mientras ellos permanecían quietos y en silencio.

Aquel lugar era un lugar muy triste y muy apagado. Ellos preferían no tener relación con aquello, pero no les quedaba otra. Sentían pena por la mujer, mas no podían permitir que su miedo hermano viviera allí, era del todo impensable.

Y cuando por fin le tuvieron delante, James, se arrodilló ante él para ponerse a su altura. Era un niño no muy alto, con el cabello rubio algo ensortijado, los ojos azules y muy delgado. Le tomó las manos diminutas entre las suyas. No tardó en abrazarle y, alzarlo para sentarse en una silla con el niño en su regazo.

—Dime una cosa ¿cómo te llamas? —preguntó James.

—Me llamo Daniel —respondió el niño algo asustado.

—No tengas miedo Daniel. Yo me llamo James y él, es mi hermano

Henry. Dime ¿qué te ha contado tu padre sobre tu familia? —preguntó él sosteniendo al niño ante la atenta mirada de los presentes, cuya intención era que pudiera tener algo más sin provocar un trauma.

—Dice que mi mamá no me quiere, que no tengo familia —respondió.

—Pues tu papá se equivoca. Tu mamá es cierto que no te quiere, pero también es cierto que ella no quiere a nadie. Tiene dos hijos más y tampoco les presta la atención, hay muchas mamá así. Henry y yo somos los otros hijos de tu mamá. Hemos venido para ayudar, yo supe anoche de tu existencia —dijo James con calma sin dejar de mirar al niño, quien sonrió con alegría antes de abrazarle.

—Gracias James —dijo Daniel mientras le abrazaba emocionado. Por fin ya no estaba solo. Él, que pasó tanto tiempo, esperando algo mejor para él y su padre, que se dormía a menudo entre lágrimas por el hambre y los picores por las chinches, que se quedaba días solo porque su padre iba a pedir comida, dinero... —mi papá no tendrá que volver a irse ¿verdad?

—No, hablaremos con él y veremos que podemos hacer, pero dime una cosa ¿te gusta tu casa? —preguntó James, al tiempo que ignoraba que la puerta de la vivienda se abría para dar paso al padre del niño.

—No, es muy pequeña, oscura, fría, las camas tienen chinches y no tenemos ropa ni comida, pero mi papá dice que debemos estar agradecidos porque tenemos un techo y muchos niños no lo tienen —respondió el pequeño sin soltarle el cuello, pero mirándole a los ojos: era directo. Muy directo y sincero—. Mira, ese es mi papá.

James lo bajó para que pudiera ir con su padre, cosa que el niño hizo sin tardar un instante, mientras Henry sonreía feliz escuchando a Daniel que le contaba cuanto le habían dicho.

—Pues sería estupendo, porque he perdido el tiempo y el poco dinero que nos quedaba, lo siento hijo —dijo el hombre con la mirada perdida.

—No se preocupe por eso, nos encargamos de ello —dijo Henry—. Le daremos dinero, pero no deje nunca más al niño así solo, quédese con él por favor. De lo demás ya nos ocupamos mi hermano y yo.

—Está bien, pero quiero saber como es posible que tengáis conocimiento de esta dirección y de su existencia, me dijo que sería secreto —dijo el hombre en pie, sin creer que les tenía allí, los había visto durante años, de hecho, él era el padre de Nicholas, pero ellos estaban delante suya ofreciendo una ayuda.

Henry se lo contó todo. Desde el modo en que lo supo hasta el modo en el cual se lo dijo a James. Tampoco ocultó la ayuda: dinero, ropa y juguetes para con el niño.

—Pues gracias por todo esto. De veras, gracias —dijo el hombre con la mirada feliz por primera vez en mucho tiempo.

Estaba deseando que hubiera alguien con una mano tendida para ayudarlo, lo necesitaba para su hijo, comenzó a preocuparse por todo aquello cuando el niño comenzó a caminar y él se dio cuenta de que nunca estaría su madre a su lado. Por mucho que él lo quisiera, le enseñase y le diera, no había forma humana de que pudiera compensar lo que el niño necesitaba.

—No agradezca, somos familia, la familia se ayuda —dijo James levantándose de la silla—. Únicamente vamos a necesitar unos días, pero le podemos dar el dinero hoy mismo.

James no dudó en sacar dinero de su cartera. Le entregó casi todo, sin dudarlo. Dejó nada más que lo suficiente para pagar al cochero. Le habían pagado muy bien por dos artículos que escribió para el periódico. Y había más en camino, por lo que el dinero para él era insignificante en ese momento, se decidió a vivir el momento, no estar pendiente de lo que pudieran hacerle.

—Yo...

—Por favor, no diga nada, únicamente cállese. Gaste en dinero en comer y comprar ropa para los dos, volveremos muy pronto, informaremos antes, ahora debemos irnos, es necesario que comencemos a preparar las cosas —dijo Henry con agrado—. Pero ya se lo hemos dicho. No vaya a Londres mientras nosotros no se lo digamos y no se ponga en contacto con la madre del niño.

Así lo haremos. Gracias de nuevo —dijo el hombre mientras sonreía y les estrechaba las manos sin saber bien que decir, en la noche se le habían cerrado todas las puertas, el único camino era un trabajo para el niño y otro para él. Podía trabajar, por supuesto, pero había dado una vida muy buena a un hijo y no podía permitir que el otro padeciera, para él, ambos eran iguales, aunque la madre... Lamentaba haberle fallado a su esposa, estaba seguro de que, de no haberlo hecho, nunca se hubiera encontrada en una situación similar. Necesita pedirle perdón y necesitaba perdonarse, pero... en ese momento podía pensar con suficiente claridad.

Tampoco Henry ni James podían hacerlo. Estaban felices por haber

conocido al niño y poder ayudar, pero no podían dejar de pensar que la vida estaba llena de sorpresas, que tenían, de alguna manera, llevar al niño a su padre a Londres. La ciudad era suficientemente grande y próspera como para poder ofrecer una casa a dos personas.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó James extrañado al ver que el cochero tomaba el camino de la derecha en lugar de la izquierda para llegar a la casa—. Este no es el camino que lleva a...

—No, vamos a otro sitio —respondió con una sonrisa Henry.

James sonrió. No era necesario que le dijera ya dónde iban, pues por ese camino se iba al cementerio. Hacia algunos meses que no iba, porque la última vez que lo hizo, le prometió a su abuelo que, cuando volviera, le diría el camino elegido por el cual transitaría el resto de su vida. Cuando le visitara, iba a contar como haría para ser él mismo y, que al llevar a cierta edad, pudiera decir: esto he hecho con mi vida.

Y, realmente, era el momento adecuado para ello, pues ambos había tomado la decisión sobre sus vidas, además de ayudar al pequeño Daniel, estaban seguros, si su abuelo hubiera estado con ellos, estaría orgulloso, no tenían la menor duda.

—El abuelo estaría orgulloso, pero ¿qué pasa con nuestro padre? —preguntó James con curiosidad mirándole.

—Mas que nuestro padre, debemos prestar atención a nuestra madre, ya no es necesario que le vuelvan a pedir dinero ni la vuelvan a ver, pero también está el asunto de que las mujeres como ella no las entiende nadie. Cuando tienen no quieren, cuando quieren son las primeras en pedir y hacerse las víctimas —dijo Henry— muy claro no tengo como se llaman a esas personas ni como tratar con ellas. Lo único que te puedo decir es que vivas tu vida, la tuya, no al suya ni la que ella quiere. Nunca haremos nada que le guste ni tampoco hablará con nadie bien de nosotros, de modo que vive y haz lo que hazas —dijo bajando de coche con la ayuda del cochero— que te haga feliz, de ese modo, ayudarás a los demás sin darte cuenta.

—Buen consejo, mi padre me lo dio cuando yo cumplí los 8 años, pero hasta que no fui un adulto no me di cuenta de la gran verdad que escondían esas palabras. Si se me permite decirlo —dijo el cochero ayudando a James a bajar.

—Por supuesto que sí puede, gracias por ello —respondió James con una amplia sonrisa, agradeciendo desde dentro aquellas palabras que tanto

significaban.

—Me alegre servir de ayuda, a menudo me siento como si fuera invisible —dijo el cochero cerrando la puerta del coche de caballos—. Les esperaré aquí, no se preocupen, pueden tardar todo el tiempo que necesiten.

—Gracias —dijeron al unísono mientras comenzaban a caminar en dirección a la puerta del cementerio, donde, con sorpresa, pudieron ver que no eran los únicos cuya intención era hacer una visita.

Además de una mujer ya anciana vestida de luto con un pañuelo entre las manos, pudieron ver a una joven en cuyos brazos portaba un bebé, a un hombre que ocultaban su rostro y una pareja que, en una tumba, dejó una flor sobre un pañuelo bordado. Incluso vieron a una mujer que dejaba e una tumba un juguete.

Era muy fácil sentir el dolor y el sufrimiento de aquellos que visitaban las tumbas, pero si veían un poco más, eran personas que no olvidaban, pero seguían adelante, pues la anciana; presumía de lo que hacía una nieta, la mujer joven; sonreía y hablaba de planes futuros, el hombre; mostraba un anillo de boda, la pareja; comentaba sobre un bebé que estaba a punto de nacer, la mujer del juguete; hablaba de un baile en el que una niña iba a presentarse en sociedad.

James no pudo dejar de sentir un sentimiento de paz al ser testigo de aquello, pues era una muestra muy clara de que la muerte era una parada donde algunas personas ya más o menos importantes para los compañeros de viaje bajaban, mientras subían o nacían en diversos momentos del trayecto otras que podían o no haber subido antes y bajarse por un espacio de tiempo determinado.

—Parece que estás muy feliz, me alegra saber que venir ha servido para algo —dijo Henry con una gran sonrisa acercándose a la tumba de su abuelo, ante la cual se arrodilló y comenzó a arrancar las malas hierbas que alrededor de la tumba habían nacido—. Le echo de menos, mucho de menos.

—Y yo, ojalá le recordara más. Por cierto, ¿de verdad estaría orgulloso? Sé que hemos hecho bien, pero... —dijo James serio— ¿y si hemos hecho algo que no debíamos? Que yo sepa, los hijos son cosas de los padres no de los hermanos.

—Eso es cierto, pero es como la tumba. Su cuidado y visita debe ser cosa exclusiva de los hijos, no de los nietos, pero si ellos no se ocupan ni envían a nadie, tenemos que ser nosotros se enfaden o no. intenta no pensar

en ello, es lo mejor, si comenzamos a pensar, acabaremos locos de remate —dijo Henry al tiempo que se limpiaba las manos en el pañuelo que su hermano le entregó.

—Supongo... ¿creer qué Nicholas sabía de Daniel? —preguntó James extrañado sin perder ojo de un pájaro que iba volando hacia su nido.

—¿Nicholas? ¿Nicholas Harper? —preguntó lady Margaret Smith acompañada de lady Soledad Winston.

—Sí, él —respondió James perplejo, pues no se había percatado de que ella estaba allí.

—Nicholas ocultaba algún secreto, pero algo que supo la misma noche de nuestra boda y a mí, nunca me lo dijo. Desconozco quién es ese Daniel, mas mencionó su nombre antes de marcharse. Dime, ¿quién es Daniel? —preguntó curiosa Margaret, deseando poner una explicación a la interrogación sobre la marca de su marido.

—Lo siento mucho lady Smith, es un poco complejo, lo lamento, aún no me es posible decir nada —respondió James.

—Si sabéis algo de su marido, tenéis el deber de decirlo —dijo Soledad con firmeza, no podía creer que un hombre como él se preocupara de que un muerto estuviera orgulloso, y, no, de dar paz al espíritu atormentado de una esposa viva.

—Si pudiera decirlo, con gusto lo haría, pero no puedo —dijo triste.

Lady Smith comprendió que ocurrían ciertas cosas que no siempre eran fáciles de entender, aunque tenía la certeza, al fin, de que su marido no se había ido por su culpa. Tanto su familia como la madre de Nicholas se lo habían dicho muchas veces y ella quería creer, pero siempre quedaba un ápice de duda.

Duda que se había disipado, aunque para ella, para Soledad, que James Jones también ocultaba un secreto, uno que tenía mucho que ver con lo ocurrido a Nicholas, mas no le pertenecía a ella sacárselo, quizás él estuviera en lo cierto, pues se le entristeció bastante la mirada cuando dijo que no podía hablar de ello.

Los secretos de la sociedad parecían no tener límites.

Capítulo 6

Tras aquel encuentro, lord James Jones comenzó a pensar en la joven Soledad Winston. La muchacha había salido en defensa de su amiga con bastante dirigencia casi sin dudar, y eso, era algo que valoraba mucho en una mujer, pues demostraba lealtad, inteligencia y sabiduría, sobre todo, porque sus palabras eran ciertas sin haber alzado la voz ni poner en entre dicho ni su hombría ni su honor, únicamente, comentó la situación.

—Te veo muy pensativo, dime ¿es por lo que ha dicho esa joven? —preguntó Henry mientras caminaba junto a su hermano hacia el coche cuya puerta abierta ya les invitaba a subir.

—No, ella ha dicho la verdad y no estoy ofendido, al contrario, lo que sucede es que es tan hermosa... —respondió James subiendo al coche de caballos— y parece diferente a como era la primera vez que la vi, es más segura, más firme, más... no sé explicarlo.

—Te he comprendido: es más mujer. Verás, eso es debido a que ahora cuando la has visto, estaba con su amiga, no con su madre —explicó Henry, seguro de que a Christopher se le quitaría la tontería con ella en cuanto estuvieran en el baile rodeados de hermosas damas casaderas en busca de un buen marido.

James prefirió guardar silencio. Lo que él sentía no podía explicarlo pues ni é mismo lo comprendía con exactitud, pero era un sentimiento muy hermoso que nunca antes había sentido. En las últimas horas muchas cosas nuevas estaban sucediendo y, aunque no podía dejar de sentir cierto miedo, prefería estar pendiente de todo lo bueno que era mucho.

Estaba dispuesto a escribirlo todo en su Diario, de ese modo, quizás pudiera organizar sus pensamientos y conocer lo que sentía con más exactitud, pues no le era fácil cuando nadie le había explicado nada de aquello.

Lo único que tenía claro era que ella era muy hermosa, la chica más hermosa de todas. Además, era inteligente, leal... se preguntaba a que sabrían sus besos, pues eran jugosos y resaltaban con el tono claro de su piel, al tiempo que hacían juego con las mejillas, pues las tenía sonrosadas, aunque desconocía si era porque él le gustaba o porque estaba intentando que no se le notara el enfado. Algo normal pues si él estuviera en su lugar, sabía, también se dedicaría a pedir una explicación, la pediría y buscaría hasta encontrarla.

Pero le daba la sensación de que, quizás, Nicholas no se marchó por la existencia de Daniel, era un niño inocente ¿cómo iba a culparle? Era imposible, pero si sabía algo más, estaba claro que, quizás, le había superado y, al hacer eso, no pudo seguir adelante, se rindió. Huyó porque no podía con todo, era comprensible.

—James, te pido por favor que, en casa, no hables con nadie de esto. Tarde o temprano van a enterarse, van a criticar pero ahora mismo, en este instante, vamos a guardar nosotros mismos nuestros secretos. Intenta que nadie te lea el Diario que nadie te siga cuando vengas a hablar conmigo... —dijo Henry ya en el coche de caballos cerca de la casa, aunque sin percatarse de que se habían detenido.

Quien se dio cuenta fue James, pero prefirió no decir nada, estaba seguro de que habría más de un motivo para que un coche de caballos se detuviera. De todos modos, decidió guardar silencio, pues sabía, era necesario un poco de confianza en el ser humano, aunque esa necesidad podía perjudicar a los demás según se utilizara para que cosa.

El cochero no tardó en abrir la puerta del coche con una amplia sonrisa y algo avergonzado, pero sin mala intención.

—Perdonen, tardaremos un poco, hay jaleo en la calle, al parecer han robado —dijo en voz baja.

—¿Robado? Eso sí que es raro, este barrio es muy seguro, ¿cómo han podido robar? ¿A quién? —preguntó James interesado en conocer datos de algo tan extraño, puesto que en ese barrio, en sus 22 años de vida, nunca había pasado nada semejante.

—No lo sé, si me entero de algo les diré, pero parece ser que alguien ha

usado fondos de una empresa para sus propios fines y ha sido descubierto.

—Está bien, si le es posible indique con lo que sea —respondió James con el semblante pálido, era un hecho no del todo desconocía, no era la primera vez que pasaba, pero eso nunca había sido motivo para cortar una calle y que la policía se personara en tal cantidad—. ¿Y tú, Henry? ¿Tienes idea de algo? —preguntó observando a su hermano.

Pero Henry se limitó a negar con la cabeza y guardar silencio. Era del todo desconocido ese caso para él y, además, la casa que se encontraba llena de policías era la de los Winston.

—Un momento, esa casa ¿no es la de los Winston? La joven del cementerio ¿no es su hija? —dijo James extrañado, sin poder creer que aquello estuviera pasando en ese barrio y a esa familia, él era un muy reconocido empresario que tenía muchos tratos con su padre.

—Sí, esa es la casa de los Winston. Al parecer, lord Winston ha robado mucho dinero de su empresa y ahora la empresa está en bancarrota, y su esposa, es considerada sospechosa de algunos chantajes, incluso hay personas en el hospital por actos de ella —dijo el cochero cerrando la puerta con alivio.

James no pudo evitar sentir cierta tristeza por lady Winston. La joven vivía con su amiga, quizás ni supiera lo que estaba pasando, y con esos cargos era casi seguro que ambos irían a prisión, incluso podía que al cadalso...

Eso le hizo ver las cosas de otro modo. Estaba decidido a apartarse de todo lo que tuviera que ver con la empresa de su padre, se iba a centrar en su trabajo, no deseaba estar involucrado. Ya se había librado de ello al tomar un trabajo como el suyo, era hora de seguir por ese camino. Claro que si podía hacer algo por ayudar a lady Soledad Winston...

Él, que leía tanto desde pequeño, podría codearse con los grandes escritores si escribía bien eso que tenía en mente. Se sentía bien y, aunque había dado el dinero, V

Aunque cuando llegaron a la casa, su alegría y emoción desaparecieron por completo: sus padres discutían en el despacho podía verles en la ventana, el jardinero estaba cortando los rosales que tanto le gustaban a su abuelo y el ama de llaves salía con su maleta de la casa para subir a un coche de caballos.

—Cochero —dijo James cuando bajó— ¿podría averiguar dónde va esa mujer?

—Por supuesto, en cuanto lo sepa entonces vuelvo, voy ya —respondió el cochero cumpliendo aquel deseo sin tardanza. No esperó ni a cobrar, su intención era no perder de vista el coche o le sería muy difícil poder volver a encontrarlo, la ciudad era demasiado grande.

Los dos hermanos entraron en la casa sin poder creer que habían visto. El ama de llaves había trabajado en esa casa desde antes de nacer Henry, ¿qué más querían de ella? Era una mujer de cierta edad, sin familia ¿dónde iba a vivir? ¿Por qué la despidieron?

Nada más entrar en la casa, la casa, con el dolor y la tristeza, cayó encima de ellos. Las criadas murmuraban mientras lloraban sin querer hacer ruido, aunque el mayordomo se mantenía firme, sereno, como si nada hubiera ocurrido, parecía no importarle.

James sintió un extraño presentimiento, pero guardó silencio, se mantuvo tranquilo y subió las escaleras buscando las fuerzas en el recuerdo de lady Winston. La serenidad de la joven aliviaba la carrera en la cual se había incluido sin permiso su corazón, y era algo que le hacía muy feliz, pues por un tiempo, desde que puso un pie en la casa, creyó que ese órgano vital escaparía de su pecho.

Pero lo mantuvo en su sitio una vez entró en su habitación seguido por Henry.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un susurro sin querer creer nada de lo visto y vivido— El mundo a nuestro alrededor se desmorona, no entiendo nada.

—¿Y qué crees que debes hacer? —preguntó Henry con la intención de que su hermano se liberase.

—Ignorar al mundo. No quiero saber nada, no quiero, no. Estoy cansado, abrumado. Cuando he estado fuera me he sentido bien, contento y con ganas de hacer cosas, pero al llegar... —respondió dejando el maletín en el diván mientras iba hacia la ventana— Hacer oídos sordos no es bueno, el mundo necesita que se hagan cosas, que se abran los ojos, pero lo siento, en este momento no puedo.

Henry sonrió. Dirigió sus pasos al escritorio de James, lo recogió. Tomó el maletín, lo abrió y extrajo de él los papeles que colocó en el escritorio.

—James, siéntate, escribe, eso te ayudará. Intenta no pensar, te aseguro que las cosas no son fáciles para nadie, pero ir siempre con lo malo del

mundo no es bueno. Gracias a tí, Daniel tiene comida y ropa, acertaste al confiar en el cochero y has hecho lo correcto en guardar el secreto de Nicholas, desconocemos si se marchó por la existencia de Daniel o por algún otro motivo. Piensa en ello —dijo Henry con las manos puestas en el respaldo de la silla.

James dejó escapar un profundo suspiro, no le apetecía, para nada, estar escribiendo, pues en el tecto todo salía bien pero en la vida real, pasaba todo lo contrario. Sin embargo, era mejor que pensar constantemente en los problemas, si continuaba así perdería el día y no podía ver cumplido su sueño de escribir novelas como sus escritores preferidos, pues el dolor y la desesperanza continuarían aumentando en su interior.

Hizo, por lo tanto, caso a su hermano y comenzó a escribir, mientras Henry, sentado en el alféizar de la ventana, no apartaba la mirada de la entrada de la casa. El jardinero había cortado los dos árboles que saludaban a los visitantes al llegar, por lo que ya, sí se veía cuando alguien se acercaba, aunque el jardín... donde antes había flores, arbustos, árboles que daban sombras... lo que había era un césped verde, casi diminuto... mas que un jardín parecía un espacio de campo abierto.

No dijo nada, pues James daba la impresión de haberse conseguido centrar, aunque, en realidad, lo que escribía era una carta de amor a una mujer cuya belleza, según día, lo había hipnotizado. No realizaba ninguna mención sobre el lugar donde la vio por primera vez, ni sobre el color de su vestido, ni el nombre, pero para él todo estaba claro, podía no ser la mujer perfecta, eso le interesaba mas bien poco, mas si llegó como agua de mayo a un jardín sediento de hermosura y pureza.

—Voy por comida, te traeré algo —dijo Henry ignorando que James estaba tan centrado que ni le oyó, por lo que, cuando regresó Henry con la bandeja después de un rato, se sobresaltó bastante cuando le puso la mano en el hombro—. Descansa, nos irá bien comer un poco. Lo siento, no quería asustarte.

—Tranquilo, me irá bien descansar un poco. Por cuerto, ¿qué crees que pasará esta noche? Hay un baile al cual ambos estamos invitados ¿no? —preguntó al tiempo que detenía la escritura y sonreía aliviado por ver a su hermano a su lado.

—Sí, es cierto, ya lo había olvidado, pero dime ¿de verdad tienes ánimos para ir? —preguntó Henry tomando un bollo.

—Bueno, no me paetece demasiado. Es más, preferiría quedarme, pero no importa, estoy seguro de que, una vez estemos allí, todo irá bien. Además, también es importante recordar que nosotros no hemso hecho nada malo, no tenemos porque escondernos —respondió James con una leve sonrisa debido a la imagen que, de Soledad Winston tenía en la cabeza, y, a la cual imaginaba con un vestido de satén color blanco y a quien esperaba poder ver en el baile, al fin y al cabo, estaba seguro, ella era totalmente inocente de lo que se acusaba a sus padres.

Ambos hermanos comieron ya en silencio, hasta que Henry creyó oír el sonido de un coche de caballos. Se asomó por la ventana mientras comía una manzana, que dejó en la mesa del escritorio nada más reconocer al cochero.

—Quédate aquí, luego te cuento —dijo para salir enseguida de la habitación.

James asintió con la cabeza, pero no pudo hablar, tenía la boca llena. Lo que sí pudo hacer fue levantarse y observar por la ventana, aunque lo primero que vio fue al mayordomo discutir con el cochero, pese a que este no parecía querer entrar en la discusión, pues ni se movió de donde estaba ni dijo nada, quedó junto al coche con los brazos cruzados hasta que Henry llegó y se apartaron de allí.

Le era imposible oír de lo que hablaban, pero decidió no perder tiempo y esconder las hojas lo antes posible, pues si alguien acudía a la habitación en busca de una explicación.

Y no tardó en suceder.

Apenas había guardado los documentos cuando el mayordomo entró en la habitación sin llamar ni pedir permiso.

—¿Qué se trae Henry entre manos? —preguntó exigente, sin contemplación— Di o te lo sacaré a golpes.

—Creo que has olvidado tu posición en esa casa, pero es la primera vez, de modo que te perdonaré. Vete —dijo intentando no mostrarse nervioso.

El mayordomo no dijo nada, al contrario, le golpeó con fuerza en la mejilla izquierda. Fue tan brusco que el joven cayó al suelo. Durante un breve instante permaneció allí, sin poder moverse, incapaz de pensar o respirar, pero cuando pudo hacerlo, no dijo nada, permaneció callado, sentado en el suelo. Sacó el pañuelo de un bolsillo y se limpió la nariz que sangraba con fuerza.

Se puso en pie y, observando fijamente al mayordomo, le habló.

—Sal de esta habitación. Si en algún momento me dices, haces o insinuas algo, me encargaré de que tu existencia sea en un lugar lleno de barrotes y, tea seguro, ni todo el dinero de mis padres te podrá sacar de ello. Vete —dijo señalando la puerta con el dedo índice de la mano derecha, mientras la mano izquierda la ocupaba en sujetar el pañuelo sobre su nariz, que no dejaba de sangrar.

El mayordomo no tardó en marcharse. Sabía que había cometido un error, peor también sabía que no podía dejar que aquello se supiera, lord Jones no iba a salir en defensa de nadie y menos a él. Si James lo contaba lo perdería todo y, además, estaba el hecho de tener un dinero que, ni en sus mejores sueños, podía demostrar que había ganado. Y con Henry siendo policía, las cosas estaban complicadas, pero supuso que, mientras no lo supiera nadie, no pasaría nada, claro que no podía, ni quería, decir a lord Jones que no había encontrado nada, sería fallar al hombre cuyo dinero le iba a sacar de la servidumbre para convertirlo en alguien muy rico.

Pero entonces, comprendió que el dinero lo era todo. No era una ayuda, era todo, sin esos billetes y esas monedas no podía conseguir nada y lo necesitaba, lo quería, lo deseaba, mas aún que conocer la charla de Henry con el cochero, al fin y al cabo a quien tenía que vigilar era a James, quien en ese momento era atendido por Henry, el cual le indicaba que el ama de llaves había ido a trabajar a la mansión de los Lowell, pues su ama de llaves, íntima amiga, había dejado el trabajo por motivos familiares.

—Al menos tiene donde vivir —susurró James.

—Sí y estará bien —indicó Henry— ya verás como todo se soluciona.

Capítulo 7

Esa misma noche, mientras se preparaba para el baile con el pómulo morado y la parte inferior del ojo roja, se empezaba James a cuestionar si debía o no ir a la fiesta. Ya se encontraba vestido, únicamente le faltaba la chaqueta que tenía en la mano.

—James ¿estás bien? —preguntó Henry al ver a su hermano sentado en el diván con la mirada puesta en el suelo, donde aún podía verse la mancha que la sangre había dejado, más que el puñetazo le dolía el hecho de no ser respetado ni por la servidumbre— Si prefieres no ir lo comprendo.

—No es eso, estoy aquí, voy a ir, nuestros padres y ese mayordomo no van a ganarme, estoy cansado de ser el juguete de un niño malcriado —respondió James—. Es que no sé que tipo de mujer va a querer bailar conmigo, he de tener una pinta espantosa y ve ti a saber que mentira dirán nuestros padres.

Henry no sabía que decir o hacer. Se dedicó a suspirar y a pensar un breve instante, tras el cual no dudó en levantar a James, ponerle él mismo la chaqueta, asegurar que el reloj estaba en hora y colocar el pequeño aparato dorado en el bolsillo del chaleco, tras enganchar la cadena en un ojal.

—Sigue tu instinto. No te ha fallado ¿verdad? Pues hazle caso —dijo con una sonrisa— ¿Qué importa lo que los demás digan? Lo que importa es lo que tú sientas en tu interior, tú sabes la verdad.

James sonrió levemente. Su hermano tenía razón, lo sabía, pero no le quedaba más remedio que guardar sus palabras muy dentro y poder, de ese modo, caminar sobre ellas. La casa se había convertido en un lugar muy oscuro y lleno de prohibiciones, mas presentía, era mejor ser esclavo del silencio que de la mentira, pues sobre lo primero se podía sembrar, sobre lo

segundo, no se podía hacer nada.

Las mentiras eran un pozo que, en sigilo, se iba ensanchando y tragaba todo cuanto se ponía en su camino. Él prefería alejarse, algunas veces el pozo se cubría y no tragaba más, tal vez en esa ocasión sucediera igual, la esperanza nunca se debía perder.

Aseguró los documentos en la caja fuerte de su hermano y bajaron. En el hall, su padre se dedicaba a arreglar el cabello de su esposa, una vez ella había hecho uso del chal. El hermoso vestido color crema, con encajes en el escote y lazos carmesí en el pecho y la espalda, no era el más apropiado para un chal violeta, aunque no era él, quien pudiera tomarse la libertad de decirle que uno rojo iría mejor. Permaneció, en cambio, en silencio a la espera de salir y subir al coche de caballos.

—¿Estás seguro de qué quieres venir? Te aseguro hijo, no tienes el mejor aspecto de todos —dijo su padre colocándose los guantes—, y, por supuesto, no deseo que nadie piense que te hemos maltratado.

—Voy a ir, no tengo motivo por el cual esconderme y, lo que los demás piensen de mí, no me importa —dijo él con calma, mientras salía por la puerta de la casa hacia el coche de caballos, cuyas plazas eran limitadas a cuatro.

Los dos hermanos se sentaron juntos, frente a sus padres. Para James resultaba incómodo ir en ese lado del carro, pero no pasaba nada, la simple idea de poder ver a lady Soledad Winston resultaba de lo más agradable. De hecho, facilitaba el viaje y hacia de aquella noche una muy importante, sobre todo, cuando la vio.

—James, necesito saber que estás bien —dijo Henry mientras llegaba a la puerta principal de la casa, lujosamente decorada y con dos criados en la puerta que les recibían, sin olvidar que su mayordomo, se dedicaba a anunciar a los recién llegados a viva voz como si de la Casa Real se tratase.

—Estoy bien, pero no consigo apartar de mi mente la mejilla. Me arde —respondió entregando su invitación al mayordomo, que les anunció con el mismo respeto que a sus padres.

—Es comprensible, pero no pasa nada, intenta estar lo más relajado posible y verás que se alivia —respondió Henry mientras veía a un amigo no muy apartado de ellos—. Espera, voy a saludar a alguien, no te apartes demasiado.

James no dijo nada, guardó silencio y le dejó marchar. Él, se dedicó a

caminar por el salón de baile, era un lugar hermoso, amplio, bien luminoso y con unas parejas que disfrutaban de la agradable música, así como algunas damas sentadas en las sillas acompañadas de sus acompañantas o familiares. Incluso pudo ver a una de las jóvenes aceptando el ofrecimiento de algún lord. Se alegró al ver que lady Winston se dirigía al jardín con un vestido azul claro decorado con encajes blancos y un chal de seda blanco sobre sus hombros. Llevaba el cabello recogido y una sencilla diadema de flores, también blancas, era lo que recordaba su oscura mata de cabello. Los guantes blancos llegaban hasta el codo.

La siguió, con la intención de no acosarla, al contrario, únicamente quería verla, saber si era cortejada por algún hombre antes de ofrecerse él a hacerlo.

Pero en el jardín no estaba sola, su amiga Margaret la acompañaba, y, al igual que ella, también se encontraba muy hermosa, aunque parecía triste.

Prefirió mantenerse alejado, prefería ser un simple observador antes de convertirse en un estorbo, aunque lady Winston parecía tener otra vista de aquello, pero no lo decía muy alto.

—Me da cierta pena esa James Jones , parece que le han dado una buena paliza, quizás sea por no decir lo que sabe ¿Tú que opinas? —preguntó Margaret sentada en un banco de madera que se encontraba colocado específicamente, para mostrar el hermoso jardín florido y el cielo estrellado.

—¿Yo? No me gustan los hombres que ocultan secretos y los que reciben palizas parecen un poco idiotas, pero desconozco como ha pasado esto, de modo que únicamente puedo hablar de forma general. Si te soy sincera, también me da cierta pena, pues si él fuera el culpable de esa paliza, no creo que se le ocurriera venir al baile, a no ser que su orgullo sea superior a su sentido de la lógica —respondió lady Winston con una leve sonrisa.

—Sí, pero no lo crees ¿verdad?

—No Margaret, no lo creo en absoluto, no era orgullo lo que vimos en el cementerio, de eso estoy segura.

La intriga se hubiera acabado si se hubiera atrevido a acercarse a él y preguntar, pero no lo hizo, no se atrevía a que la vieran con aquel hombre una vez tenía aquel aspecto, pues además, en el baile había hombres más atractivos, más altos y con mejor porte que aquel que la observaba sin acercarse.

Definitivamente, no le convenía.

Aun así, le era imposible no pensar, necesitaba, requería una respuesta, pero ¿cómo se obtenía? Bailando.

—Entremos y bailemos un poco, creo que es lo mejor, así tal vez nos distraemos un poco ¿no te parece? —preguntó Margaret poniéndose en pie y con una sonrisa que antes no había visto Soledad .

—Por supuesto, acepto —respondió Soledad siguiendo a su amiga hasta el salón, donde comenzó a ver a varios jóvenes que, incluso bailando le dedicaban bailes.

Decidió que, desde luego, no iba a acercarse a ellos, aunque al comenzar a escuchar los comentarios de varios miembros de la sociedad, la cosa cambió, los comentarios eran muy variados, pero con un nexo en común; James.

—Yo no entiendo a mi hijo: no trabaja, no estudia, no quiere el negocio familiar y hoy ha llegado con la mejilla morada, está claro que con el mayor hemos acertado, pero con el pequeño no —decía un hombre, que, supuso Soledad , sería el padre de James—. Ya no sabemos que hacer, es una deshonra para la familia.

Soledad no quiso volver a oír aquello y se dirigió a la zona de baile, sin darse cuenta, había quedado sola, su amiga bailaba acompañada por un joven cuyo cabello de zanahoria hacía reír a más de uno, pero que, además, se había convertido en el centro de burla de todos, por lo que apenas acudía a los bailes u otros eventos de sociedad, o eso decía Margaret, además de, según ella, se había convertido en un ermitaño por culpa de la sociedad.

No terminaba de creerlo, pero esperaba que James no hiciera lo mismo, al fin y al cabo, estaba segura de que la paliza tenía una explicación muy sencilla.

Y no tuvo mucho que esperar para una confirmación al respecto.

—Entre nosotras; los Jones mienten. Al hijo no le ha pegado nadie de la calle, lo más seguro es que haya sido en la casa. Yo creo que es cosa del padre, desde que murió el abuelo no ha puesto un pie en el cementerio y, además, es curiosos que hoy hayan despedido al ama de llaves. ¿La despiden y a él le golpean? Y llevaba trabajando con ellos 30 años. Fue ella quien crió a los dos hermanos, se dice que incluso los amamantó. Por eso yo no tengo trato con ellos desde hace 15 años. Seguro que asesinaron al viejo por el dinero —susurró una mujer con una mirada pícaro mientras se cubría medio rostro con un abanico de encaje negro—. Esos dos muchachos son muy

distintos a sus padres y lo tienen que estar pasando muy mal, pero el ama de llaves está bien, trabaja cerca mi casa, camino del cementerio.

Soledad no se atrevió a decir nada, pero le quedó claro que, aquel hombre no le convenía. Una familia así era peor que la suya. A menudo se veía más verde la otra orilla, pero en esa ocasión no era así, en esa ocasión era diferente, la otra orilla poseía la hierba casi amarilla, la suya era verde clara.

—Lady Winston, ¿me concedéis este baile? —preguntó James con una leve sonrisa y la mano extendida.

—Claro, como desee —respondió Soledad colocando su mano sobre la de James.

Ambos comenzaron a bailar. Ella, al mismo tiempo que desea bailar y permanecer abrazada a él por el resto de la eternidad, ansiaba escapar de allí con la máxima rapidez y mientras más lejos mejor, el Caribe le parecía un buen lugar. Sabía que debía encontrar un equilibrio pero ese equilibrio no se mostraba ante ella, mas bien parecía que le huía.

Aunque no dijo nada, se mantuvo en silencio, lo único que sí podía hacer era disfrutarla.

—Lo siento lady Winston, me da la impresión de que no queríais bailar conmigo —dijo James al notar que ella no hablaba ni parecía cómoda— De haberos negado no me hubiera molestado.

—Estáis equivocado lord Jones , sí quería, pero tengo algunas dudas y, como mujer, he de callar.

—Conmigo no, prefiero una mujer curiosa a una mujer callada —respondió él—. Lamento no sonreír, pero como comprenderéis, no es fácil con la herida.

—Lo comprendo.

Soledad tenía permiso para hablar, pero poder hacer una cosa y deber hacerla no era lo mismo. Prefirió callar, segura de que aquel hombre no le convenía, pues ciertos detalles la ponían nerviosa, sobre todo, aquel de saber que a ella no le hacía ilusión bailar con él, si lo sabía ¿por qué seguían bailando? Él parecía disfrutar, pero ¿disfrutaba por disfrutar o lo hacía porque sabía que ella estaba molesta?

No, no iba a preguntar, iba a intentar pensar en otra cosa, como qué le iba a contar a Heidi cuando llegara a la casa, pues estaba segura, la atosigaría a preguntas, pero esa noche, no pasaba nada que fuera digno de contar en

palabras o en el Diario.

—Lady Winston, no puedo dejar de pensar en lo que ocurrió esta mañana en el cementerio. Lamento de veras las circunstancias y mis palabras, pero en verdad no puedo decir nada a lady Smith hasta que yo mismo no tenga todas las respuestas —dijo James sin dejar de bailar, en el mismo tono que usó en el cementerio.

—No importa lord Jones , tampoco yo fuí como debía, lo siento —dijo, deseando de golpearle en la otra mejilla, por hacerle bajar la guardia, era el primer hombre que conseguía una sincera disculpa suya, jamás se lo perdonaría.

—No importa, mostrasteis lealtad y compañerismo para con Margaret Smith y, os puedo asegurar, es un acto muy hermoso que ella nunca olvidará. Ojalá por mí hicieran algo semejante, pero son ilusiones vacías, salvo mi hermano, nadie daría la cara por mí —contó en voz baja, como no queriendo ser escuchado por nadie más.

—Algún día, alguien la dará. Puede que no mañana, puede que el próximo mes, pero la dará —dijo ella sin poder creer las palabras que salían de su boca. Definitivamente, él la tenía bien cogida.

—Gracias por esas hermosas palabras —dijo él seguro de que, algún día, no solo darían la cara por él, también, ella, se convertiría en su esposa y, entonces, su dicha sería completa.

Pero por el momento, se conformaba con bailar con ella y hablar con la sinceridad con la cual estaban hablando, de hecho, incluso se alegraba de haber ido al baile pese a la cantidad de personas que estaban criticando a sus espaldas, de lo cual era el principal culpable su padre, el mismo que, intentaba, apartar de él toda sospecha.

—Una pregunta lady Winston ¿qué estáis pensando? —preguntó él.

—¿Yo? Únicamente estoy pensando en qué diré a mi doncella cuando llegue a casa, por primera vez me ha dejado venir en la compañía de Margaret, como ella no busca pareja... —respondió con una sonrisa—. Ojalá, si por algún motivo Nicholas no regresa, pudiera encontrar un buen marido, ella lo merece.

—Estoy seguro de que Nicholas regresará. Eso espero, pero tampoco las tengo todas conmigo, yo también estoy preocupado por él, era mi mejor amigo, mas no sé nada desde que desapareció —dijo con total sinceridad—. Quizás ahora con Henry en la policia se sepa algo, pero, no se lo digas a

nadie, las posibilidades son escasas.

Como el baile acabó, James agradeció a Soledad su amabilidad con un beso en el dorso de la mano de la joven, a lo cual ella respondió con una sonrisa y una invitación a un canapé que tomaron mientras dirigía sus pasos al balcón. Él la siguió.

Ambos, quedaron en el exterior sentados en un banco, mientras observaban la noche cerrada que invitaba a disfrutar de un cielo salpicado de estrellas acompañadas por una luna en cuarto creciente. No dijeron anda, prefirieron callar, inmersos en sus pensamientos, cada cual diferente al otro, pero con un nexo en común.

—Es más hermosa de lo que yo recordaba, más dulce y más especial. Ojalá no tuviera esta mejilla así, seguro que le parezco uno de esos locos borrados que se meten en una pelea a la primera de cambio.

—Es un hombre interesante, muy culto y elegante, pero me temo que su padre tiene una idea y es capaz de todo por verla cumplida. Y si está dispuesto a descubrir lo de Nicholas, creo, debería pensarlo dos veces.

Capítulo 8

El baile dejó a Soledad Winston en total confusión. Durante el camino a casa, Margaret no la quiso incomodar con preguntas, dejó que las ideas de Soledad se organizaran, aunque estaba segura de que el joven James Jones tenía mucho que ver.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó lady Winston para romper el hielo.

—Pues bien, me ha gustado mucho bailar con James, es un chico muy cariñoso y muy amable, pero es casi seguro que va a marchar a Escocia, dice que no puede con Londres. Bueno, con la ciudad sí puede, con lo que no es con la sociedad. Me he arriesgado y le he dicho que vaya a nuestra casa mañana en la tarde, así, se se va, se lleva un recuerdo más grato —respondió ella segura de que, aunque no lo confesara, era feliz por haber bailado con lord Jones —, espero que no sea un inconveniente para ti.

—¿Cómo va a ser un inconveniente para mí si es tu casa? —preguntó Soledad dejando escapar una pequeña risa que contagió con rapidez a Margaret.

—Bueno, pero deseo tener tu opinión en ciertas cosas y, una de ellas, es quien va y quien no va a casa —respondió Margaret con una sonrisa—, quiero que estés cómoda en ella.

—Lo estoy, estoy muy bien en tu casa, pero sigo insistiendo, es tu casa, yo no soy más que una invitada —dijo Soledad sin poder explicar lo que agradecía aquellas palabras tan hermosas.

—Pues si es mi casa, ahora insisto yo, y, por lo tanto, has de obedecer —dijo queriendo mostrarse firme, sin darse cuenta de que, en verdad, daba la

impresión de todo lo contrario, aunque Soledad hizo grandes esfuerzos por no echarse a reír.

—Está bien, pero no vuelvas a poner esa cara o no respondo de mí —dijo Soledad sonriente—. Acepto eso de dar mi opinión, pero prométeme que únicamente vas a escuchar y no pasarás de ahí.

—Te lo prometo, pero dime qué te parece —insistió Margaret.

—Eres pesada ¿eh? Pues me parece bien, tal vez así se lleve una alegría y nosotras nos distraemos un poco —dijo Soledad mientras veía que se acercaban a la casa—, aunque ahora, único quiero dormir, estoy agotada.

Margaret sonrió, estaba conforme con ese deseo, dormir, después de esa noche era lo que ambas necesitaban, había sido muy útil esa salida, mas Soledad estaba decidida a apartarse lo más posible de Jones, no era ni mucho menos el hombre que ella quería para sí, además de que, antes de querer a alguien, deseaba poder conocer lo que sus padres le estaban ocultando.

Tenía muchas dudas, pues aunque siempre la querían controlar, en cuanto dijo que se iba a vivir con Margaret les faltó tiempo para darle ropa, dinero, libros y demás, además de que ni se despidieron, la dejaron ir como si ella no fuera de la familia y ni estaban en el baile ¿qué pasaba? Era complejo y muy difícil suponer lo que en realidad ocultaban, por eso no quería saber nada de Jones, porque ella ya tenía sus problemas y eran demasiados.

—Dime una cosa Soledad ¿piensas en tus padres? —preguntó Margaret ya cerca de la casa.

—Sí, estoy pensando en ellos ahora mismo, es muy difícil comprender que un día te ahogan y, al día siguiente, te echan a la calle. No sé que ha pasado, pero quiero saberlo, me siento muy triste y, en este momento, muy cansada —dijo mientras bajaba del coche.

—Descansa, mañana, cuando hallas dormido, lo verás todo mucho mejor —dijo Margaret al tiempo que bajaba del coche, pues el lacayo ayudó antes a Soledad.

—Perdone mi interrupción lady Winston, lo último que yo sé de lord Winston y su esposa es que cayeron en desgracias después de unos negocios turbios de él y de unos romances bastantes inconscientes de ella, desconozco si esos datos eran de su conocimiento y, lo lamento —contó el cochero con la duda de si había hecho o no, lo que tenía que hacer.

—Muchas gracias, le agradezco los datos, ciertamente los desconocía, pero ahora, por fin, ya empiezo a comprender —respondió Soledad con una

sonrisa de agradecimiento—. ¿Le puedo pedir un favor o sería excesivo?

—Pida lo que necesite, yo, si está en mi mano, le haré encantado —respondió el cochero.

—¿Podría decirme cómo y dónde se encuentran ahora? —preguntó ella avergonzada por una pregunta tan directa a un hombre desconocido, aunque suponía que, si quería algo, algo le costaría.

—En estos momentos no me es posible, pero mañana, si lo desea, puedo enterarme y venir a decirle —respondió mintiéndole, la noticia era demasiado triste y preocupante como para darla de noche y después de un baile, además, no era un hombre al cual le gustara ver sufrir a una mujer.

—Se lo agradecería, ¿cuánto he de pagarle? —preguntó sin sospechar nada.

—Nada lady Winston, me es suficiente con un té y un poco de agua para el caballo, pero no pague hasta que no le de la información —respondió el cochero—. Buenas noches lady Winston, buenas noches lady Smith.

—Buenas noches y gracias.

—Buenas noches.

Lady Winston caminó detrás de su amiga con la duda y la preocupación más activas que antes, desconocía por completo los negocios de su padre y la trama que se llevaba su madre con los hombres casados, así como lo que causó esa bancarrota. Desde luego, las 25 mil libras eran una buena cantidad de dinero, pero aun así, desconocía si ese dinero era la causa o había algo más. Decidió, no obstante, esperar, si al día siguiente hablaba con el cochero, tal vez él la pudiera ayudar a sacar alguna respuesta.

De todos modos, no había cogido un penique, de hecho, Margaret se había negado en rotundo a que lo tocara, ella podía prestarle ropa hasta que fueran a la tienda, pero siempre había algo que se lo impedía; un baile, una visita...

—Venga, ánimo, no ha sido tan mala noche, mañana podrás hacer muchas cosas, entre ellas, dar una explicación al comportamiento de tus padres. Ve y descansa —dijo Margaret mientras sonreía con el pomo de la puerta en la mano y observaba fijamente a su amiga, quien le devolvió la sonrisa sin decir nada.

Mas cuando entró, observó algo que nunca antes había visto: las criadas las esperaban, incluso el jardinero y el mayordomo. No le sorprendió ver a Heidi ni a Mary, al ser doncellas era normal, aunque era casi normal en Heidi

esperarla en su habitación.

—Entra, no pasa nada, únicamente están aquí para recibirnos —explicó Margaret con cariño.

Soledad entró y, así era, las saludaron, dieron las buenas noches y se retiraron, no quedando nada más que las doncellas. El mayordomo se retiró en cuanto cerró la puerta con llave.

—¿Ha sido una buena noche, Soledad ? —preguntó Heidi, al ver que ella no decía nada, se limitaba a guardar silencio mientras observaba la escalera.

—No lo sé, creo que mañana, después de haber dormido un rato, podré ver las cosas desde otra perspectiva. Dime una cosa —respondió mientras subían las cosas—. ¿Desde cuándo tienen mis padres problemas económicos?

—Pues desde que les conozco. Lo cierto es que existe un pequeño círculo vicioso entre ellos. Él no le hace caso a ella, ella no le hace a él, él gasta por un lado y ella paga con la misma moneda. No tienes porque preocuparte, es algo que les afecta a ellos, tu camino no es el de ellos, es el de una dama de la sociedad —respondió Heidi, segura de que ella iba a ser una mujer con los pies en la tierra, ya los tenía, pero tomaría el camino correcto, por supuesto que lo haría, ella no era alguien superficial.

Pero Soledad no pensaba así, ella temía las consecuencias, pues además, si el dinero que tenía era el causante, estaba dispuesta a devolverlo, no quería dinero, quería amor, comunicación, comprensión, quería una madre y un padre, no dinero y gloria. Su felicidad estaba en su interior no en las posesiones, le bastaba con lo que tenía.

Y cuando por fin pudo meterse en la cama, arrojarse y cerrar los ojos, un rostro volvió a su memoria. Tenía el cabello ensortijado un poco y no muy largo color café oscuro y los ojos del mismo color. Su nariz tenía la medida exacta. Sus labios eran rojos, sensuales y su mentón fino. Era bastante atractivo, no demasiado alto y con un cuerpo, al menos con el traje, que dejaba sin habla. Ah, no tenía barba y eso lo hacía aún más atractivo.

En el sueño, ese hombre no hablaba, a su alrededor únicamente se veía signos de interrogación en cosas tan sencillas como familia, nombre, trabajo, posición social... Alguien le decía que todo aquello no era importante, lo importante era su interior, pero no lo material, si ella no quería lo material, debía demostrarlo, era la hora. Dinero sí, dinero no. posición sí. Posición no. interior sí, interior no.

Ella quería decidir, pero no lo hacía y, entonces, él comenzaba a entristecerse. Su sonrisa se borraba, para dar paso a unos labios cerrados y prietos. Sus mejillas palidecían. Su mirada se apagaba, las lágrimas brotaban hasta caer, y, los signos de interrogación desaparecían hasta quedar él siendo tragado por un agujero negro, pero él no se negaba, él callaba, se dejaba llevar.

Le llamaba, le pedía que reaccionara, pero no lo hacía.

Desapareció.

Y ella se despertó empapada en sudor y asustada. Quería llamar a alguien pero no el salía la voz ni tampoco el nombre de nadie, acabó por callar, levantarse y lavarse la cara, buscando el modo de tranquilizar su corazón que le daba la sensación, iba a salir del pecho. Nunca le había hecho mucho caso a los sueños, pero ese la atormentaba. ¿Qué quería decir? ¿Qué pasaba? ¿Por qué salía James? A ella lo material no le importaba tanto como el ser humano, ¿por qué el sueño le decía que sí? Necesitaba aclarar su mente, tal vez por ello el sueño era así, pero no lo tenía claro.

Se sentó en la silla sin respaldo de madera con tapizado en terciopelo que se encontraba delante del tocador, para poder pensar, pero estaba tan abrumada que no sintió la llamada de los nudillos en la puerta ni vio a Heidi entrar al no recibir respuesta, pese a que ella se reflejaba muy claramente en el espejo del tocador.

—Soledad ¿qué pasa? —preguntó Heidi al votar su tristeza.

—No lo sé, he tenido un sueño muy raro y ahora no entiendo nada —respondió sin mirarla, tenía la mirada fija en un cepillo para el cabello.

—Bueno, no pasa nada, tranquila. Te ayudaré a vestirse y baja. Ya verás, cuando no lo pienses, vas a ver el camino. Anoche, creo, fue un tanto confuso ¿verdad? —preguntó al tiempo que comenzaba a peinar su larga melena.

—Demasiado. La sociedad dice una cosa y yo siento otra diferente. Me dicen una cosa y yo veo otra —respondió Soledad dejándose peinar.

—Eso es normal. Es bueno escuchar a los demás, pero lo que se debe hacer es obedecer lo que sabemos que está bien, y, para eso, lo principal es escuchar nuestro instinto. Busca en tu interior, en lo que sabes, en lo que sientes, lo demás ha de servirnos para encontrar el equilibrio en nuestro interior y para saber de quién podemos fiarnos. Tener dudas es cosas de humanos con corazón y cerebro —dijo Heidi mientras le recogía el cabello en

un moño bajo, dejando que algunos tirabuzones cayesen por los lados.

Soledad la escuchó atentamente. Aquello le hacía creer que debía dar una oportunidad a Jones, pues aunque la sociedad no hablaba bien de él, ella pudo ver a un hombre tranquilo, sincero, con conocimiento y sin orgullo, no parecía un hombre gustara de peleas, todo lo contrario. Además, continuaba queriendo saber de Nicholas, era algo que agradecía, así como agradecía también que estuviera dispuesto a hablar, pero cuando tuviera todas las respuestas.

—Lo comprendo. Dime ¿has visto a Margaret? —preguntó una vez se puso en pie para poder vestirse.

—Sí, ella está deseando que llegue el cochero de anoche y ansiosa por la visita de esta tarde. ¿Puedes explicarme tú lo que pasa? —preguntó Heidi escogiendo del armario un vestido rosa palo prestado por Margaret.

Soledad no dudó en contarlo, si ella no podía unir los puntos para dar una explicación concisa, quizás Heidi si pudiera hacerlo, aunque cuando acabó de contar, Heidi quedó tan confusa como ella, o eso decía, pero Margaret no la creyó, supuso que la engañaba por algún motivo, aunque la respuesta...

—Bueno, ya lo descubriré yo misma, tengo que saber, no quiero que mi marido desaparezca la noche de boda —dijo para sí sin necesidad de que nadie le escuchara.

Era más, no lo necesitaba, ella no deseaba de ninguna aprobación por parte de nadie. En otras cosas sí, pero aquí no, aquí no era necesario. Soledad sabía que ella en silencio, sabía más que nadie de las cosas de la vida, lo único era que no conseguía aclarar su mente, pero confiaba en que la visita del cochero la ayudara y, luego, ya con la visita del invitado de Margaret pudiera distraerse, cosa que sucedió, pero no como ella deseaba.

El cochero llegó sobre las once de la mañana. El hombre no había dormido en toda la noche, pensando en como podría explicar a lady Winston la difícil situación en la que se encontraba la familia y que ella, desconocía por completo. Además, no era culpa suya, los únicos que la culpaban eran sus propios padres y, ellos, distaban mucho de ser los más adecuados para juzgar, de modo que se pasó toda la noche en conversación con su esposa, pero ni ella ni nadie conseguían hallar las palabras, desaparecían en cuando se acercaban.

Y con ella delante, se armó de valor.

—Buenos días lady Winston, disculpe si me he retrasado, pero mi esposa me necesitaba —dijo una vez la tuvo delante.

—Buenos días, no negaré que estoy nerviosa, la espera se me ha hecho eterna, pero lo comprendo, espero que su esposa se encuentre bien. Pase no creo, sea el tema de mis padres algo a tratar en plena calle —dijo lady Winston invitándole a entrar en la vivienda en cuya puerta de la sala le esperaba Heidi dispuesta a acompañarla.

El cochero obedeció y entró con humildad en la vivienda. Dejó el sombrero en una silla y colgó el abrigo. Sabía que no era normal entrar en una casa pero si sabía que, en esa ocasión, era lo que tenía que hacer.

Entró detrás de ella en la sala y se sentó en el sofá frente a lady Winston, quien se encontraba también sentada en un sofá, detrás del cual permanecía Heidi apartada, sin intervenir, pero dispuesta a ayudar si era necesario.

—Dígame —dijo lady Winston— ¿qué puede decirme?

—Puedo decir que el motivo de la bancarrota no es usted. Según he podido averiguar, es debido a los malos negocios de los últimos años. Demasiados gastos cuando no entraba tanto dinero, y, entre esos gastos hay varios chantajes por asuntos sucios que no querría que se descubrieran, pero que son actos suyos, no de los demás. Además, lamento decirlo, pero su padre no tenía poder en la empresa y, sin embargo, estuvo firmando y llegó a malversar fondos, antes de tener la mitad. Cuando quiso ponerlo a su nombre es cuando le han pillado —contó triste, sin saber si debía o no decir cuanto estaba diciendo.

—¿A mi nombre? —preguntó lady Winston extrañada.

—Sí, a su hombre pero como le he dicho, no le han hecho caso. He hablado con el abogado de la acusación y no quieren saber nada de usted.

—Tendrá que explicarme con más detalle, porque no entiendo nada.

Capítulo 9

El cochero observó a Heidi y, con algo de nerviosismo, le habló:

—Perdone, ¿puedo sentarme al lado de lady Winston? —preguntó.

—Sí, puede hacerlo, pero explíquese bien, yo tampoco he podido entender completamente.

—Lo siento, esto me supera, de veras que lo siento —respondió antes de sentarse al lado de ella—. Voy a intentar aclararme. La policía ha descubierto asuntos nada limpios al intentar su padre poner su parte de la empresa a su hombre, lady Winston, el quiso que usted pareciera la culpable, pero se ha descubierto que no fue así, de hecho, la vieron llegar a esta casa y muchos de los que han sido chantajeados por su padre, han confirmado que únicamente han hablado con él. Por otro lado, está el asunto de su madre, los matrimonios perjudicados no han dudado en hacer intervenir a la policía, al parecer iba a las viviendas e intentaba conquistar al hombre, si no lo conseguía... bueno, todos los que se han negado han sufrido algún accidente. He hablado con todos los que he podido pero no han nada sobre usted, nadie la culpa de nada —explicó intentando permanecer lo más sereno posible.

—Entonces cuando me dejaron salir con las 25 mil libras...

—Querían que pareciera que es la culpable, pero no ha funcionado, los chantajeados no han callado y las víctimas de su madre tampoco —respondió.

—¿Podría venir mañana y llevarme a la policía? Quiero entregar el dinero —dijo con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto que puedo. Mañana estaré aquí y la llevaré

—respondió, tras lo cual se puso en pie—. Lady Winston, de verdad que lo lamento.

Lady Winston no dijo nada. Permaneció callada, se limitó a asentir con la cabeza y, cuando quedó sola, rompió a llorar con desconuelo mientras ni lady Smith ni Heidi sabían que hacer y como evitar esa angustia. El deseo de Heidi de poder decirle que esos dos no eran sus padres, tenía que esperar un poco, tanto información debía ser algo confuso para ella, si deseaba su bien, el momento adecuado había de ser otro, ese no.

Pero Heidi no veía ni el momento de hablar ni el momento de entrar a consolarla. Y lo mismo que le pasaba a ella, le pasaba a Margaret y a Mary. Nadie sabía que hacer, la dejaron tranquila, en soledad, con el firme deseo de que la joven no enfermase, pues ya estaba claro que otra cosa no podían hacer.

Aunque en la noche, con el corazón encogido, los ojos rojos y un terrible dolor de cabeza, salió sin llorar, subió las escaleras, y se acostó. No quiso comer ni beber, únicamente dormir. Cosa que hizo sobre la cama, sin quitarse el vestido. Se desprendió de los zapatos, pero de nada más.

Pasó la noche con rapidez, durmió todo el tiempo sin soñar con nadie y con nada, su mente estaba en blanco, con el recuerdo de un mar en calma casi imposible de distinguir del cielo sin nubes, mas cuando despertó, aquel mar poseía olas imposibles y el cielo se encontraba cubierto de oscuros nubarrones. Un intenso frío se apoderó de ella. Observó por la ventana buscando algún motivo para aquel frío, peor el cielo estaba claro, el sol lucía como cada día, apenas hacia viento y las dos damas que pasaron por delante de la casa lucían sendos vestidos sin mangas.

Parecía que el fresco la rodeaba, nada más que a ella.

Y cuando por fin llamaron a la puerta, comenzó a temblar de miedo, pero dio paso: era Heidi.

—¿Cómo te encuentras hoy? Perdona, pero ayer no supe que decir, a mí también me afectó mucho lo ocurrido, no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo —dijo cuando estuvo a su lado.

—Estoy bien, ayúdame a vestirme, he de ir a la policía —dijo apartándose de la ventana.

Heidi la ayudó en silencio. Esperaba que la idea se le quitara de la cabeza, pero una vez la vistió y peinó, al ver que tomaba el dinero, comprendió que no había manera de impedirlo, de modo que decidió no

hablar y dejarla, si necesitaba de su ayuda y consejo, ella estaría allí para darle la mano y que pudiera levantarse.

—El cochero ha llegado —dijo Heidi al escuchar los cascos de los caballos.

—Muy bien, ya me marchó. Volveré en cuanto pueda —dijo triste.

Lady Winston no dijo nada, al contrario, lo que hizo fue salir sin despedirme de nadie. Dirigió sus pasos al coche de caballos y, con la ayuda del cochero, subió en silencio. Se había negado a maquillarse y a recogerse el cabello, así como también se negó a llevar gargantilla.

—Iremos a la policía, pero lady Winston ¿me permitirá acompañarla al interior de la comisaria? No creo, sea un lugar adecuado para una mujer sola y, más, en sus circunstancias.

—Puede acompañarme, pero ¿quién vigilará el coche? —preguntó sin mirarle.

—No se preocupe por eso, en un momento de necesidad, siempre hay alguien que puede echar una mano —respondió el cochero cerrando la puerta con una sonrisa.

Una sonrisa que hizo también sonreír a Soledad, aunque ella lo hizo muy levemente, tanto que casi no se podía deslumbrar, pero dejó una luz en el túnel, una ténue que desapareció en cuanto llegó a la comisaria, pese a la ayuda del cochero que la llevó del brazo al interior y dejó a un chiquillo para que se encargara del coche de caballos, a cambio de un caramelo para él y sus hermanos.

—Siento que tenga que perder dinero al traerme —dijo lady Winston a punto de romper a llorar.

—¿Lo dice por los caramelos? Ese niño es un vecino mío, se encarga todas las noches de lavarme el caballo, le dije que viniera, por eso estaba, otros días se encarga de hacer recados por el barrio. Es el lacayo en la casa de lady Thompson, vos hablasteis con ella en el baile. Es una mujer con canas y un poco gruesa —contó distraído a Soledad hasta que el policía la pudo atender.

—Ah sí, la recuerdo, es muy agradable, ¿ella les cuida? Digo al niño y a sus hermanos —preguntó.

—Sí, así es. Ella le da trabajo a él como lacayo y a sus hermanos también los enseña cuando puede. De ese modo, aprenden una profesión sin los agobios ni el peligro de las minas.

—Comprendo. Gracias por acompañarme —dijo con una leve sonrisa.

—No tiene nada que agradecer. Vamos —dijo a su lado, acercándose a un policía.

Al ver a lady Winston tan preocupada, el cochero se tomó la libertad de hablar por ella, tras lo cual, el policía no dudó en llevarles con el agente que llevaba el caso y que, en ese momento, estaba poniendo al día a su compañero, Henry Jones, quien acababa de incorporarse.

—Ha venido la hija de los Winston —dijo el policía.

—Que pasa —respondió el agente poniéndose en pie.

Lady Winston fue recibida con cortesía, invitada a sentarse y con el ofrecimiento de un vaso de agua que ella rechazó cortésmente, comenzando a hablar sin querer perder tiempo, necesitaba acabar con ello lo más rápido posible, sobre todo, desde que vio pasar a sus padres esposados.

—Entonces usted ha venido para que sepamos que nadie tiene que ver ni con el chantaje ni con los accidentes. De acuerdo, pero eso ya lo sabíamos. No hay nada a su nombre, no hay testigos y contra sus padres poseemos suficientes indicios y pruebas. Respecto al dinero, si se queda más tranquila se quedará aquí, pero cuando el juicio termine se le devolverá. ¿Usted seguirá viviendo en casa de su amiga... lady Margaret Smith? Lo pregunto para devolverle el dinero —dijo ella gente delante de su ayudante.

—Sí, no tengo otro sitio —respondió ella rompiendo a llorar.

—No llore lady Winston, lo que ha pasado nada tiene que ver con usted, estos problemas afectan, pero no debe rendirse y cargar con un peso que no le corresponde. Si los padres piden ayuda y podemos ayudar, tenemos el deber de ayudar, pero si no lo hacen ni lo reconocen, no podemos hacer nada por mucho que duela, créame, sé de lo que hablo —dijo con calma el joven que, ella, creía reconocer, aunque con las lágrimas brotando no podía decir con total seguridad quien era el hombre que tan bien le hablaba.

—Lo intentaré, gracias —dijo ella agradeciendo más en su interior que en palabras, aquel consejo. Su intuición siempre había sido muy fuerte, pero no le hacía caso tanto como debía y, el consejo de aquel agente, lo dejaba claro.

—Un consejo más lady Winston, no lo intente, por su bien y por todo lo hermoso que tiene la vida, hágalo —dijo el agente viendo como ella y el cochero ya se iban.

Pero lady Winston le oyó y agradecía aquellas palabras. Estaba

asustada, aterrada por lo que pudiera pasar, mas todo quedó en un susto enorme cuyas consecuencias no serían para ella. De hecho, perdería el dinero por un tiempo, pero se lo prometieron devolver y no tenía ningún motivo para no creerlo. Al contrario.

—Lady Winston ¿deseáis ir a casa o preferís ir a otro sitio? —preguntó el cochero ayudándola a subir al coche.

—Pues creo que me iría bien tomar el aire, ¿podría llevarme a algún parque aquí cerca? —dijo ella mientras veía al cochero dar tres caramelos al niño.

—Por supuesto, el más cercano es el parque Victoria, si le parece, podemos ir, no está lejos y el camino a esta hora es hermosa, se lo aseguro —respondió el cochero y, al ver que ella asentía, cerró la puerta para poder ponerse en marcha.

Mientras, lady Winston hacia todo lo que podía para volver a recuperar la calma. Estaba asustado y no podía dejar de pensar en que había visto a sus padres esposados. Desconocía que podía decir o hacer, no quería pensar más, pero ¿qué les pasaría? ¿Qué dirían? Como iba a actuar si... Tenía mucho miedo, quizás demasiado para poder actuar como debía. Por suerte, nadie la veía ni le prestaba atención, mientras llegaba, podía poner en orden su cabeza, aunque, de pronto, sin un motivo claro, el sueño volvió a su mente: el rostro de Jones alegre y luego triste.

Nunca hizo mucho caso a los sueños, pero ese era bastante curioso y le hacia pensar, ella también estaba alegre al principio y, en ese momento, estaba dispuesta a todo por mantenerse en un muy digno segundo plano.

Además, estaban las palabras de ese policía. Ella siempre había sido de la opinión de que la ley había que cumplirla, pero esos consejos... Y estaba el asunto de la temporada ¿cómo iba alguien a casarse con ella, si la ropa era prestada, no tenía dinero y sus padres estaba en prisión? Estaba segura, pasarían años hasta poder presentarse en sociedad con la cabeza alta y, cuando pudiera hacerlo, ya sería demasiado mayor para encontrar un marido decente.

Podía decir, casi sin equivocarse, que su vida iba a cambiar, pero a mal, aunque esperaba poder contar con Margaret y Heidi en esos momentos tan duros y esperaba poder decidir lo antes posible, cómo iba a proceder, si quedaría como criada, si sería la institutriz de algún niño, si podía contar con el dinero de Margaret para pagarse la temporada... los parques eran lugares

maravillosos que ella adoraba y donde pensar era muy fácil, pues se sentía pequeña, mas también con poder para hacer sus sueños realidad.

Al llegar, se dio cuenta de que aquel era también un parque precioso con espacios en verde, árboles de mil colores y varios niños pequeños correteando mientras reían. Algunas mujeres les vigilaban conversando entre ellas, otros caminaban del brazo de sus parejas y no faltaban las que lo hacían llevando en los cochecitos de paseo a los más pequeños.

El cochero abrió la puerta una vez llegaron y la ayudó a bajar. Soledad comprendió que cada persona tenía su vida, sus problemas, sus miedos. Debía aprender a vivir con ellos, no a luchar contra ellos, pero nadie le enseñó a hacerlo, le habían enseñado muchas cosas, aunque muy poco de la vida y, esta, se mostró en su cara más cruel, en el momento que parecía que iba a suceder lo contrario.

Pero en aquel parque, por primera vez desde que la pesadilla comenzó, creyó poder hacer algo, aunque no lo tenía muy claro ni se atrevía a pensar bien en todo aquello, cometer un fallo en ese momento no tendría una solución sencilla.

—Buenos días lady Winston —dijo una voz de hombre por detrás sacándola bruscamente de sus pensamientos, aunque lo agradecía— ¿cómo os encontráis?

—Buenos días lord Jones —respondió ella dándose la vuelta—, no me encuentro demasiado mal ¿y vos?

—Bien, no quiero parecer insensible ni nada por el estilo, pero os he visto en la comisaria. Quería que supierais que nadie os culpa, no debéis temer, la vida nos pone pruebas y hay que superarlas. Es en ese momento cuando podemos comprobar quienes son nuestros auténticos amigos y en quien debemos confiar. Mi hermano me ha dicho que os ha dado un par de consejos, si lo necesitáis, podemos hablar —dijo lord Jones con las riendas del caballo en la mano izquierda, al mismo tiempo que con la derecha la visitaba a caminar.

—¿Vuestro hermano? No sabía que quien me ha dado los consejos fuera vuestro hermano... es simpático —respondió ella comenzando a caminar.

—Sí, lo es. Se llama Henry, es mayor que yo casi tres años, pero siempre hemos estado muy unidos. Casi todo lo que sé es por mi abuelo y, lo demás, por mi hermano, pero me siento bien, algo confuso a veces pero,

entonces, recorro a él. Si vos queréis, también podéis hacerlo, él no se molestará —dijo James agradecido por la oportunidad de estar con ella, pero entristecido por verla padecer, no deseaba eso para nadie y menos aún, alguien a quien tanto amaba en secreto.

—No sé que he de decir, supongo que gracias, aunque molestarle es algo que me desagrada bastante, seguro me comprendéis —dijo ella acercándose a un banco, donde se sentó—. Pero ya que nos estamos sincerando uno con el otro, aunque desconozco la causa, ¿podréis explicarme eso de que todo lo que sabéis es cosa de vuestro hermano y vuestro abuelo?

—Claro —respondió sentándose al lado de ella sin soltar las riendas del caballo—. Eso ha pasado en nuestra casa desde siempre. Nuestro abuelo fue quien nos enseñaba y nos ayudaba a encontrar en nosotros mismos las respuestas, pero falleció teniendo yo 7 años y mi hermano ocupó su sitio. Cuando no podíamos, el ama de llaves nos ayudaba.

—¿Y vuestros padres? —preguntó Soledad comenzando a pensar que, tal vez, sólo tal vez, su vida no era tan mala como creía.

—Están bien, con sus problema, si hablaran de seguro que no pasaría ni la mitad de los cosas, pero me da que, si lo hacen, todo iría ya a peor, llega un momento en el que para hablar, se hace tarde —respondió sin miedo a abrir su corazón a alguien tan especial como ella.

—Me refería a qué hacían cuando necesitabais ayuda, eráis niños —explicó ella con interés.

—Ah, bueno, siempre con lo mismo: juegos, club, negocios, meriendas...

—Comprendo. Por eso vuestro hermano me dio esos consejos. Gracias, puede llamarme Soledad —dijo ella esbozando una sonrisa.

—Así lo haré, Lady Soledad. Podéis llamarme James —dijo sonriente entregándole un crisantemo rosa, mientras intentaba reprimir sus instintos, pues aunque quería besarla, abrazarla y permanecer a su lado el resto de la vida, en ese momento, no era lo adecuado, antes de esos deseos carnales, debía hacer comprender a aquella reina, que su amor no nacía del deseo, nacía del corazón. La amaba por lo que le hacía sentir, por lo que era y por lo que sacaba de él, pero confiaba en que la amistad, hiciera el milagro de que ella se diera cuenta.

Capítulo 10

La llegada de la hora de comer fue lo único que separó a los dos amigos, aunque cuando se presentó el momento de partir, lord Jones quiso evitar una separación bastante incómoda.

—Lady Soledad ¿me permitís os acompañe? El cochero puede dejarme luego en mi casa —dijo, no con la intención de asegurarse la conquista, lo que deseaba, era hacerle compañía, que viera que tenía un hombro en el cual llorar, aunque cada momento a su lado se le clavaba como cuchillos en el pecho por no poder tocarla, besarla ni...

—Sí, claro —respondió agradecida por su compañía y por la flor, nunca nadie le había regalado una, aunque aquel no era el mejor hombre del mundo, ella no quería saber de él, pero al menos la quería ayudar, le daba consejos e, incluso, la trataba bien, negarse a tal petición sería descortés.

Se acercaron al coche de caballos mientras cada uno continuaba con sus pensamientos, aunque el cochero sonrió feliz al ver aquello. Conocía a la perfección tanto a James como a su hermano y ninguno de los dos eran igual a su padre o su madre. Para alguien que estaba padeciendo lo que ella, era una de las dos mejores personas con las que hablar, aunque durante el camino no dijeron nada, permanecieron uno frente al otro en lados opuestos, pues no deseaba James que ella creyera nada extraño.

—Podéis sentaros a mi lado lord James, de hecho, lo prefiero. Por favor —dijo Soledad ya cerca de la casa de Margaret—. Dígame ¿continúa el ama de llaves que le crió trabajando en su casa? —preguntó sin recordar la información del baile.

—No, desgraciadamente no, pero sí sé que está trabajando y eso es algo que agradezco, algún día iré a verla, la echo de menos —dijo con un ápice de tristeza en la voz—. Era muy cariñosa y ni sé por qué la despidieron, aunque espero no ser yo el culpable, no me lo perdonaría nunca.

—Lo siento, se ha comportado tan bien conmigo y yo... bueno, le he hecho recordar algo tan triste... lo siento muchísimo lord James, ahora que recuerdo que lo dijeron en el baile, aunque no sé muy bien quien fue, pero por lo que me ha contado el cochero es vecina suya —explicó triste, preocupada, lo que quería era el distraerle, no ponerlo triste.

—Tranquila lady Soledad, pero ¿estáis segura de eso? —preguntó curioso.

Soledad Winston explicó todo lo que sabía, no dudó un momento en dar todo lujo de detalles, desde el físico de la mujer hasta lo que dijo, incluyendo lo dicho por el cochero en la mañana a primera hora. A medida que hablaba, se daba cuenta que las palabras poseían un efecto tranquilizador en el espíritu de James, pues además de que parecía más relajado, la palidez de su rostro daba lugar a una sonrojada mejilla, la otra se mostraba aún morada, parecía que nunca iba a cambiar de color.

—Gracias, lady Soledad, habéis hecho que me sienta mucho mejor. Mi hermano me dijo que estaba trabajando, que consiguió un empleo en cada de una amiga, pero no donde era, ahora ya lo sé. Tal vez vaya, tengo el caballo para poder regresar —dijo sonriente, al tiempo que el cochero detenía el coche: habían llegado.

—Ya he llegado. Muchas gracias por vuestras palabras y por vuestro apoyo. Y gracias también a vuestro hermano —dijo antes de abrir la puerta para bajar—. Ha sido un placer lord James, lamento mi comportamiento seco del baile.

—El placer ha sido mío lady Soledad, y por favor, no os disculpéis conmigo, fuisteis de las personas que mejor mi trataron en el baile —respondió él observándola ya en el suelo—. Cuando os apetezca hablar, estoy a vuestra disposición.

—Gracias, pero ¿cómo os puedo localizar? —preguntó ella con interés sosteniendo con gusto la flor, cuyas espinas aún no la habían dañado.

—Bueno, no es muy difícil, pero os facilitaré la tarea, estoy todas las mañanas en Hyde Park hasta las 11. Hoy no he estado, fui a visitar a mi hermano en su primer día de trabajo —respondió con una sonrisa agradable.

—Hyde Park es un hermoso lugar, no dudaré en aceptar vuestra oferta. ¿En qué lugar del parque?

—En el banco primero que se encuentra junto al lago ¿os parece bien?

—Perfecto, allí estaré —respondió con una sonrisa franca mientras olía el perfume de la flor.

Con esas palabras, Soledad se dirigió a la casa de Margaret, quien la esperaba en la puerta, con un gran abrazo y un beso en la frente, que a ella le sentó mejor que un cordero entero.

—Me alegra que estés de vuelta, he estado a punto de ir a buscarte, pero no me atrevía, desconocía donde te encontrabas —dijo Margaret invitándola a entrar—. He pedido, pese a ello, que la cocinera prepare una buena comida, como te fuiste sin desayunar, supuse tendrías hambre.

—No tengo hambre, pero sí me apetece beber algo, estoy sedienta —dijo Soledad algo triste cuando Margaret le quitó la flor y la dejó caer en el jardín—. He de contarte algo.

Soledad obedeció a la petición de Margaret de dirigirse al comedor y, allí, en la mesa, con el corazón en un puño, contó a Margaret todo lo que le habían dicho en la comisaria, así como lo que ella dijo e hizo, así como su deseo de despejarse en un parque y el encuentro con James, aunque no dudó en comentarle la charla con él, y, mientras lo hacía, sin darse cuenta, iba comiendo.

—Por eso —dijo una vez terminó de hablar—, no sé muy bien que puedo hacer. Tengo un montón de dudas.

—Bueno, estás aquí, en mi casa. No tienes que pagar nada: ni comida ni vestidos, únicamente tienes que disfrutar, ir a los bailes, a la Ópera, al Teatro... Hay vestidos que no me pongo porque yo soy una mujer casada, pero tú puedes ponértelos sin problemas. Te lo aseguro, no tienes nada que temer, nada —dijo Margaret con alegría, pues estaba segura de que Soledad podría comprender que, en realidad, lo que sucedía, era que se cerraba el pasado para abrir el futuro.

—Necesitaré algo de ayuda —dijo Margaret poniéndose en pie—, pero en este momento, lo que necesito es dormir.

—Pues descansa, hoy tenemos invitados —dijo Margaret poniéndose también en pie—, pero tranquila, no pasa nada, es un buen invitado que debes saludar, con saludar me basta.

—Lo intentaré —dijo Soledad con una sonrisa de agradecimiento, tras

lo cual observó a Heidi—. Me gustaría descansar de verdad ¿podrían ayudar con el corsé?

—Por supuesto.

Soledad subió delante mientras Heidi la seguía, deseando poder decir aquello que al consumía por dentro, aunque no podía, no era el momento, Soledad estaba conociendo muchas cosas, descubriendo otras y sintiendo algunas que nunca antes había sentido, aunque estaba segura, llegaría el momento muy pronto.

Pero antes tenía que ocuparse de ella, de Soledad , la joven necesitaba ayuda aunque por algún motivo la veía diferente: no estaba tan pálida y buscaba ella misma su ropa para cuando se levantara.

—¿Cuál prefieres? —preguntó Soledad mientras mostraba ambos vestidos sin quitarlos de la percha. Uno era azul cielo y el otro salmón.

—Prefiero... el que tú elijas Soledad, me da igual —respondió Heidi sin entender nada.

—Entonces me pondré el salmón. El azul me gusta más, creo que será mejor para algún evento social, si acudo a alguno, claro —dijo, tras cuyas palabras no dudó en cerrar el armario y dirigirse a la cama—. Descansaré un rato, ha sido una mañana muy agotada. ¿Sabes a qué hora viene la visita de Margaret?

—Creo que sobre las cinco —respondió Heidi ayudándola a ponerse el camisón, una de las decenas de prendas cedidas por lady Smith.

—Despiértame entonces a las cuatro, he de estar presentable —dijo Soledad metiéndose en la cama y quedándose dormida en cuestión de pocos segundos, tan rápidamente, que Heidi no tuvo tiempo de decir nada al respecto.

Soledad dormía tranquila, pese al ajetreo y los nervios de la mañana, una voz interior la llevaba por un camino diferente, uno hermoso, lleno de luz, calor y el aroma de las rosas recién abiertas. Sí, estaba sola, pero no importaba porque nada necesitaba. De vez en cuando, caía una hoja de los árboles delante suya y, al pisarla, sentía como si fuera una alfombra que impedía que pisara el suelo desnudo. También se podía oír el canto de los pájaros, parecía el de un cardenal, un ave que le encantaba por el color rojo de sus plumas y que ella vio en cierta ocasión cuando sus padres la llevaron a América siendo ella una niña. Aquel negocio de su padre no prosperó y regresaron a Londres tres meses después. Apenas guardaba recuerdos del

viaje, pero el cardenal y su canto siempre la acompañaban.

Incluso en sueño, aunque cuando despertó, creyó ver uno en el alféizar de la ventana cantándole para despertarla. Terminó por ser Heidi quien la despertaba, pero para sí, prefería su sueño: el cardenal.

Aunque se mantuvo callada se levantó, pues no quería contar a nadie su sueño, deseaba mantenerlo para sí, era un sueño muy tranquilo y agradable, un sueño en el cual pensaba refugiarse cuando en el día a día la tormenta se presentara, algo que, pese a ese refugio en su mente, prefería que tardara mucho, pero mucho, aunque sabía que llegaría, todo acababa por llegar.

Como el invitado de Margaret: lord Eden. El joven pelirrojo a quien todos humillaban pero que, en verdad, era un maravilloso doctor que ella había, pese a llevar nada más que dos meses ejerciendo, salvado la vida a dos mujeres y un niño pequeño, aunque eso parecía que no le importaba a la sociedad.

Mientras bajaba la escalera con el vestido color salmón, el cabello recogido en un moño bajo y tres tirabuzones sueltos, pudo oír perfectamente cuanto lord Eden le contaba a Margaret y una sonrisa, se dibujó en su rostro. Todas las personas tenían problemas, muchos eran incomprendidos, otros eran tan superficiales como el dinero y otros, intentaban encajar en un mundo en constante movimiento y ampliación.

—Buenas tardes lord Eden, bienvenido —dijo entrando en la sala—. Os esperábamos ayer.

—Sí, lo lamento, tuve una mañana con muchas consultas y, cuando iba a venir, recibí una llamada de emergencia: un niño se encontraba muy mal después de un accidente en la mina —respondió, mientras se ponía en pie y la saludaba con un beso en el dorso de la mano—, por suerte todo terminó bien, pero me resultó imposible venir, estuvo con él hasta altas horas de la madrugada.

—Me alegra saber que pudisteis salvar al niño, comprendo que el trabajo de la mina es importante, pero me dan mucha pena los niños, son los más inocentes —dijo sentándose en el sofá junto a Margaret.

—Estoy totalmente de acuerdo.

La charla prosiguió con calma entre los tres, mientras las criadas colocaban en las mesas de la sala el refrigerio con el té y el café, donde no faltaban el azúcar, la leche, el limón y los bollos. Todos pudieron degustar diferentes delicias, aunque a todos les rondaba la misma cuestión: ¿podrían

repetir?

—Si me lo permitís, lord Eden, tengo algo que decir. Sé que soy una mujer y no tengo nada, pero hay algo que necesito decir, la vida es demasiado corta para ir callando cosas que no dañan a nadie —dijo poniéndose en pie mientras se flotaba con nerviosismo las manos y dirigía sus pasos a la ventana. Desde la casa de sus padres no se veía nada interesante, nada la excepción de un pequeño jardín, pero desde aquella, todo era visible, desde un arbolito, hasta la calle, incluso se veía un puñado de plantas invernales que comenzaban a florecer y otro de flores otoñales en su máximo esplendor.

—Hable sin miedo lady Winston, conmigo no debéis mantener el silencio —dijo lord Eden con calma e interés.

—Vos decís que queréis ir, pero ¿por qué? Aquí tenéis un trabajo, un hogar y la ciudad es hermosa, no creo que nuestros problemas sean exclusivos de Londres. ¿Por qué ir? —preguntó mirándole al tiempo que pronunciaba las últimas palabras.

—Bueno, tenéis razón, tengo trabajo, un hogar y la ciudad es hermosa, los problemas de Londres no son exclusivos de aquí, en muchas otras ciudades existen problemas similares: París con su población insalubre debido a la situación de las viviendas, Alemania con su revolución que acabó hace menos de un año, Italia ha perdido Milán... Y en América están peleando contra los indios creo. La vida es una caja de sorpresa que nunca termina —dijo lord Eden acercándose a ella—. El motivo de irme es la sociedad.

—¿La sociedad? —preguntó lady Winston extrañada— ¿Qué importa? La sociedad son un puñado de viejas que se preocupan de los extraños y tienen a sus familias y su espíritu abandonados. Y no me refiero a comer o vestirles, me refiero a sentimientos, al corazón.

—Comprendo, creo que comprendo... —respondió él comenzando a pensar.

—Lo dudo, lo dudo mucho lord Eden, si me comprendiera, le aseguro que permanecería aquí sin dudarlo. Créame, preocuparse por lo que piensa la sociedad es un error a evitar, pues cuando llueve, no siempre todos se alegren, siempre hay quien pone un pero.

Lord Eden no dijo nada a aquellas palabras, al contrario, permaneció en silencio, se sentó en el respobrazos del sillón que se encontraba cerca de la ventana junto a una mesa pequeña redonda con cuatro pies y una pata,

observando a aquella joven. Nada más entrar en la casa, se percató de que no había ningún periódico, no vio ninguno ni en la entrada ni en la sala, en esa casa no vivían como en otras, aunque lo agradecía, pues podía descubrir muchas cosas, demasiadas para asumirlas en un breve instante, pero tenía tiempo, mucho, él tenía 25 años, la vida era larga y, aquella joven parecía tener mucho a sus espaldas pero ¿sabría lo de sus padres? Le daba la impresión de estar muy tranquila, no lo sabía, de saberlo no estaría así.

—Lady Winston, vos sabéis lo de...

—¿Lo de mis padres? —preguntó ella clavando su mirada clara en la suya esperando una respuesta que le fue dada con un leve movimiento de cabeza—. Sí, lo sé, y no me siento culpable. Nada tengo que ver con lo que ellos hallan, o no, hecho. Eso es cosa de ellos, no mía. Y no dudo que hablarán de mí, que murmurarán, pero si fuera a escucharles me volvería tan loca como ellos y no es lo que me conviene. De verdad, no se puede vivir pendiente de lo que los demás digan, como he comentado antes, nunca estará de acuerdo, cada uno ve y vive las cosas a su manera.

—Lo decía porque parecéis muy serena, no tengo otra intención —dijo viéndola apartarse de la ventana para acercarse a la mesa de donde tomó un canapé.

—Lo sé lord Eden, sois curioso, pero algunas veces la curiosidad puede ser peligrosa. En ese caso no lo es. Yo ya he llorado mucho desde que lo supe. He llorado, sufrido, he pensado mucho, pero no sirve de nada. No voy a cambiar lo que hicieron su yo enfermo, sigo llorando o me escondo en un rincón. Además, dejaron claro que no me querían cuando me expulsaron de la casa familiar para que cayera sobre mí lo que ellos hicieron —explicó ella con calma mientras se preparaba un té con limón.

Lord Eden no dijo nada, sonrió y se preparó otro té mientras intentaba buscar en su interior lo que tanto necesitaba: aclararse si debía o no abandonar la ciudad.

Capítulo 11

La tarde llegó a su fin con gran rapidez, aunque lord Eden aún continuaba dándole vueltas a la cabeza, intentando saber cual iba a ser su decisión. Cuando regresó a su casa, dejó a las dos jóvenes preparándose para la cena.

—Gracias por el esfuerzo que has realizado hoy Soledad , le he pedido a mi cocinera que te preparara tu comida preferida, espero la disfrutes —dijo Margaret mientras se acercaban ambas al comedor.

—No tienes que agradecer, soy yo quien te ha de dar las gracias por la comida, el techo y la ropa —dijo sentándose a la mesa—. Vamos a cenar.

Las dos amigas cenaron acompañadas por sus doncellas, en silencio, cada una en sus pensamientos, pero con un nexo en común: pensar en sus amores.

Cierto que lord James no había conseguido el amor de Soledad , pero sí había conseguido su respeto y su atención. Las palabras que le dijo no pasaron desapercibidas. Ella no quería ningún tipo de relación amorosa, pero sí el apetecía volver a verle, pudo hablar con total libertad cuando apenas le conocía y quería volver a hacerlo, había cosas que no se atrevía a decir las ni a Margaret ni a Heidi. Dudas, intrigas, sospechas que le parecían una auténtica locura, aunque suponía que a él no le parecían tal cosa.

Aunque también estaba la sospecha de que, podía ser que tuviera un doble sentido, pero eso no era cierto, sabía que su miedo, sus temores y su soledad la hicieran ver y sentir cosas anda reales. La traición de sus padres estaba demasiado recién para que pudiera confiar en alguien, pero aun así, ese

lado tranquilo, a legre y maravilloso de su interior le decía que en James Jones podía confiar, él la entendía, la escuchaba, aconsejaba y respetaba ¿qué más podía pedir?

—Soledad, ¿para algo? —preguntó Heidi al ver que la joven parecía estar muy lejos de aquel comedor.

—No, todo va bien, pensaba nada más.

Dijo y siguió comiendo, no iba a decirle nada, no estaba segura de que la comprendiera, ya se ocuparía de ello más adelante, al día siguiente quizás si ella quería acompañarla, claro, porque lo de acompañarla parecía que no le agradaba demasiado, últimamente estaba distante, pero Soledad pasaba de preguntarle, desconocía si podría o no con más malas noticias, prefería no arriesgarse, estaba muy cansada de chocar contra paredes.

Pero había una que, sabía no le fallaría, una pared con una puerta que se abría a su paso: James.

El joven, no dudó en acudir a Hyde Park desde primera hora de la mañana para cumplir la palabra dada a Soledad el día anterior. Acudió con un libro entre las manos para si tenía mucho que esperar y un abrigo por si la joven no acudía bien arropada.

Aunque cuando vio que ella se acercaba, comprendió que no iba a necesitar un abrigo, pues llegó bien vestida, peinada y a lomos de su caballo. Por suerte, parecía que lo había mantenido.

—Buenos días Lady Soledad, me alegra ver que no habéis perdido vuestro caballo, es un hermoso ejemplar —dijo sujetando las riendas y acariciando al animal que se dejó tocar sin problemas.

—Buenos días lord James. Sí, lo mantengo, es lo único que me queda, no voy a negaros que he llegado a pensar en venderlo, pero dudo que el dinero pueda cubrir el vacío que me dejaría —respondió con un ápice de tristeza pero con esperanza.

—Lady Soledad, el dinero va y viene. No tenéis que preocuparos por ello, además, vos no sois vuestras posesiones, cada persona es según su corazón y su mente —dijo ayudándose a bajar del caballo.

—Lo tendré en cuenta, pero a veces se me olvida —dijo con una leve sonrisa tomando las riendas del caballo.

—Entonces permitirme que yo os lo recuerde —dijo sonriente comenzando a caminar con las riendas del caballo en la mano.

—Podéis hacerlo, aunque creo que eso lo debería de hacer mi doncella

¿no os parece? —preguntó ella intentando no reír a carcajadas.

—Puede, pero no evitéis una risa, sois muy hermosa y una risa no afeará vuestro rostro, al contrario, lo llenará de luz —dijo mordiéndose la lengua para no decirle todo aquello que deseaba: era más hermosa que una flor en la mañana, le había robado el corazón y, por ella, era capaz de entrar en el Palacio de Buckingham y robar a la misma reina cualquiera de sus anillos para pedirle matrimonio a la rosa que tenía al lado. Pero estaba seguro, si le decía eso, iba a encontrarse muy solo. Quizás demasiado.

Prefería estar de amigo, era lo mejor.

—¿Estáis bien, lord Jones ? —preguntó ella al notar que su compañero de paseo la miraba como ausente.

—Sí, lo estoy, hoy me duele un poco la mejilla —respondió avergonzado bajando la cabeza—, pero no pasa nada, en un rato se me pasa, seguro.

—Eso espero ¿no os ha visto el doctor? —preguntó ella tomando con cuidado el mentón de James para ver la mejilla.

—No, me preguntaría cosas a las cuales no puedo dar explicación —respondió en voz baja.

—Pues no tiene buena pinta, pero lo comprendo, espero que podáis mejorar pronto —dijo ella soltándole el mentón con una sonrisa.

Continuaron caminando en silencio. Soledad tenía mucho de que hablar, muchas preguntas por formular y muchas cuestiones en la punta de la lengua, pero no sabía como decirlo, esperaba que las palabras salieran de su boca, mas no conseguía aclarar sus pensamientos, tenía demasiado por lo que pensar. Por la noche sí sabía qué y cómo decir, pero con él delante las cosas cambiaban, no le resultaba tan sencillo hablar de cosas triviales que, creía, únicamente él escucharía.

—Lady Soledad, ¿en qué estáis pensando? Podéis hablar conmigo de cualquier cosas que os preocupe o que os apetezca —invitó con una sonrisa sentándose en un banco donde ella no dudó un instante en sentarse a su lado—. No dudéis.

Soledad comenzó a hablar sobre lo que le dijo lord Eden. No ocultó ningún detalle que a ella le parecía interesante, desde la comida hasta la supuesta partida, desde los enfermos hasta la urgencia, desde la llegada hasta la marcha. Esperó que él le dijera algo, pero no lo hizo, parecía estar más interesado en escuchar que en hablar, por lo cual ella siguió hablando hasta

que acabó por redactar lo que esa noche sucedió.

Entonces sí habló.

—Una persona que quiere marcharse, se va sin rodeos. Él da rodeos porque no quiere, es una persona variable, presta demasiada atención a lo que otros dicen o hacen, pero no importa, no le des demasiada importancia, hay personas y personas. ¿Comprendéis? Personas que necesitan a los demás para sentirse realizadas y no es conveniente ni para ellos ni para nadie que les rodee. Os lo aseguro, no le deis vueltas. Comprendo que deseáis ayudar, es algo muy digno y dice mucho de vos, pero opino que debéis centrar vuestras fuerzas y energías en otra cosa —dijo con calma mientras la observaba con ternura.

—En verdad no os comprendo lord James, lo lamento ¿podéis explicarme las cosas de otro modo? Por favor.

James Jones no tardó en explicar, lo que deseaba decirle, de otro modo, hasta que ella comprendió el asunto de lord Eden: su confusión era debida únicamente a su deseo y necesidad de agradar a todos menos a sí mismo.

—La naturaleza humana es muy interesante, me gustaría saber si los demás pueden o no ver lo que vos veis —dijo con curiosidad dejando ver que su interés no disminuía, al contrario, aumentaba, pues era sin duda una puerta abierta a muchas explicaciones buscadas, demasiadas.

—No todos pueden, no es fácil Lady Soledad, pues eso da el poder en las personas no en la sociedad y, en verdad os digo, que a muchos de las alta sociedad eso no les gusta —dijo él con calma acariciando el caballo—. Vamos a caminar un poco más, me apetece cabalgar —dijo al tiempo que se ponía en pie sin subir a su montura, pues lo suyo era una propuesta, no una orden ni una obligación.

Sin embargo, Soledad no respondió. Al contrario, guardó silencio, sonrió y subió sola a su propio caballo. James la imitó, aunque no podía dejar de desear besarla, era una chica tan especial que no podía hacer otra cosa que no fuera amarla. Amarla con pasión, peor con cordura.

Y mientras cabalgaban durante un rato por el parque, James se abrió a ella contándole de sus planes y de sus sueños.

Así mismo, no tardó en contarle de su trabajo, de sus artículos, de sus textos y la novela que escribía por detrás de su familia, pues si se enteraban de lo que estaba haciendo, estaba seguro, iban a destrozar su trabajo. Desde

pequeño, su padre había decidido su futuro.

—Pero ahora sois vos quien lo ha decidido ¿no? —preguntó ella intrigada.

—Sí, soy yo y estoy muy contento con mi decisión, es una novela que escribo con gran interés, sinceramente, antes lamentaba el tiempo que pasaba solo, ahora lo adoro. Las mañanas se me van en Hyde Park y las tardes con el trabajo. ¿Vos tenéis alguna afición? —preguntó invitándola a hablar.

—Yo... me gusta mucho el piano, pero no sé tocarlo muy bien —respondió algo tímida—. Mis padres me obligaron a acudir a unas clases, pero como eran caras, dejaron de llevarme. Al principio no me gustaban las clases, pero cuando las notas empezaron a salir de mis dedos, empezaron a gustarme. He pensado que, cuando la policía me devuelva el dinero, puedo ir a solicitar que me vuelvan a dar clases.

—Eso es estupendo, una mujer que toca el piano por gusto es mucho más hermosa que otra que lo toca por obligación, pues demuestra mucha belleza de espíritu y mucha educación —dijo él con alegría—. Pero podréis ir pidiendo que os den plaza, según me contó mi hermano, es posible que el dinero os sea devuelto a principio de la semana próxima.

—¿De verdad? No tengo claro si eso es bueno o malo, pero supongo que es lo esperado ¿no? —respondió con curiosidad intentando no pensar mucho en sus padres.

—Las cosas suceden y depende de nosotros si nos afecta mucho, poco o nada —respondió él sin tardanza—. Pero si me permitís que os diga algo, os diría que... que penséis en vos.

Soledad Winston sonrió agradecida. Era cierto que, como mujer, no podía ganar dinero tocando el piano, pero si podía amenizar las fiestas que Margaret Smith celebrara en su casa, tocando alguna pieza de Mozart, Burney, Eccles, Handel... sería un modo de agradecer todo lo que por ella hacía.

—Creo que con el piano podría amenizar las fiestas de Margaret —dijo casi en un susurro solo para ella, desconociendo si podía escucharla o no su amigo, ese hombre que resultó ser muy diferente a lo que sus padres decían—. Por cierto —dijo ya con voz normal— sois muy distinto a como os define vuestro padre ¿no os molesta que vaya por ahí hablando de vos?

—Pues claro que me molesta, soy humano, tengo sentimientos, pero no me sirve de nada enfadarme, total, van a seguir hablando de mí... lo que ellos

digán no me afecta, la sociedad olvida, ellos se cansarán y yo seguiré aquí con mi trabajo. Hay días en los que me entran ganas de dejarlo todo, de rendirme y hacer las cosas como él quiere, mas luego pienso en mi vida y cambio de opinión.

Soledad sonrió agradecida mientras continuaban su cabalgar, ya en dirección a la salida, donde ambos quedaron para el día siguiente, un día que se alzó con rapidez para él, pues pasó todo el tiempo escribiendo y la noche pasó en un suspiro, aunque al pensar que la iba a ver, la cosa cambió.

Sin embargo, la noticia de que la madre podía perder la vida si la consideraban en el juicio culpable, le partió el corazón y, antes de que Henry saliera para trabajar, le pidió consejo, a lo que Henry respondió con una pregunta directa:

—¿Qué harías tú?

—¿Yo? No le diría nada, dejaría que me viera como su amigo, su consejero, el hombre en el que apoyarse. Pero ¿es lo conveniente?

—James, te aseguro que si sigues tu instinto, todo te irá bien. Hoy dile que la invito mañana a una merienda, que se traiga a Margaret y también sus doncellas, será en la mansión Thompson —respondió, tras lo cual se apresuró a salir para el trabajo, ocultando que la madre de Soledad no tenía ninguna oportunidad de salir de prisión, pues el día anterior falleció una de las víctimas a consecuencias de las heridas y otra, se esperaba diera positivo en veneno, algo que el médico podría confirmar en breve, sino lo había hecho ya, pero eso solo serviría para poner a James nervioso, algo innecesario y nada bueno, pues si él estaba alterado no podría de ningún modo ser el apoyo que Soledad necesitaría.

Y aunque James no le entendió del todo, decidió callar y partir, pues suponía que, en ese momento, era cuando podía serle útil a Soledad , pero no sabía que decirle, hasta que la vio.

Iba en el caballo, vestida de oscuro, con el rostro pálido, el cabello suelto y los ojos rojos de llorar.

En cuando llegó a su lado, desmontó de su montura y se abrazó a él llorando desconsolada.

James no dijo nada, se dejó abrazar. Tomó en una misma mano las riendas de los dos animales mientras con la otra, rodeaba a Soledad que temblaba. Desconocía que hacer o decir, verla así le dolía tanto como a ella, le dolía porque la quería, la amaba, le quería evitar el sufrimiento pero

¿cómo? Cuando él estaba mal, su hermano le hablaba, pero no recordaba que le decía, las palabras sonaban tan confusas y lejanas...

Durante un largo rato, quedaron allí, abrazados, llorando uno y peleando el otro por mostrarse fuerte para que ella se pudiera apoyar.

—Lo siento mucho lord James —dijo entre lágrimas— es que no quiero que maten a mi madre, sé que es malvada, que ha hecho cosas muy feas, que ha dañado a muchos, pero en el fondo, no puedo evitar guardar cierta cosa y... ¿no se puede hacer nada? Por favor.

—Lady Soledad, no está en mi mano, ni en la vuestra, ni en la de mi hermano... Está en manos del juez y la ley no deja lugar a dudas. Lo siento, lo siento muchísimo —respondió apenado, con los ojos llenos de lágrimas.

Soledad estaba dolorida pero James le era sincero, no mentía. Tal vez si su madre no hubiera asesinado a nadie... nada de aquello hubiera pasado. De todos modos, si estaba en manos del juez y él tenía que hacer cumplir la ley, ella ya estaba muerta, pero de todos modos, suponía, ya no podría ir a peor nada, ella no tenía nada, lo mejor era buscarse un trabajo y que Heidi hiciera lo mismo.

—Venid conmigo —dijo James llevándola a un banco donde se sentó y la invitó a que se sentara, sin percatarse de la llegada del cochero que días antes les había ayudado—. Buenos días.

—Buenos días lord Jones , buenos días lady Winston ¿desean que me encargue de los caballos? —preguntó dispuesto a ayudar sin doble intención.

—Sí, por favor, para que lady Winston regrese a su casa es mejor que hoy tome el coche de caballos, yo lo pagaré —respondió James con una media sonrisa dispuesto a engañar a su mirada llorosa.

—Muy bien, pero no tienen que pagarme. Su hermano me ha pedido que le recuerde lo dicho esta mañana —dijo el cochero tomando las riendas de los caballos, momento en el cual los dos se dieron cuenta de que llevaba un crespón de luto. El cochero se dio cuenta—. Mi hermano falleció ayer.

El rostro de Soledad se desencajó. Sintió que el suelo se abría a su paso y el dolor acabó por romper su frágil corazón.

—Lady Winston, por favor, calmaos, no os culpo ni os culparé nunca, vos sois inocente, relajaos, os lo ruego —dijo el cochero al ver al reacción de la joven que lloraba en silencio mientras su rostro palidecía y su respiración se veía perjudicada.

Se llevó los caballos mientras algunos de los que paseaban por el

parque a esa hora, la observaban. No veían nada raro en aquella charla entre dos. Ninguno era una persona casada.

—¿Qué me tenéis que decir? —preguntó, intentando que la conversación la tranquilizara.

—Pues que mañana estáis invitada a una merienda. Por supuesto que Margaret y las doncellas también están invitadas. Será en la mansión Thompson a las 4 de la tarde. Dí que sí —dijo con una mezcla de tristeza y esperanza.

—Sí, iré. No puedo hablar por ellas pero haré lo que pueda para convencerlas —respondió limpiándose las lágrimas con la mano desnuda, en su prisa por irse, no tomó el pañuelo, pero James se apresuró a ofrecerle uno que ella agradeció con un gesto de cabeza—. Gracias.

Capítulo 12

Margaret Smith permaneció unos instantes observando a Soledad para saber si debía decir sí o no. Las dudas eran muchas, aunque Soledad siempre salía triste, apagada, a punto de llorar y regresaba serena, firme. No lloraba casi y comía todo lo que se le ponía en el plato, lord Jones parecía merecer una oportunidad.

—Está bien, iremos. Los Thompson no son malas personas, al contrario. Se trata de personas sencillas, tranquilas y con una mansión realmente hermosa. No suelen meterse en cosas que no van con ellos, pero sus meriendas son bastante multitudinarias, aunque si nos han invitado a todas, te aseguro que será una merienda privada —dijo con una sonrisa Margaret—. Ahora dime ¿cómo te he ido la salida?

—Bien, lord Jones es muy cariñoso, pero también muy tranquilo, no dice ni hace nada que me incomode. Al contrario, el respeto parece ser su primera virtud. Él siempre me acompaña hasta la puerta pero como hoy nos encontramos al cochero, éste, se ofreció a trenos y, a mí la verdad, no me ha desgradado, al contrario, lo agradecí, no me apetecía venir cabalgando, comprende que hoy no es el mejor día.

—Lo sé Soledad, hoy es un día triste, me alegre saber que estás mejor y me alegra que tengas una amistad, pero no todos los que se acerquen a tí tendrán las mismas intenciones, muchos lo harán para poseerte —dijo Margaret invitando a Soledad a acompañarla. Dieron un paseo por el jardín— bien como esposa o como amante. Recuerdo que no tienes dinero, no será difícil que se ofrezcan a pagar todas las deudas a cambio de que te conviertas en su amante. Por muy tentadora que sea la oferta, no debes aceptarla, por

mucho dinero que te ofrezca quien sea, le conozcas o no. Da igual, me da igual. Tu honor está intacto, debes pleear por mantenerlo así. Las deudas ya se pagarán, debes vivir hoy para hoy, mañana para mañana —dijo mientras sonreía y se acercaba a un cerrador donde ambas amigas no tardaron en tomar asiento—. Mañana quiero que te pongas mi vestido malva.

—Pero Margaret, ¿el vestido malva? —preguntó Soledad— Es de los mejores vestidos que tienes, ya me has dejado muchos, puedo ponerme el verde ese es precioso.

—Sí, lo es, pero Soledad, es una merienda en una casa hermosa, con una familia maravillosa, no puedes ponerte cualquier cosa —respondió Margaret insistiendo en ello.

Soledad sonrió levemente rendida a la cabezonería de Margaret, aunque agradecía la ayuda. Y el vestido malva era un maravilloso vestido sencillo pero liso, de satén, adornado con un pequeño volante fucsia en el escote, las mangas, la cintura y el bajo. Normalmente, ella lo acompañaba con un sombrero de flores, pero Soledad lo prefería solo.

—Está bien, pero no es tan privada como tu crees, no olvides que los dos hermanos Jones también van, ¿no te lo he dicho?

—Pues sí, pero una merienda para seis no es que sea multitudinaria.

Las dos amigas permanecieron allí hasta que les fue indicada la hora de la comida. Mientras, entre animadas charlas y las aventuras que vivía con James en los paseos por Hyde Park, el tiempo se marchó.

Pero no le importó. Soledad se encontraba muy relajada, de hecho, hablaba sin temor, incluso de las cosas más tristes.

—¿Cómo puedes hablar sin problemas de lo sucedido? —preguntó Margaret extrañada.

—Pues es fácil, si las personas afectadas no me culpan ¿por qué he de hacerlo yo? No tiene sentido y no quiero ser como lord Eden culpando constantemente a la sociedad de lo que le sucede. Yo quiero llegar a algo, mi deseo era sencillo, casarme con un hombre que me mereciera y ser feliz, no veo ningún mal en ello —respondió con tranquilidad consciente de que su vida distaba mucho de sus sueños, aunque estaba segura de poder conseguirlo.

Margaret guardó silencio. Era de las personas que más querían a Soledad, pero sus posesiones se limitaban a un caballo cuyo precio no superaría las deudas que la familia había contraído con la servidumbre y con

la doncella, pues, aunque Soledad lo ignoraba, sus padres llevaban ya un año sin pagar para asegurarse de que no se iban y de que no hablaban sobre lo que pasaba en aquella casa. Curiosamente, nadie se marchó, de hecho, aún continuaban pese a la detención de los propietarios y de la marcha de Soledad, pero ella estaba más ocupada en el futuro y en Jones.

Margaret estaba contenta con el cambio que mostraba Soledad, pero no compartía su entusiasmo y mucho menos la opinión sobre lord Eden, era un hombre tranquilo, que había salvado muchas vidas y a quién todos insultaban. Era un médico ¿cómo no iba a tener en cuenta la opinión de sus pacientes? Pues claro que sí. Sus pacientes tenían que estar contentos con él.

Pero Soledad no lo comprendía, ella veía lo que le decía lord Jones y, aunque sabía que era un buen hombre, no le quedaba más remedio que reconocer un enorme fallo en su vida: no tenía trabajo.

—Soledad ¿qué piensas hacer? —preguntó Margaret algo insegura.

—Pues mañana iré a la merienda y cuando me devuelva el dinero la policía, pagaré las clases de piano, así podré amenizar tus fiestas y te devolveré el favor por la ayuda. Luego ya veré. Poco a poco, no quiero tomar decisiones precipitadas —respondió al tiempo que se ponía en pie y acercaba a un flor para olerla.

—Pues ya has tomado una, yo no hago fiestas, mientras Nicholas esté fuera o yo no sepa que le ha pasado, no haré ninguna fiesta, de modo que usa el dinero en algo más útil: ropa o pagar a los criados.

—No seas tan negativa Margaret —dijo Soledad momentos antes de que la criada les informara sobre la comida—, vamos a comer.

Las dos amigas se dirigieron al comedor donde saborearon un delicioso almuerzo, mientras las dos doncellas charlaban con tranquilidad en el otro lado de la mesa, contándose sus cosas casi en secreto, pero nadie sabía el secreto de Heidi, ella continuaba guardándolo, no veía el momento para hablar, mas nunca era el adecuado.

—Pareces otra Soledad, estás muy animada —dijo Margaret extrañada.

—Lo sé, pero por dentro es diferente, estoy muy nerviosa, aunque una parte de mí está feliz, ve futuro aunque yo no lo vea, pero me gusta, es mágico.

—Creo que te estás volviendo loca, pero mientras sigas así, supongo que la vida tendrá alguna salidad para tí —dijo con una sonrisa sincera—. Mea legra que lo veas todo mejor.

—Gracias Margaret. Estoy segura de que saldré adelante y es gracias a tí, sin tí no podría hacer la mitad —respondió con una sonrisa—. Voy a descansar, hoy me apetece pasarme por la biblioteca.

—Pues espero que descanses y pases buena tarde entre libros —dijo Margaret preguntándose para sí misma si Soledad no tendría otros planes.

Pero lo cierto era que Soledad no tenía ningún deseo de hacer nada, quería dormir, leer y permanecer tranquila hasta la hora de marchar a casa de los Thompson, pues estaba segura de que sería una merienda muy interesante. Al menos podría estar con James, que llegara la hora y no poder salir a Hyde Park, le resultó muy extraño, aunque contaba las horas para verle de nuevo.

Y la mañana pasó rápida, hasta el almuerzo, que fue sencillo, ligero, lo suficiente para poder llegar a la merienda sin un apetito atroz.

—Estás hermosa Soledad —dijo Heidi al ver a la joven ya con el vestido puesto y el cabello recogido—. Muy hermosa. Dime ¿estás bien?

—Sí, lo estoy. Me apetece ir y sé que es lo que debo hacer.

Nadie le dijo nada, permanecieron en silencio durante el resto del tiempo esperando cada una que la otra dijera algo. La merienda era un evento social muy importante, donde las damas conversaban entre ellas, pero por algún motivo, en esas ocasiones, habían invitado a las doncellas, aunque ellas rara vez acudían a esos eventos.

Sin embargo, Soledad estaba serena, agradeció a Margaret que le prestara un vestido a Heidi y, el resto del camino lo hizo en silencio, observando la ciudad, a su gente, las viviendas, las plazas, los niños jugando y los coches de caballos con los que se encontraron en el camino.

La última vez que se subió a uno de ellos para ir a una casa, fue para mudarse a casa de Margaret pero ese día era para una merienda y hacia mucho que no acudía una formal, tanto que casi no podía recordar cuando fue por última vez.

Por eso, estaba tan emocionada, por eso y por ver a James, quien también esperaba y deseaba verla.

De hecho, se encontraba de pie en la entrada de la mansión de los Thompson, preocupado. Henry se acercó a él pero James no apartó la mirada de la izquierda, por donde se suponía, debía de llegar su amada, no quería decir lo que por ella sentía, pues era algo que, por nadie más sentía y, si decía eso, lady Winston no volvería a hablarle.

—¿Sabes una cosa, Henry? Cuando esto comenzó, yo no tenía la menor

intención de enamorarme, ya sentía algo por ella pero desconocía que era. Me resultaba hermosa, especial y quería estar a su lado, ella no me criticaba ni daba lecciones que yo ya conocía. En el baile, todos los invitados hablaban a mis espaldas, nadie quería bailar conmigo, pero ella me respetó, me habló, bailamos y pude pasar una noche de lo más interesante. Sin embargo, a medida que han pasado los días y los encuentros se han sucedido, cada vez me gusta más, cada vez siento más vacío cuando no la tengo a mi lado. Ahora, sé que la amo, la amo con locura, necesito verla, tenerla cerca. ¿Crees que me he vuelto loco? —preguntó apoyado en la entrada, temiendo que ella no se presentara.

—No, te has enamorado y bien enamorado, pero nada más, aunque esa joven ahora mismo no está para amores...

—Lo sé Henry, me conformo con ser su amigo, con su confianza, con su sonrisa. No me importa si pasan años y ella no está preparada, no me importa, de verdad, lo que me importa es su felicidad, nada más. Ojalá pudiera ayudarla —dijo sin darse cuenta de haber interrumpido a su hermano, algo no propio en él que Henry no le tuvo en cuenta, se percató de su despiste—, ojalá pudiera tenerla a mi lado y apartarla de todo esto.

—La ayudas más de lo que creer James. Cuando vino a la comisaria, estaba destrozada, apenas podía mantenerse en pie, temblaba, lloraba. No sabía que hacer por ella y mira, apenas han pasado tres o cuatro días y confía en ti como para poder venir a una merienda en una casa que nunca antes ha visitado. Ya viene —dijo Henry con una sonrisa viendo que se acercaba el coche que él mismo envió a buscar a las mujeres—. Recibelas tú, yo comprobaré que todo está listo.

James se puso en pie mientras sonreía con una luz especial en la mirada y, tranquilo, se acercó al coche para abrir la puerta y ayudar a las mujeres a bajar con el apoyo de una escalera de tres peldaños que le acercó el cochero y que él siempre llevaba.

—Bienvenida lady Smith, me alegra que aceptaras la invitación —dijo saludando a Margaret, a quien besó en el dorso de la mano antes de que bajara.

El mismo saludo tuvo con las doncellas, pero cuando lady Winston no bajó, se preocupó.

—¿Sucede algo lady Soledad? —preguntó al ver que permanecía sentada.

—Yo...

—Ya comprendo, no entendéis el motivo de la invitación y tampoco conocéis si, de verdad, tenéis que estar aquí ¿verdad? —preguntó—. Pues darme una oportunidad, confiad en mí, por favor —pidió ofreciendo su mano a Soledad que sonrió levemente. Aceptó la mano de lord James y bajó asustada, aunque algo más tranquila—. No debéis temer, lady Thompson no desea vuestro mal.

Para Soledad todo aquello era demasiado, ella no tenía nada, no era nadie y, sin embargo, la sociedad parecía dispuesta a ayudarla, pero ella no sabía como podía corresponder a algo así, aunque al entrar y ver el jardín decorado, con las dos mesas repletas de manjares y un rincón casi escondido por setos donde una mesa y dos sillas parecían esperar a alguien importante.

—Bienvenidas a mi casa, me alegra que estés aquí, espero que disfrutéis —dijo lady Thompson con una sonrisa, al recibir a todas—. Lady Winston estáis muy hermosa, pero ese vestido me parece un poco oscuro, si os alegráis la ropa y el entorno, os aseguro que también vos os sentiréis mucho mejor. Venid conmigo.

Lady Thompson la llevó al rincón y allí la invitó a que se sentara mientras los demás disfrutaban de la comida. Soledad no comprendía nada, pero aquella mujer era la misma que le habló en el baile.

—Perdone lady Thompson pero no comprendo el motivo de venir —dijo lady Winston avergonzada con la mirada clavada en los ojos serenos y agradables de la anfitriona.

—Verás, yo tengo dinero, soy viuda, no tengo hijos, no tengo familia. Sé lo ocurrido con tus padres y sé que vives en casa de lady Smith, se suegra es muy amiga mía y me lo contó todo. Pues verás, tengo dinero, mucho y quiero ayudarte. Déjame hacer algo por ti —explicó la mujer con tal firmeza que Soledad no comprendía nada. Sintió perderse en un mundo diferente al que ella poseía.

—Pero yo no sé, no tengo con que pagarle, no he hecho nada para recibir tanto —dijo Soledad confusa.

—Eso es comprensible hija, pero mira, no tienes motivo por el que temer con lo que te ha pasado no podemos dejarte abandonada, eres inocente, eres una niña todavía y no tienes familia. Alguien se ha de hacer cargo de ti, deja que las personas que podemos te demos la mano. Es decisión tuya lo de aceptar o no, pero por favor, no tienes porque encerrarte —explicó con

tranquilidad mientras las criadas dejaban distintos refrigerios en la mesa.

Soledad guardó silencio y permaneció sentada, observando, valorando cada una de las opciones, aunque no eran muchas, únicamente dos: decir sí o decir no. Ambas la asustaban y ambas se convirtieron, de inmediato en su peor pesadilla ¿cuál era la decisión correcta? Si se negaba, dejaba la puerta abierta a acabar sus días en los barrios bajos. Si aceptaba, dejaba de mandar ella en su vida para que lo hicieran desconocidos.

—Está bien, acepto esa ayuda ¿de qué se trata? —preguntó.

—Pues es muy sencillo, lo que tienes que hacer es venir mañana por la mañana. Te compraré ropa nueva que sean nada más que para ti ¿qué me dices? —preguntó la mujer tomando un bollo con mantequilla.

—Me gusta la idea, de acuerdo —respondió sonriente tomando un sorbo de té con limón. Ya estaba más tranquila y, aunque no comprendía todo lo que estaba pasando, en su interior, la voz pequeña, le decía que podría confiar que no iba a pasar nada, había épocas para dar, otras para recibir y otras, en las que se daba y recibía al mismo tiempo. Ella estaba en la de recibir.

Capítulo 13

La merienda se llevó a cabo de manera tranquila, lady Thompson se empeñó en que Soledad la llamara Melanie, deseaba que la joven se sintiera cómoda y pudiera tomar confianza, algo que Soledad aceptó sin tardar mucho en ello, pues además de poder contar con alguien, no perdería el estatus en la sociedad, no era necesario que los barrios bajos se conviertan en su hogar y eso lo agradecía, aunque significara que durante un tiempo indeterminado, no fuera su vida suya, mas como en verdad nunca lo fue tampoco perdía demasiado.

Aunque sí tenía una pregunta que formuló antes de subir al coche de caballos de regreso a casa de Margaret.

—Mañana nos vemos, pero ¿dónde y a qué hora?

—Aquí a las 10. el cochero te traerá desde Hyde Park, sé que todos los días paseas por allí, no quiero quitarte ese placer —respondió lady Thompson con una sonrisa—. El cochero irá a la casa a buscarte a partir de ahora, de ese modo no acabarás agotada y demostrarás quien eres en realidad.

—Gracias lady Thompson, os lo agradezco de verdad —dijo emocionada.

—A mí no, es el cochero quien se ha ofrecido a hacerlo sin cobrar —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó mirándola a ella y mirándole a él.

—Porque sí lady Winston, porque los hijos no tienen que pagar las consecuencias de lo que hagan los padres. Sé muy bien lo que es eso y lo sabe mi esposa también. No se preocupe, usted aproveche y no sufra —dijo con calma y serenidad, sin dejar de mirarla—. Mañana iré a buscarla a las 9.

—Tendré poco tiempo entonces. Lord James —dijo mirándole— ¿podría ir primero por usted? Lo digo para vernos ya en el coche, he de hablar con vos.

—Por supuesto lady Soledad, no hay problema, la veré mañana en casa de lady Smith —respondió besándose con dulzura la mano, ajeno al malestar de Margaret, quien tenía las ideas muy claras para su amiga y, veía, no podía llevarlas a cabo porque ellos se habían interpuesto.

Pero a Soledad Winston no le afectó aquel molestar descubierto por Heidi y por Mary, pues no lo vio, ella se encontraba en el exterior, aún no había subido al coche y, cuando lo hizo, lo lamentó, pues la mirada de Margaret dejaba mucho por desear. Demasiado.

Y no pudo decir nada, se limitó a callar y esperar a que ella estuviera dispuesta a hablar, después de todo, ella la dejó llorar toda la tarde y toda la noche sin quejarse, no podía hacer otra cosa que devolver el favor, era lo de menos, aunque hizo todo lo posible por disimular, pues le daba la impresión de que era una persona que quería hacer las cosas por sí misma, pero aun así, se lo agradecía profundamente.

—Pareces feliz Soledad —dijo serie, al ver que ella sonreía con color en el rostro no causado por el maquillaje.

—Lo estoy Margaret, lo estoy. Pero tú parece darte cuenta de lo que en verdad está pasando —respondió ella con furia apartando, tras aquellas palabras, la vista de Soledad, a quien no podía perdonar.

Sin embargo, Soledad no dijo nada, continuó observando el paisaje con el rostro feliz, pues sabía que al día siguiente todo iría bien, vería a James, tendría ropa nueva y Margaret volvería a ser la misma mujer que era, aunque se preguntaba si, de verdad, pasaría así, pues al fin y al cabo, lo que pasaba, no culpa nadie, Margaret estaría pensando en Nicholas, de quien en verdad nadie sabía nada.

Supuso, entonces, que el comportamiento de Margaret podía deberse a ello, tal vez preguntó a Henry y éste, no dudó en responder que no sabía nada, que su trabajo era el de ocuparse del caso de los Winston. Eso le rompería el corazón porque la desaparición de Nicholas llevaba más tiempo y ella estaba bien, no le faltaba de nada, mientras que a ella... Cada día era más solitario, más triste y más frío.

—Supongo que ella se creyó que haciéndose cargo de mí, la policía se encargaría del caso de Nicholas, pero no ha sido así y es una pena —pensaba

para sí.

—Soledad —dijo Heidi llamándole la atención— ¿qué pasa?

—Nada, estoy bien. Pensaba, nada más. Dime ¿qué sucede? —preguntó con seriedad, aunque su mirada decía otra cosa.

—Que Margaret te ha tratado muy bien, nos da comida, ropa, techo y mira ¿cómo le pagas? Por favor, es vergonzoso. Te estás vendiendo y eso de hablar con un hombre... Soledad de ese modo yo no te he criado, así que compórtate desde ya o intervendré y entonces sí que vas a hacer las cosas que de verdad hace una dama de la soledad —dijo Heidi tomándose una libertad con ella que antes nunca se había tomado.

Soledad quedó perpleja. Ella no había hecho nada para enfadar a nadie, pero las personas que más le importaban, estaban muy molestas y no veía el motivo. Durante toda su vida había hecho lo que ellas querían, pero en ese momento, cuando empezaba a ver las cosas y a pensar en su futuro, cerraban la verja a su alrededor. Que sus padres estuvieran en prisión esperando la muerte, no les daba derecho alguno para tratarla como si fuera una niña indefensa. Tenía 18 años y, lo último que quería, era ser una víctima. Había escapado de una, ¿de verdad podía escapar de otra? Prefería aceptar la ayuda.

Pero algo le decía a tener que ceder, aunque no pensaba dejar de ver a James, él era un hombre justo, respetuosos y decente, si hubiera querido manchar su reputación o aprovecharse de ella, había tenido oportunidades y todas las dejó pasar. No, él no quería nada de ella, no era de ese tipo de hombre. Y pensaba seguir a su lado, iba a seguir siendo su amiga.

El miedo comenzó a hacerse un hueco cada vez mayor sin ella, y ver como llegaban a la mansión, como Margaret daba instrucciones al mayordomo y antes de que ella entrara en la mansión, llegaba un hombre, daba una buena cantidad de dinero y el caballo, su caballo, se iba con él. Soledad no le dijo nada, ni cuando vio al mayordomo dar el dinero a Margaret.

—Con esto, pagaré a tus criados y a Heidi, quien, por cierto, tiene algo que contarte.

Soledad subió a su habitación confusa. Parecía que escuchar esa voz interior no la ayudaba, lo pensaba así y tenía miedo. Ya no tenía caballo por sí misma no llegaba a Hyde Park ni loca, aunque recordó que el cocher iría para ella. James siempre tenía una palabra y un consejo amable para ella, estaba segura de que podría echarle una mano.

Pero allí en la habitación, sola, sin saber que era eso que tenía que contarle Heidi y sin conocer las confusas intenciones de Margaret, sentía estar abandonada.

Permaneció sentada en el diván, sin saber que decir ni hacer, con la mirada fija en el tocador, observándose. Quería llorar, pero aquella niña pequeña que le hablaba, parecía que se había callado o escondido, hasta que la puerta se abrió y Heidi entró.

—Tenemos que hablar pero no quiero que des tu opinión hasta que yo no termine o no será capaz de hablar —dijo sentándose en el diván al lado de ella—. Verás, Margaret no tiene malas intenciones, ella sabe algo que tú no sabes y teme que, si alguien lo sabe, la sociedad no te admita. Por ella es tan exigente contigo y tan protectora, deberías de disculparte. Ella es cariñosa y te quiere, pero... Soledad, los Winston no son tus padres. Bueno, lord Winston sí es tu padre, pero lady Winston no podría tener hijos y me escogieron a mí. Yo era una mujer pobre, pero eso no les importó. Te tuve y me quedé contigo como tu doncella.

—Lo siento mucho Heidi, pero aunque sea cierto, eso no cambia nada. Yo soy quien soy...

—Soledad reacciona, eres una chica hija de los barrios bajos —interrumpió Heidi al ver la seriedad de Soledad, quien, le habló levantándose del diván.

—Te equivocas. No pertenezco a los barrios bajos, ni tú tampoco. Perteneces a la clase media y yo soy hija de los Winston ante la ley. Si la sociedad quiere ayudarme, acepto esa ayuda. Deberías estar feliz por mí, no cerrarme las puertas —habló Soledad de pie frente a, quien para ella, siempre sería su doncella.

—Pero ¿de qué hablas? No hay ninguna ayuda, ninguna. Cuando sepan quien eres, te aseguro que te expulsarán de todos lados, no te querrán en ningún sitio, no encontrarás ni quien te hable —dijo Heidi.

—No puedo creerlo, ¿tan importante es controlarme? Dime la verdad y haré lo que quieres, pero la verdad, no una historia inventada —dijo segura, pues aunque lo de ser su madre fuera cierto, ningún acto explicaba que una madre deseara tal cosa para una hija.

—No te he mentado, al contrario. Quiero lo mejor para tí, no quiero que pases por lo que yo —dijo serie, mirando el suelo.

—¿Crees que James me quiere para que sea la madre de sus hijos? Para

eso debería estar casado o a punto de casarse y eso no es la realidad, él no tiene ni novia. Por otro lado, si es cierto que deseas lo mejor para mí ¿es lo mejor apartarme de la sociedad? Es muy extraño. Lo siento Heidi, pero si quieres mi bien, deberías permitir que la sociedad me ayudara. A ti no te ayudaron, pero sí te ofrecieron ser la ayuda, podía haberlo rechazado, estaba en tus manos, no entiendo como puedes culpar a otros de tus propios actos.

Heidi no dijo nada, esperó pacientemente a que Soledad se diera cuenta de su error, pero no parecía darse cuenta, pues permanecía inmóvil, tranquila en apariencia y sin derramar una sola lágrima. De hecho, parecía incluso relajada. Se sentó en el alféizar de la ventana, tomó un libro que tenía debajo de un cojín y comenzó a leer.

Lo que ignoraba Heidi, era que, en el interior de Soledad, una guerra comenzaba a celebrarse. Una en la que su voz interior intentaba ganar, pero su mente la alejaba más y más, hasta el hecho de que parecía quedaría en un rincón abandonada, pero siempre que pasaba aquello, un recuerdo, una palabra, un gesto, una sonrisa, una promesa hacia que el rincón se llenara de luz y la voz interior volvía a ganar terreno.

Finalmente, callada, molesta y preocupada, Heidi se marchó cerrando la puerta tras de sí con un fuerte golpe que incluso hizo temblar algunos libros de la estantería que cayeron al suelo.

Soledad no se inmutó, dejó caer amargas lágrimas en completo silencio ¿por qué cada vez que la vida le ofrecía una salida le daba la espalda?

No lo entendía.

Mas cuando al día siguiente vio a James, no tardó un momento en consultarle tal cosa, a lo que él, al escuchar aquello, quedó pensativo antes de hablar.

—A mí no me importa de quien seas hija y a la sociedad, aunque hablará, tampoco. Hay muchas personas en tu situación, no eres la única. Lady Thompson también lo es, su madre no podría tener hijos, lo intentó, pero perdió a tres bebés y ahora... Bueno, ahora mira, es de las mujeres más respetadas de toda la sociedad, con contactos en la misma corte. Lo que de verdad importa es como seas, no de quién seas. Demos una vuelta y luego vamos a casa de lady Thompson, ella tiene muy buen gusto con la ropa —habló mirándola a la cara, con calma, sin pretender aparentar que a él no le importaba, pues sencillamente, en verdad, no le importaba, era una persona a quien le llamaba el interior no el bolsillo.

—Gracias. Habéis tardado en responder, creí diríais otra cosa —dijo con tristeza mirándole.

—He tardado porque ya que os habéis confesado conmigo, quiero hacer yo lo mismo con vos, pero no sé si debo hacerlo —respondió con una leve sonrisa— supongo que bastante tenéis con vuestros problemas.

—Eso no impide que me interese por quien se interesa por mí —dijo ella esbozando una sonrisa sincera.

—Muy agradecido lady Soledad, muy agradecido —dijo con una sonrisa amplia.

—Pero antes de que empecéis a contarme nada, hacer el favor de sentaros junto a mí, no entiendo la costumbre de que os alejéis —pidió con calma señalando un espacio junto a ella, que James, no tardó en ocupar—. Hablar.

James comentó a Soledad todo cuanto sabía de Daniel y de sus padres. La joven escuchó todo cuanto había y acabó por sonreír, pues ella veía una respuesta sencilla frente a ese asunto. Sencilla y simple, aunque comprendía perfectamente el temor y la duda de su amigo, pues era algo normal y muy sencillo.

—Seguro, por vuestra sonrisa y vuestra mirada, que sabéis como se puede resolver ese asunto ¿verdad? —preguntó James mientras el cochero hacía ya la entrada en Hyde Park—. Hablad, os escucho.

—Podéis adquirir una casa, que vivan los dos allí. El padre que trabaje y el niño que alguien le cuide.

—Muy fácil pero ¿cómo contrato a los criados? Apenas me queda dinero y una institutriz es una persona muy cara —respondió mientras veía un poco de claridad en el camino.

—Yo puedo ser alguien, no sé, la institutriz no, pero seguro que algo puedo hacer y no cobraré, recuerda que la policía tiene que devolverme el dinero, pero ya no tengo mi caballo, de manera que con eso no puedo ayudar —dijo al tiempo que observaba a una mujer cuidando de una niña, camino por el parque.

—Hablaré con mi hermano, me habéis ayudado muchísimo lady Soledad. Gracias —dijo sonriente— ¿Me podéis decir si vais a comprar algún vestido salmón? Es un color que os va mucho, igual que el azul cielo.

Soledad sonrió sin vergüenza, pues era una invitación similar a la que el día anterior le hizo lady Thompson, al decir que no le iba el vestido que

llevaba, estaba claro que ambos quería para ella ropa más clara, menos oscura, aunque empezaba a pensar que, quizás, era algo problemática para con Margaret y Heidi, a quien, en verdad, le costaba mucho no verla como una doncella.

—Lo tendré en cuenta.

Hablando y sonriendo, llegaron a casa de lady Thompson, quien subió al coche sentándose frente a ellos.

—Me gusta ver que venís —dijo ella haciendo referencia a verlos a ambos.

—Yo no os acompañaré a la tienda, sería rato, pero me quedaré en la comisaria, quiero hablar con mi hermano de un asunto que me tenía algo confuso y sobre el que Soledad ha tenido a bien ofrecer un poco de luz —explicó James sonriente.

Soledad, al escuchar aquello, no pudo hacer otra cosa que sonreír, ella no había hecho nada, únicamente devolvió un poco de cuanto a ella el había dado James y estaba dispuesta a devolver un poco de lo que hacía lady Thompson por ella, una mujer que no la conocía, pero que, sin embargo, le tendía una mano. ¿Cómo podía ser que Margaret no lo agradeciera? Y Heidi, si de verdad era su madre ¿por qué no se alegraba? Si de verdad lamentaba el haber dicho que sí ¿también de haberla tenido?

Capítulo 14

En la tienda, lady Thompson no dejó de comprobar los diferentes tejidos y colores para los vestidos de lady Winston. Todo le parecía poco y todo le parecía que podía mejorar, era la primera vez que tenía la oportunidad de comprar ropa para alguien que no era ella y le era algo muy grato, muy divertido y muy emocionante.

—A ver Soledad, necesito que me digas cual es tu color preferido —dijo lady Thompson mostrando una serie de nuestras de colores pastel—. No de estos, de todos.

—¿Yo? Lo siento, yo no tengo color preferido —respondió sin saber que debía o no decir en una situación como esa.

—Soledad, siempre hay un color preferido, no te avergüences mujer —insistió lady Thompson con una agradable sonrisa.

—Pues mi preferido es el celeste, me encanta, desde siempre —respondió rindiéndose a los deseos de la buena mujer.

—Perfecto, ese color te va muy bien con tus ojos y resaltará el oscuro de tus cabellos. Pues te compro dos celestes, uno para las meriendas y el otro para un baile. También un par de color turquesa y otro par en tono fucsia, pero el contraste de los turquesas, será el menta para uno y el azul de prusia para el otro. Los de contraste de los fucsias, el lila para uno y el rosa para el otro. Para el celeste, el lavanda y el zinc. También uno en tono amaranto, otro en esmeralda, otro en azul marino, uno en morado, otro en cerúleo, otro en oro, uno en siena pálido, en amatista, en albaricoque y quiero este marfil y lino para un almuerzo. También quiero ropa interior, tres camisones y dos

batas. ¿Tienes traje de amazonas? —preguntó mirándola extrañándose de verla tan pálida— ¿Qué te pasa?

—Tengo traje de amazona pero ya no tengo caballo y... estoy bien, pero nadie me ha comprado nunca tanto, esto es demasiado, no lo merezco —respondió sentándose en una silla una vez le tomaron las medidas.

—Comprendo, demasiadas emociones, las cosas están sucediendo muy rápido. No te preocupes, tú lo único que tienes que hacer es aprovechar la oportunidad y nada más. Venga, no te preocupes ¿vale? —habló con las manos de Soledad entre las suyas— Ah —dijo al recordar ciertos detalles— también se necesitan guantes blancos, creo que dos cortos y dos largos serían los adecuados y un par de capas para el invierno que veo que ya hay, me llevo una en rojo y otra en celeste.

—Muy bien, algunos los tengo, otros no, pero si puede esperar a la semana que viene, le regalaré un vestido que tengo aquí, si le gusta... —dijo la dependienta retirando un trozo de tela blanca para mostrar un hermoso vestido rosa, sencillo, decorado con pequeños ramos de flores en fucsia y con un volante pequeño en lavanda situado en el escote y las mangas cortas. El lado que marcaba la cintura también era fucsia—. Va con una capa en lavanda y los guantes también en lavanda.

Lady Winston no podía creer lo que estaba viviendo. Tenía claro que las cosas eran complejas y no todas podían comprenderse, pero sí estaba agradecida por todo lo que pasaba a su alrededor. La estaban ayudando y esperaba, que, pronto, pudiera hacer algo por esas personas y, si era posible, poder hacer ver a Heidi y a Margaret, que recibir ayuda no era nada de que avergonzarse. Al contrario, sin hacer ningún mal a nadie, una ayuda cuando se necesita, nunca ha de ser rechazada.

Estaba segura de que, al menos Margaret, iba a comprender las cosas. Podía tardar, pero tenía esperanza y no iba a permitir que la tristeza o la desesperación, se apoderasen de ella, y menos, con el vestido con el que salió de la tienda: el vestido marfil.

—Estoy segura de que James va a quedar impresionado al verte, estás muy hermosa, mucho —dijo lady Thompson con una grata sonrisa, mientras cargaba la dependienta los 5 vestidos en el coche de caballos—. Vamos a por él.

—Lady Thompson —dijo Soledad antes de subir— quiero darle las gracias por todo esto, yo...

—No tienes nada que agradecer, debes disfrutarlos, eso es todo.

Soledad subió al coche, se sentó frente a lady Thompson y esbozó una enorme sonrisa. Pensaba en sus padres, para ella siempre serían Robert y Charlotte Winston, aunque por Heidi, más que cariño de hija a madre, sentía lástima y se culpaba de ello.

Durante un breve instante, un dolor inmenso se apoderó de su corazón, hasta que James se unió a ellas con una alegría que rebozaba por todos lados.

—He hablado con Henry y me ha contado de una casa que se vende y que podemos comprar, pues el propietario acepta que se pague a plazos. Es una casa no muy grande, pero lo suficiente para mi hermano y para su padre, de modo que podemos ir por ellos —dijo sin tardanza, encantado de ver como lady Thompson sonreía feliz y lady Winston no podía evitar derramar lágrimas de emoción—. Gracias por alegraros, para mí es muy importante.

—Lo comprendemos lord Jones, y, seguro que ese niño se alegra también, pobre chiquillo. ¿Qué edad tiene? —preguntó lady Winston con alegría.

—Tiene 9 años... Lady Winston, estáis hermosísima, es un vestido increíble, os sienta muy bien. Parecéis una princesa...

Las palabras de James ruborizaron al máximo a Soledad, cuyas mejillas le ardían, aunque estaba muy feliz, mucho. Sabía lo que era perder a una madre y ese niño, iba a tener todo lo que necesitaba, además de recuperar a dos hermanos. Sin dudas, le daban la vida aunque no fueran del todo consciente. Pero si a ello se le sumaba que los regalos de lady Thompson la dejaban mantenerse en la misma clase social donde estuvo desde que nació, ya no podía pedir más.

Pero James sí. Verla así de hermosa vestida, compartiendo sus alegrías después de estar padeciendo tanto, hacia que aún la amara más. Sin embargo, no podía besarla ni tocarla, no podía parecer ante ella como un hombre que únicamente deseaba su cuerpo, si hacia aquello la dañaría y él no quería hacerle daño, quería ayudarla, quería hacerla feliz. Las manos le dolían, los labios temblaban pero debía esperar. Ella confiaba en él y él en ella, ese paso estaba hecho, más ¿qué iba a pasar luego? Ah sí, el cariño. Ella le quería como amigo, pero era necesario que le quisiera como algo más.

—James, contrólate —dijo para sí mismo mientras el coche de caballos les alejaba de la ciudad sin que Soledad dijera nada, disfrutaba del paisaje o eso parecía, pues lo observaba todo y no daba muestra de temor.

—Ahora ¿dónde vamos? —preguntó lady Thompson con una sonrisa curiosa.

—Le he pedido al cochero si puede ir a casa de mi hermano y vamos a por él, luego os devolveré a ambas a casa, pero necesitaba decirle que se viene —respondió James algo avergonzado.

—Lo comprendo, es normal, creo que el pequeño se va a sentir muy feliz al saber que va a poder vivir en la ciudad. ¿Vive muy lejos? —preguntó lady Thompson.

—No mucho, llegaremos en un rato, espero que su padre también esté o tendremos que esperarle, ¿será un problema para ti lady Soledad? Lo siento, no lo pensé, es culpa mía —respondió James entristecido, se había dejado llevar por sus emociones y lo único que consiguió fue hacer daño a la persona que más le importaba—. Pensé que os haría feliz.

—Y me lo hace lord James, no lo dudéis, me hace muy feliz saber que vuestro hermano va a tener una casa, es maravilloso, no os preocupéis por Margaret, estoy segura de que lo comprenderá. Además, tenéis que comprender que, si yo os hago partícipe de mis alegrías, vos debéis hacer lo mismo —dijo Soledad sonriente—. Y dejando esto a un lado, decidme ¿dónde nos encontramos ahora?

—Estamos camino de Bristol, pasando por Newburg. En poco más de una hora estaremos en la ciudad, pero como creo, no ha desayunado nadie, lo mejor es que nos detengamos en Bath, si os apetece claro —respondió James—. Se come bien y es un lugar acogedor. Además, no es un lugar donde todos se fijen en todos.

Las dos mujeres aceptaron encantadas, ninguna había comido desde el día anterior, poder disfrutar de algo con calma agradaba a lady Thompson y hacia mucha ilusión a lady Winston, nunca había estado tan lejos de su casa, aunque desconocía con creces cual era su casa, empezaba a creer que no tenía, pero su casa le importaba bien poco, le hacia ilusión conocer a Daniel y también le hacia ilusión conocer Bath ¿cómo sería? ¿Cómo se comería?

Entre pensamientos y suposiciones, llegaron a la ciudad, donde el cochero les dejó en una posada en la cual casi todas las mesas estaban ocupadas, apenas les quedaban un par libres en el exterior, con una ocupada nada más con un hombre que, más que comer, parecía jugar con la comida, lo que hacía pensar a Soledad: todo el mundo tenía problemas fuera donde fuera.

—Vamos a sentarnos aquí, es el único sitio que admite cuatro comensales, supongo que no os molestará que invite al cochero —dijo James invitando a las mujeres a sentarse.

Las dos mujeres sonriendo y aceptaron encantadas, si él no les cobraba, lo menos que podían hacer era darle de comer. Además, en un lugar desconocido como ese donde no conocían a nadie, contar con un par de hombres que las protegieran era muy tranquilizador, aunque vieron con sorpresa que su presencia pasaba casi desapercibida, nadie les molestó, ni miró mal, ni señaló, quienes pasaban a su lado les saludaban cortésmente con una sonrisa.

—Es precioso este pueblo, me gusta —dijo lady Winston— ¿podríamos venir algún día a conocerlo más a fondo? —preguntó sin darse cuenta de que ese deseo lo hacía dicho en voz alta.

—Por supuesto, si queréis, podemos venir la próxima semana —respondió James con una amplia sonrisa, encantado de poder hablar con Soledad con tal libertad. Hacer planes le pareció al principio totalmente imposible, pero en ese momento, comprendió que, aunque ella no se diera cuenta, le estaba invitando a ser más que simples amigos, pero no iba a hacer nada que la asustara o hiciera pensar en algo indecible.

—Gracias, lamento mucho el haber preguntado, una dama de la sociedad nunca ha de preguntar nada por el estilo, de seguro que pensáis lo peor de mí —dijo avergonzada, dejando incluso de comer.

—Tonterías, lady Soledad, sois muy tonta —dijo con una sonrisa—. No pienso nada malo sobre vos, no puedo pensarlo. Vuestra propuesta es muy interesante y me gusta, contad conmigo. Pero dejad de temer tanto por esas palabras mujer, somos amigos y los amigos van juntos a muchos lugares.

Soledad acabó por sonreír, terminar de comer y dejarse mimar por él, el cual se decidió a abrazarla y darle un beso en la frente para tomarla de la mano, a lo que Soledad no dijo nada, se dejó hacer con calma respondiendo a sus actos con una sonrisa y el permiso para tomar su mano.

A ninguno le importó lo que otros dijeran, él lo hacía por amor y ella lo aceptó con placer, pero si hubieran prestado atención, hubieran visto a lady Thompson sonriente feliz y al cochero dar palmas en silencio. Los dos se alegraban por la pareja, aunque suponían que, tal vez, cuando volvieran a Londres, la vida real se interpondría y cada uno iría por un lado.

Mas en ese momento, estaban en Bath, aún debían ir a Bristol, recoger

a Daniel y a su padre y regresar. Cuando llegaran, la noche ya caería.

—No puedo dejar de pensar ¿qué dirán la doncella y la amiga de lady Winston? —preguntó lady Thompson al cochero.

—Pues no lo sé, pero si dicen algo no tienen corazón —respondió él con firmeza sin subir mucho el volumen para que los jóvenes que paseaban por los jardines de la posada no les oyeran—. Vos la estáis ayudando, lord Jones la está haciendo sentirse útil al mismo tiempo que la hace partícipe de ayudar a un niño de 9 años. Si nace el amor, que lo haga, él la ama desde hace mucho, por lo que me dijo su hermano, la ama desde la primera vez que la vio, pues demostró tener carácter al mismo tiempo que corazón y lealtad.

—Desconocía que se enamorara de ella a primera vista, así fue como mi marido se enamoró de mí. Estuvimos casados 40 años y aún lo estaríamos de no ser por el cólera que me lo arrebató —dijo lady Thompson con una amplia sonrisa.

Para ella habían tenido que pasar casi diez años para hablar de su esposo con total libertad sin romper a llorar, pero era de esperar, pues al fin y al cabo había sido un matrimonio feliz donde nunca hubo una pelea que durara más de cuatro minutos, pues él lo era todo para ella, pues era hija única con unos padres que fallecieron antes de su presentación en sociedad.

—Lo lamento mucho lady Thompson —dijo el cochero con un ápice de tristeza, debido a que, al ver a los dos jóvenes cogidos de la mano caminando entre las flores, era casi imposible que la pena se hiciera un hueco importante en el corazón—. Parecen tan felices... ojalá la sociedad no les haga mucho daño.

Pero desde donde se encontraban, no podían escuchar la conversación que James Jones y Soledad Winston tenía, una conversación privada cargada de confesiones y de secretos al descubierto.

—Me amáis ¿verdad? —preguntó Soledad sin soltarle la mano.

—Sí, desde el primer momento que os vi en el cementerio. No sois una cara bonita, vi vuestro carácter, vuestra lealtad, vuestra preocupación por vuestra amiga y eso hizo que entrarais en mi corazón —respondió—. No os he dicho nada porque tenéis vuestros problemas y no me cabe la menor duda de que el amor no entra en vuestros planes.

—Hay cosas que pasan sin que podemos hacer nada, algunos nos gusta y otras... Bueno, otras no. pero en estos días he podido darme cuenta de que me comprendéis, respetáis y puedo confiar en vos. Yo no sé lo que por vos

siento, están pasando demasiadas cosas, tengo miedo de tomar las decisiones equivocadas, pero si quiero alto tendré que moverme y, por el momento, no puedo decir que me arrepienta, tenía miedo de ir a los barrios bajos y vivir allí, pero no ha pasado eso, todo lo contrario. ¿Podéis darme unos días para aclarar mis sentimientos? Por favor —pidió cabizbaja sin soltar la mano de James.

—Sí por favor lady Soledad, yo soy feliz con ser vuestro amigo, tomaos el tiempo que necesitéis —respondió sentándose en un banco donde ella también se sentó, pero sin soltarse—. Y gracias por venir conmigo a buscar a Daniel, él no olvidará esto.

—Y yo tampoco lord James, yo tampoco —dijo Soledad sonriente, al tiempo que dejaba caer su cabeza sobre el hombro de él, a lo que lord James respondió con un beso en la frente de ella. Le soltó la mano, pero colocó su brazo por el hombro de Soledad y le tomó la mano con la otra suya—. Es maravilloso lo que la vida ofrece a veces.

Al tiempo que hablaba, un grupo de mariposas de diversos colores, saltaban de flor en flor en un baile de mil colores que parecía no tener principio ni fin, como el arcoiris que, sin aparente explicación, se dejaba ver en el azul cielo tan limpio como un cristal, sin nube alguna, únicamente con algunos pájaros que volaban sin alejarse del jardín donde todos los colores parecían haber encontrado un lugar.

Capítulo 15

El resto del viaje transcurrió sin inconvenientes. Soledad y James permanecieron en silencio pero sin soltarse de las manos. De vez en cuando sonreían dedicándose tiernas miradas mutuas, ante una relajada y encantada lady Thompson, quien no se arrepentía ni de aquel viaje ni de aquella ayuda, llevaban en el coche unos vestidos increíbles que, sabía, harían que todos, hombres y mujeres, quedasen prendados de Soledad, aunque se les partiría el corazón, pues ella estaba segura de que lady Winston y lord Jones quedarían juntos en una vida muy amorosa.

Las palabras de James la sacaron de sus pensamientos.

—Hemos llegado. Por favor, no les juzguéis por su pobreza, el otro día estaban bastante mal. Les di dinero pero desconozco si habrán podido mejorar algo su nivel de vida, tenían bastantes deudas —explicó con tristeza.

—No te preocupes, tranquilo, yo no me asusto con los barrios bajos, que no quiera pertenecer a ellos no significa que los ignore. Ayúdame a bajar, quiero conocer a Daniel —dijo Soledad serie, alargada su mano para que James comprendiese que sus palabras eran ciertas.

James sonrió. Ayudó a Soledad a bajar y juntos, se dirigieron a la casa. Al igual que la anterior ocasión, la puerta estaba cerrada, pero él llamó de todos modos. La calle estaba húmeda, el barro manchó las botas de James igual que el bajo del vestido de Soledad y sus botines, pero ella no dijo nada, se limitó a permanecer al lado de él en absoluto silencio, observando por si

las cortinas que cubrían las ventanas tenían a bien moverse un poco, pero no lo hacían ni salía ningún vecino para decir algo.

—Parece que no hay nadie, pero si él no está ¿dónde está Daniel? Deje claro que no quería que trabajase —dijo James preocupado, al tiempo que tomaba la mano de Soledad, a ella le pareció que era un gesto de temor, él buscaba un consuelo.

—Llama en otra casa, tal vez den alguna explicación —respondió Soledad intentando ser de ayuda sin conseguirlo.

—Creo que la mujer que se encargaba de Daniel vivía aquí —dijo no muy seguro, pero llamando a otra puerta—, espero que esté.

Llamó con un par de golpes con los nudillos, pero tampoco respondió nadie, el silencio parecía que se había hecho con todo el barrio.

—Tengo un poco de temor —dijo apoyándose en la pared sin soltar a Soledad—. Deje claro que...

—Que el niño no trabajase —dijo una mujer triste—, pues ha sido imposible con el sueldo de mi marido no podía alimentar tres bocas, de modo que está en la mina con mi marido. Lo siento.

Lord James palideció. ¿Tres bocas? ¿En la mina? No podía creer lo que pasaba, les había dado dinero ¿qué pasó con él?

—Perdone, pero tengo entendido que lord Jones les dejó dinero ¿no era suficiente? —preguntó Soledad al ver que James no se atrevía a hablar, supuso que, quizás, la sorpresa había sido demasiado fuerte.

—Fue suficiente para sus deudas, para comprar ropa y para pagar el médico, pero hace tres días que el padre falleció y el niño lleva dos días trabajando en la mina. Lo siento mucho, pero no nos quedaba otro remedio —explicó seria con una bolsa de comida entre los brazos—. Pasen, el niño no tardará en llegar, él trabaja seis horas y media.

Soledad sintió que algo dentro de ella se rompía algo en mil pedazos. Para esas personas, ver a sus hijos trabajar era de lo más normal, pero ella no lo veía así, todo lo contrario. Eran niños que deberían estar aprendiendo a leer, a escribir, a sumar, debían jugar, debían labrarse un futuro, pero ese niño había pasado a la edad adulta sin pasar por el proceso de crecimiento.

Y, cuando entró en la casa, tomó al determinación de que dijeran lo que dijeran Heidi y Margaret, ella no iba a rechazar la ayuda porque, de hacerlo, quedaría al margen de los barrios bajos. Barrios llenos de personas con mala suerte, son un trabajo que les diera lo suficiente para vivir, que les concediera

un hogar digno, comida, ropa y que les diera la oportunidad de ir a lugares como el Teatro, la ópera o los museos al menos una vez al mes.

—Gracias al dinero que dio, pudimos comer y el padre fue enterrado con un traje nuevo y en el cementerio. Debería estar contento, es más de lo que muchos tienen —dijo la mujer dejando en la mesa la compra—. Dígame, ¿hay novedades para Daniel?

—Sí, vengo a llevármelo a Londres —respondió James sin poder creer que había llegado tarde.

—Se lo agradecerá, estoy segura —dijo la mujer.

Soledad guardó silencio. Ella sabía que habían comprado una casa, pero sin el padre para cuidarlo ¿iban a dejarlo solo? No dijo nada, estaba segura de que James ya estaba pensando en ese asunto, aunque le gustaría poder conocer que iba a hacer, tal vez lady Thompson supiera que hacer, pero se quedó en el coche a la espera de los acontecimientos.

—Ya llega —dijo al oír los gritos de los niños que llegaban del trabajo.

Al momento de decir aquello, la puerta se abrió y el niño entró. Estaba muy triste, la ropa sucia, las manos y el rostro tenían manchas del carbón y su cabello rubio estaba negro. No llegó ni a cerrar la puerta, se lanzó a los brazos de James llorando con desconsuelo.

—Lo siento mucho Daniel, lo siento mucho, de haberlo sabido hubiera venido antes —dijo James abrazando a Daniel sin importarle si le manchaba la ropa o no—. He venido por ti, ¿te apetece venir a Londres? Me ocuparé de tí.

Daniel no dijo nada, seguía llorando, pero respondió con un movimiento afirmativo de cabeza, al tiempo que Soledad sacaba un pañuelo del bolsillo de la chaqueta de James y limpiaba al niño la nariz y los ojos, descubriendo en el fondo, tras la suciedad de carbón, un rostro infantil muy parecido al de James.

—No llores Daniel, todo va a ir bien, ten confianza —dijo con una sonrisa.

—¿Tú también has perdido a tu padre? —preguntó curioso limpiándose él mismo las lágrimas con las manos, lo que provocó que volviera a tener el rostro manchado.

—A mi padre no, a mi madre. Mi padre me ha abandonado —dijo Soledad dándose cuenta de que, en ese momento, podrían haber dictado veredicto en el juicio, no había duda, su madre sería condenada a muerte y,

aunque la suya en verdad fuera Heidi, durante 18 años lo había sido Charlotte y eso no lo quitaba nadie.

—Lo siento, te ha pasado lo contrario que a mí. ¿Cómo es tener una madre? —preguntó el niño sin saber como era posible que aquella mujer, a la cual nunca antes había visto, le cayera tan bien.

—Como tener un padre supongo, no lo sé bien, mis recuerdos no son demasiado buenos. ¿Los tuyos sí? —preguntó volviendo a limpiar el rostro del niño.

—Sí, mi padre me quería y me daba todo lo que yo necesitaba. Tengo buenos recuerdos de él —respondió el niño acomodándose en el regazo de James quien le tenía aún en sus brazos.

—Pues céntrate en esos buenos recuerdos y comienza otra vida nueva en Londres con tus hermanos —dijo Soledad invitándose a vivir una vida diferente. Algo difícil, pero no imposible.

—Vale —dijo el niño encogiéndose de hombro.

—¿Puede darme las pertenencias de Daniel, por favor? —preguntó James con una sonrisa mientras daba un beso al niño en la frente.

—Sí, por supuesto —respondió la mujer saliendo de la sala en cuanto pronunció aquellas palabras.

Mientras esperaban, permanecieron en silencio. James se puso en pie con el niño pero sin soltarlo, pues Daniel no dudó en agarrarse aún con más fuerza al cuello de su hermano, por lo que él no pudo hacer otra cosa que sujetarle.

—Te has manchado el vestido Soledad —dijo James viendo el bajo del vestido lleno de barro.

—No importa, lo importante es el pequeño —respondió ella con calma—, lo que me pase a mí o me deje de pasar no tiene importancia.

James sonrió pero no dijo nada más, estaba agradecido por el gesto de lady Thompson, por las palabras que decía Soledad y por poder ayudar a su hermano, pero no pasó nada, estaba bien, vivo, sano y salvo. No había podido ayudara su padre, y nunca se lo perdonaría, pero al menos estaba para el pequeño.

—James, todo tiene solución, estate tranquilo, no pasará nada. Verás como en Londres encontramos un modo de que el niño no esté solo —dijo Soledad sin saber muy bien el motivo de sus palabras.

—Eso es fácil, yo me quedaré con él. Por suerte la casa está junto a

Hyde Park, siempre que tú estés de acuerdo aún en pasear conmigo.

Las palabras de James no fueron escuchadas por Daniel, el chiquillo se quedó dormido abrazado a su hermano, pero sí por Soledad, que no tardó en sonreír sin saber que podía decir, las palabras no salían, se entre mezclaban con muchas otras que no llegaban a una frase en concreto, pero tampoco lo consiguió cuando la mujer regresó con un pequeño bolso donde había guardado las pocas pertenencias de Daniel.

Se despidieron y salieron. El cochero no se había movido del sitio y lady Thompson se había dormido.

—Yo me encargo del equipaje del niño, no se preocupe —dijo el cochero tomando el bolso— ¿Dónde nos dirigimos? El niño tendrá hambre pero en dos horas será de noche.

—Es cierto, menudo problema... tenemos que volver a Londres...

—Pero James —interrumpió Soledad—, deja de pensar en lo que tienes que hacer y haz lo que ebes. ¿Qué es lo correcto?

—Lo correcto es llegar a Bath, que Daniel coma y nosotros también, además de los caballos y descansar. Mañana, ir a Londres. Pero te vas a meter en un problema —dijo James con serenidad y dudoso de si sabría hacer lo que era más adecuado para todos, aunque ocultó un pequeño detalle: si alguien se iba de la lengua y se ponía en entredicho la reputación de Soledad, él no tenía la menor duda de que se casaría con ella, pero estaba la cuestión de si ella querría o no casarse, había pedido un tiempo para pensar, no iba a poder hacerlo si pasaba algo.

—Hagamos lo correcto —dijo ella acomodándose en el coche— y demos al pequeño un baño, ropa limpia y un poco de comida.

El cochero invitó a James a que lo hiciera, era lo mejor para todos. Además, cuando llegaron a Bath, Daniel no dejaba de pedir comida y de rascarse, lo que dejaba claro que necesitaba ese baño y comer, aunque por suerte, quedaban un par de habitaciones libres en la posada.

—Pues muchas gracias, ¿podría subir agua para el niño? Me gustaría lavarlo —pidió James sin soltarlo.

—Claro, ¿tiene ropa limpia? —preguntó el posadero al ver que la ropa del niño estaba muy sucia.

—Sí, muchas gracias —respondió James, quien dirigió sus pasos a la escalera que iba al piso de arriba, mientras Soledad quedaba con lady Thompson.

—Es un excelente muchacho, es maravilloso que podamos ayudarlo, lo necesitaba —dijo lady Thompson subiendo con lady Winston—. ¿Cómo se llama que no lo recuerdo?

—Se llama Daniel, por lo que ha dicho James, va a vivir con él, alguien tendrá que ocuparse de cuidarlo, tiene 9 años, es demasiado pequeño para dejarle vivir solo —respondió Soledad poniendo al tanto a lady Thompson, quien escuchó con atención todo lo que la joven la contaba.

Y entre conversaciones el tiempo fue transcurriendo poco a poco, pero ninguna se dio cuenta hasta que James llamó a la puerta con Daniel vestido de limpio.

—Lady Soledad, estás hermosísima —dijo impresionado observando a Soledad con el vestido rosa, fucsia y lavanda.

—Me alegra que os guste también vos estáis muy bien, os va mucho ese color —dijo ella en referencia al traje azul que llevaba puesto —y Daniel, pareces otro.

—Gracias,, vos parecéis una princesa, hace tiempo vi a la hija de la reina en Londres y vos estáis mucho más hermosa —dijo el niño sonriente con las mejillas sonrojadas.

Soledad no dudó en darle un beso al chiquillo en la mejilla, mientras lord James permanecía atento a todo. Se alegraba de ver al niño tranquilo y de ver que tanto su amada como su medio hermano se llevaban bien, eso facilitaría los paseos y le facilitaría las cosas a todos, máxime cuando para Daniel las cosas iban a cambiar tanto.

—Daniel y yo venimos a preguntar si nos acompañáis a cenar, estamos hambrientos —dijo James sin entrar en la habitación.

—Pues vamos, yo también tengo hambre. Lady Thompson ¿venís? —preguntó Soledad sujetando la puerta de la habitación donde ambas iban a pasar la noche, una habitación amplia con dos camas.

—Claro, vamos a cenar, ha sido un día demasiado largo —respondió con una sonrisa.

Soledad esbozó una sonrisa. Sí, parecía un día largo, pero bonito y especial.

Un día que hizo especial el poder encontrar a Daniel y poder saber que harían, aunque a ella le daba cierto miedo ese regreso a Londres, sabía que ni Heidi ni Margaret entrarían en razón, debía mucho a ambas, las respetaba y quería, pero eso no impedía que ella tomara su camino.

Un camino que la llevaba lejos de ellas, muy lejos. Demasiado lejos. Las llevaba hasta un lugar en el cual su vida continuaba, un lugar junto a un hombre que cuidaba de un hermanito abandonado y huérfano con 9 años. Le gustaba aquello. La paciencia de los últimos días le llevaba a tener lo que nunca creyó tendría, aunque su vida estaba lejos de poder seguir camino y, cuando llegó a Londres, consiguió ver como sus peores presentimientos se hacían realidad ante la mirada atónita de lady Thompson, la cual en un primer momento, no supo que decir, pero no tardó demasiado en actuar.

Capítulo 16

La llegada a Londres fue recibida con miedo por parte de Soledad, por esperanza por parte de James y por ilusión por parte de Daniel, quien no tardó, nada más que el tiempo de abrir la puerta, para lanzarse al cuello de Henry llorando, mas desconocía si lo hacía de pena o alegría, pues echaba mucho de menos a su padre, pero no podía permanecer en aquella mina.

—Lo siento, lo siento mucho, pero no puedo permanecer en aquel lugar, las herramientas pesan, no puedo respirar, me daba miedo que se hundiera y me quedara atrapado sin que nadie me sacara —dijo con la voz entrecortada sin soltarle.

—¿De qué me hablas Daniel? No lo entiendo —dijo Henry con el pequeño en sus brazos ofreciéndole un pañuelo—. ¿Puedes explicarte?

No hizo falta, James resumió lo que había sucedido añadiendo su idea de que podía quedarse con el niño, de ese modo, la casa era aprovechada, el niño no se quedaba solo y él no tenía porque ocultar su trabajo.

—Me alegra que todo haya ido bien, pero a nosotros nada más. Lady Winston, vuestra amiga Margaret Smith —dijo el tiempo que dejaba al niño en el suelo— ha sido a la comisaria a buscaros. Ha formado bastante escándalo y lo cierto es que me han llamado la atención incluso, pero lo importante es que vayáis a casa lo antes posible, Margaret está muy enfadada. Lady Thompson, me atrevería, abusando de vuestra amabilidad, que acompañéis a lady Winston, por favor.

—No es abuso lord Jones, lo hago con mucho gusto —respondió lady Thompson con una sonrisa, mientras tomaba las manos temblorosas de

Soledad.

—Gracias lady Thompson. Suerte lady Winston —dijo lord Jones serio—. Gracias a las dos por acompañar a James para traernos al niño.

—Ha sido un placer, me ha encantado conocer a Daniel, ha sido maravilloso y nunca olvidaré Bath, es una ciudad maravillosa con un jardín en la posada que nunca se borrará de mi memoria, pase el tiempo que pase, al igual que la charla —dijo Soledad con una sonrisa fingida mientras el cochero se ponía en marcha.

Detrás de la sonrisa, había una seria preocupación. Había fallado a su amiga y a su madre, si era verdad que Heidi era su madre. Pero fuera o no cierto, lo que deseaba era que vieran el gesto tan tierno de un hermano hacia otro en un momento tan oportuno.

Aunque Margaret no lo vio así, pues en cuanto la tuvo delante, rechazó todo obsequio por parte de lady Thompson y se negó a escuchar cualquier de las explicaciones que tuvieran a bien dar.

—Lo siento mucho lady Thompson, no es que no agradezca cuanto hace por Soledad, pero no es necesario, ella tiene todo cuanto necesita, de esos vestidos a quien los necesite más. Muchas gracias —dijo secamente, empujando a Soledad al interior—, supongo que no podrá decirme si su virtud permanece intacta.

—Hemos estado todo el tiempo juntas lady Smith, debería permitirme que le hablase —pidió con tranquilidad lady Thompson perpleja—, Soledad es una mujer muy responsable que sabe lo que ha de hacer...

—Muchas gracias, yo también sé que he de hacer, que pase un buen día —dijo Margaret con sequedad instantes antes de cerrar la puerta sin esperar a que lady Thompson terminase de hablar o se despidiera.

Tampoco dejó hablar a Soledad, la joven escuchó todo lo que le decía sin inmutarse, pues estaba segura de que si Margaret accedía algún día a escuchar lo que le decía, no sabría donde esconderse, pues antes de hablar se ha de escuchar y se ha de buscar la propia felicidad, no podía vivir la vida que ella llevaba, ella no buscaba la felicidad en un hombre, lo hacía en los detalles y, aunque desconocía el trabajo, lo cierto era que estaba dispuesta a algo más que hacer compañía a una persona.

Por ese motivo, no tenía pensado dedicarse a buscar una persona con la cual casarse y vivir en una inmensa mansión con la única prioridad de tener hijos y esperar al marido cuando llegara del club de caballeros.

—Bueno, dime, ¿qué has hecho? —preguntó tras su retahíla que la dejó bastante aturdida.

—Nada, no he hecho nada, fui a dar un paseo por Hyde Park, luego a casa de lady Thompson quien me llevó a comprar vestidos y luego a Bristol, donde recogimos a Daniel, el medio hermano de lord Jones y luego volvimos. Comer comimos en Bath y allí también fue donde dormimos —dijo Soledad ocultando que, el resto de los vestidos llegarían en una semana a la vivienda de lady Thompson.

—Está bien, no importa, espero que te hayas divertido, porque a partir de hoy, vas a trabajar. Te encargarás de ser una más de mis criadas y, si estás pensando en decir que no, te aseguro que nadie te va a aceptar en su casa, espero que tomes, ahora, el camino correcto, que es el de las escaleras hacia abajo, quitarte ese vestido y ponerte el que te corresponde —dijo dándole la espalda para dirigirse a la sala con tal calma y seguridad que le izo eso más daño que el hecho de ver su sueño roto.

Pero no dijo nada, quedó callada, obedeció y caminó hacia la habitación asignada, una habitación tranquila, pequeña, con una cama, una mesa de noche, una silla y un armario con tres vestidos, todos de criada. Supuso que lo mejor que podía hacer era, simplemente, dedicarse a trabajar, ya había aprendido que la vida le enseñaba algo y, tras un tiempo, se lo daba. Le había enseñado lo hermoso que era recibir y dar, le dio el amor de unas personas que nunca le pidieron nada a cambio, todo lo contrario, le dieron algo que ella nunca creyó que podría obtener, algo muy especial, pero ¿qué iba a pensar James? Al día siguiente no iba a ir a Hyde Park y no podría verle, pero lo que más le dolía, era que el pequeño Daniel la esperaría, y, al igual que con su madre, creería que lo había abandonado, lo cual acabaría con sus ilusiones y podía hacer que nunca confiara en una mujer.

—Venga, ve a la cocina, la cocinera te necesita —dijo Heidi también con su traje de criada.

Soledad quiso pedir una explicación, pero no creyó que pudiera decir nada concluyente, estaba dolida y triste, tan dolida por lo ocurrido que realizó las tareas sin sentirse ella, simplemente se sentía una marioneta como las que usaban los niños para jugar en la calle, esas muñecas que ellos mismos movían con la ayuda de unos hilos y dos tablas cruzadas.

Un muñeco, en su caso una muñeca, que se dirigió a la cocina donde fregó mas de una docena de platos, cuatro o cinco cubiertos y tres piezas de

cristalería antes de pedirle que lavara la mantelería y las seis servilletas.

Para cuando terminó, ya no quería ninguna explicación, quería ver a James. Necesitaba verle, tenerlo cerca y conocer la respuesta que debía darle a su proposición de Bath. En aquel momento no se la dio, era algo demasiado importante como para decirle que sí o que no sin pensarlo, aunque la voz de su interior le decía que la diera, mas ella necesitaba saber si lo decía por las circunstancias en las cuales se encontraba, o por sentir algo por él.

Fuera como fuera, cuando al fin terminó la jornada, no pudo por menos que quedarse sentada en la cama. No se quitó el vestido ni se acostó, la imagen de Daniel sonriente entre sus hermanos se le clavaba en el corazón igual a una puñalada. Quería, a toda costa, apartarla de su mente, pero ni la imagen de sus padres en prisión a la espera de la ejecución de uno de ellos, ni la de Heidi ni la de Margaret diciendo que ella iba a ser criada la conseguía borrar.

Permaneció toda la noche inmóvil, sin decir nada, sin recibir visitas, sin llorar. Cuando llegó la hora de comenzar la jornada, lo hizo sin hablar, a todo respondía con un movimiento de cabeza. Para sí, el movimiento era de arriba a abajo. Para no, de izquierda a derecha. Se semblante estaba apagado y su mirada triste, pero sus labios cerrados no daban la impresión de estar enfadados, únicamente daba la impresión de estar ausente.

Sin embargo, quien estaba triste era Daniel. El niño no dejaba de preguntar por Soledad. Quería saber que había sido de la mujer que fuer por él y que tan bien le trató. Él creía que iba a quererle, que cumpliría su palabra, pero no, ella no hizo tal cosa. Ella incumplió lo que dijo.

—Algo pasa —dijo el niño al ver que se iban hacia casa—, no creo que ella no quiera vernos, es una mujer buena, lo sé. ¿Estará enferma?

—Lo lo sé Daniel, no lo sé, pero si pasan tres días y no viene ni sabemos nada, iremos a su casa y preguntaremos.

—De acuerdo, me parece bien.

Ese día, el niño no dijo nada, ni al siguiente, se dio cuenta de que si él la echaba de menos, más la echaba de menos James, quien llegaba a Hyde Park con una sonrisa y salía con lágrimas en los ojos, pero nunca decía nada y permanecía el día en silencio, sin hablar, escribiendo, leyendo, sin casi comer y creía que cada pequeño golpe era alguien llamando a la puerta que nunca sonaba.

—Lo siento mucho hermano, lo siento —dijo Henry al ver que James

no hablaba, ni reaccionaba—, pero es posible que por unos días no salga, van a ejecutar a sus padres, a los dos.

—¿A los dos? —preguntó James extrañado.

—Sí, a los dos. La madre ha sido condenada por homicidio y el padre por robo y por cómplice de homicidio. El dinero le será devuelto, pero quiero dárselo yo mismo a ella, aunque no he podido dárselo —respondió Henry sin percatarse igual que James de que Daniel les escuchaba.

—Pues guárdalo, mientras no se le da a ella prefiero que nadie ponga las manos en ese dinero —dijo James con una leve sonrisa amarga.

—Tranquilo, pienso lo mismo que tú. Además, no la vemos desde que llegamos, me preocupa que su amiga haya tomado una decisión equivocada, date cuenta de que estuvo contigo un día y una noche sin supervisor, de seguro que piensa que su virtud está dañada —dijo Henry no queriendo insultar a nadie, pero sí dejando las cosas claras ante James.

—No hice nada, lo más fue cogerle la mano. No la toqué —aseguró James serio.

—Eso lo sé, eres una persona demasiado educada para daño la reputación de una mujer y, además, lady Thompson, estuvo todo el tiempo contigo —dijo Henry mientras se ponía en pie— y ella es una de las mujeres más virtuosas de toda la ciudad, eso nadie lo pone en duda.

Los dos hermanos estaban de acuerdo con ese pequeño pero muy importante detalle, de modo que, lo único que les quedaba era ir directos a la fuente, pero ¿qué diría Margaret? Si estaba tan molesta que fue a la comisaria, estaba claro que las consecuencias para Soledad iban a ser diversas.

Pero no eran ellos los únicos que pensaban en Soledad, Daniel también lo hacía, mas desconocía donde vivía y como llegar hasta allí, de modo que permaneció escuchando por si alguno de ellos decía algo útil, mas incluso estaba dispuesto a esperar la visita de lady Thompson para sacarle a ella esa información. Fuera como fuera, iba a averiguar porque esa chica no cumplió su promesa, máxime cuando sus hermanos estaban tan preocupados, sobre todo, James, quien incluso lloraba, aunque suponía que nadie le veía.

Daniel, al ver que lloraba, no dudó en entrar y abrazarle. Su hermano le había enseñado a consolar cuando una persona sufría, y él, se esforzaba en devolver ese favor.

—Todo se va a solucionar, estoy seguro, no llores —dijo Daniel

abrazado a su hermano, quien tras oír esas palabras, sonrió y devolvió el abrazo— verás que dentro de nada, vamos a estar los tres juntos, yo estoy seguro de eso.

James sonrió ante el consuelo de Daniel. Era él quien debía consolarlo, pero pasaba lo contrario. De todos modos, era lo único que podía hacer: esperar aunque al espera se le hacia larga, casi imposible, pues desconocía como podía saber lo ocurrido, preguntar a Margaret no era ninguna opción, tampoco lo era llorar, ni quedarse de brazos cruzados.

—Tengo una idea, pero no sé si te gustará —dijo Henry observando por la ventana—. Hoy hay un baile al cual estoy invitado. Me han dicho que puedo ir contigo, pero te voy a pedir que te quedas, tal vez así, yo solo, pueda averiguar algo. ¿Qué te parece mi idea?

—Me encanta —dijo enseguida poniéndose en pie, pues aún lo estaba, y observando a su hermano, quien seguía con la mirada en la ventana y las manos juntas en la espalda—. De seguro que vas a encontrar a lady Thompson, ella acude a todos los bailes ¿podrían, por favor, pedirle que traiga aquí los vestidos que ha de recibir para lady Winston? Es una corazonada, nada más.

—Por supuesto, ya pensaba decírselo —respondió girándose, para apoyarse contra el alféizar de la ventana y cruzando los brazos—. Comenzaré a prepararme, si voy a hablar con ella, quiero hacerlo al principio, de ese modo, estaré preparado para cuando me encuentre con Margaret. Pero aviso que, si por algún motivo, Soledad acude, un policía será acusado de secuestro. Aquí hay algo que no va por bien camino.

James esbozó una sonrisa mientras Daniel hacia lo mismo. Las palabras de Henry no podían ser mas ciertas ni más deseables, aunque las intenciones de él eran las mismas que las de Daniel y el niño, pese al silencio, aplaudía esa intención, mas quedó con James, quien se sentó:

—Va a ser una noche muy larga, demasiado larga —susurró pálido.

—Pues yo te haré compañía —dijo el niño sentándose a su lado.

James comprendió entonces que no podía permanecer allí sentado esperando con paciencia que el tiempo pasara, todo lo contrario, el niño necesitaba atención, no ponerse a ejercer de ayuda o de consejero, era un hermanito.

Se levantó del sofá donde se encontraba sentado y se dirigió a la biblioteca que ocupaba una pared completa, aunque no todos eran para niños

y él prefería que algunos no fuesen leídos por Daniel, eran tristes, demasiado, quería algo más alegre y relajado... hasta que encontró el soldadito de plomo escrito por Hans Christian Andersen. Lo tomó y regresó al sofá.

—Vamos a leer este cuento —dijo mostrando al pequeño el libro.

—De acuerdo, pero yo ya he leído muchos libros, puedo con los de los hermanos Grimm. Lo digo para la próxima ocasión —dijo Daniel con una sonrisa juguetona—. Verás, mi padre siempre decía que aunque se fuera pobre había que tener una educación y siempre conseguía libros prestados que yo leía y él devolvía a su propietario.

—Entonces ¿sabes leer? —preguntó James extrañado.

—Claro que sí. Leer, escribir, sumar, restar... me enseñó muchas cosas, incluso a cocinar ¿quieres que cocine yo? Sé preparar cordero con verduras y también tarta de manzana —dijo orgulloso de poder ser de ayuda.

James estaba totalmente en contra de que un niño se pusiera a cocinar y mas tras los últimos días, pero como Daniel se mostraba tan seguro y contento, decidió darle ese pequeño capricho, al fin y al cabo, el niño quería enseñar lo que sabía ¿qué había de malo en ello? Nada.

—De acuerdo, te ayudaré —respondió James.

—Entonces vamos a la cocina. Coge el libro, mientras el cordero se hace podemos leer. Venga, vamos —dijo muy seguro poniéndose en pie—, tú tienes que aprender también a cocinar— aseguró al tiempo que tiraba de su hermano—, así cuando regrese Soledad le cocinas, le pides matrimonio, os casáis y no se va nunca más.

James sonrió con aquellas palabras. No entendía a que era debido aquello pero agradecía las cosas que le decía y la intención que tenía, le saliera como le saliera, no tenía la menor duda de que sería comestible, desde luego estaba decidido a comerse lo que Daniel le preparase.

Algo similar a lo que hacia Margaret Smith, ella también se arriesgaba a comer lo que Soledad le preparase, pues la había obligado a cocinar y desconocía si sabía o no hacerlo bien, pero lo cierto era que ella sí sabía cocinar, había aprendido a hacerlo de la mano de la cocinera de sus padres, mes prefería no decirlo, pues daría a entender algo no muy digno, aunque se arrepentía de haberlo ocultado a James, ella podría estar con él, con Daniel y no siendo una criada. También podía estar en casa de su padres, mas no sabía si aún los criados permanecían allí o habían dejado la casa cerrada para siempre.

Pero lo que más quería era estar con él, con él si sentía tranquilidad, sentía amor, sentía confianza. Nunca se sentía con nadie tan a gusto como con James. Si era amor o no, le daba igual, deseaba estar a su lado, lo necesitaba.

Capítulo 17

En el baile, lord Henry Jones pudo hablar con lady Thompson sin problemas, de hecho, fue ella quien se le acercó, le esperaba en la puerta de la mansión donde se celebraba el evento, y no dudó en contar lo ocurrido el día en el que ella llevó a lady Winston hasta la casa.

—Comprendo, entonces sigue en la casa, al menos sabemos donde está, pero lo cierto es que ha faltado a todos los paseos por Hyde Park y eso que prometió a Daniel que iría, comprendo que necesite un tiempo y falte a los paseos con James, pero a Daniel... No lo comprendo —dijo Henry e la puerta.

—Yo tampoco, pero no te preocupes, Margaret viene al baile, podremos preguntar y, si por algún motivo, no quiere hablar con alguien, tal vez el otro lo consiga —dijo lady Thompson con una sonrisa.

—Me parece bien, acepto la propuesta. ¿Queréis intentarlo primero vos? —preguntó con curiosidad.

—Como queráis.

Lord Jones no pudo dejar de sonreír, pues el rostro de Margaret al ver que lady Thompson se acercaba a ella era toda una novela. Quiso escaparse entre los asistentes, pero no lo consiguió, la edad daba algo más que años, daba experiencia, algo que a lady Smith le faltaba.

—Hace días que no nos vemos —dijo lady Thompson— ¿Cómo estáis?

—Estoy bien lady Thompson, gracias —respondió sin mirarla, pendiente de encontrar algún modo de escapar, no quería encontrarse con ella, no quería dar ninguna explicación, únicamente deseaba huir.

—¿Y cómo se encuentra lady Winston? Supongo que las noticias de sus padres la habrán entristecido —dijo lady Thompson tomando una copa—, y por eso no ha venido.

—Ella no tiene nada que saber, su verdadera madre es Heidi, pero no por eso voy a dejarla sola en el mundo, seguirá viviendo en mi casa hasta que encuentre a alguien con quien casarse. Ahora, si me lo permite, voy a saludar a un conocido —dijo apartándose con rapidez—. Yo aún he de encontrar a mi marido, si la policía no le busca, lo haré yo.

Lady Thompson no tuvo lugar a dudas. Pasaba algo y no bueno, Margaret quería saber que había sido de su esposo y era algo muy natural, pero la policía lo dio por desaparecido en el mar, nadie le buscaba por mucho que ella le amara. Las últimas noticias dejaban claro que había fallecido con los demás pasajeros y tripulantes de un barco que nunca llegó a abandonar del todo las aguas británicas. Pero ella se negaba a que eso fuese así, quería, a toda costa, que su marido, su amado, regresara. Necesitaba a toda costa tenerle, pero no era el fin del mundo, lo sabía y lo comprendía, mas no podía comprender que todo el mundo estuviera con alguien, incluso alguien como Soledad y ella no supiera nada de su amado Nicholas.

Pero lo cierto era que mucha gente había dado por desaparecido a Nicholas después de verlo en el altar, aunque a Margaret la había pillado por sorpresa.

—Lo siento mucho por ella —dijo lady Thompson con tristeza a lord Jones— pero no creo que culpar de ello a alguien como Margaret era la solución. De todos modos, creo que es necesario que cuidemos de ellas. Dice que Margaret no sabe nada y que es hija de Heidi...

—Eso ya lo sabía yo, el que no lo sabe es James, pero ama tanto a Soledad que sé, no le importa, sobre todo porque las clases sociales para él no

son nada. Además, cuando se ama de verdad, lo demás no importa —dijo Henry con seguridad apoyado sobre la pared con los brazos y las piernas cruzados—. Sobre lo de Nicholas... no creo que esté muerto, de hecho, creo, que ni se ha ido de Londres. La ciudad es muy grande y él es un hombre de muchos recursos. Es posible que huyera porque averiguara lo que hizo su padre, comprenda que el padre estando casado tuvo una relación con mi madre y de ese romance nació Daniel.

—Comprendo. ¿Ella lo sabe? —preguntó lady Thompson.

—¿Margaret? Creo que no, pero es mejor que no sepa la verdad antes de que Soledad no esté fuera de esa casa, si quiere castigar a los Jones puede hacerlo mediante ella —respondió, para comenzar a alejarse y bailar con una hermosa dama que se le acercó—. Por cierto —dijo deteniéndose en seco para girarse a ella de nuevo—, los vestidos llévelos a casa de mi hermano, por favor.

—Ya pensaba hacerlo —dijo lady Thompson con una media sonrisa de resignación— no os preocupéis.

Lord Jones comenzó a bailar intentando relajarse lo más posible. La chica no podía ser más hermosa ni más dulce. Además, era una joven de buena familia, no muy adinerada pero muy feliz y eso hacía que todos los que estaban cerca de ella estuvieran contentos, menos Henry, quien bailaba sin demasiada alegría.

—¿Qué os ocurre, lord Jones? —preguntó con una sonrisa sincera e interés, al ver que no bailaba como siempre.

—No lo sé, yo... lo siento, intento centrarme en bailar, pero mi hermano tiene problemas y yo no sé como ayudarlo —respondió cabizbajo parándose pero sin mirarla.

—En ese caso, vamos fuera, el aire fresco os sentará bien. Además, podéis hablarme, sé escuchar y, quizás, al ser una persona ajena, pueda dar algún consejo a ayudar a que encontréis el modo de solucionarlo —invitó con una sonrisa y señaló la puerta abierta que daba al exterior.

Lord Jones no se sentía capaz de negarse, de modo que aceptó. Permaneció con ella dando la espalda al baile y observando el laberinto. Era un lugar hermoso, con setos cortos pero con varias parejas que disfrutaban del paseo. Para él era muy difícil no pensar en James con Soledad. En la familia nunca había habido un escritor y Henry estaba seguro de que su hermano podía llegar muy lejos.

—El día que llevé a la casa su ropa y sus documentos, mientras iba a en el coche, leí lo que había escrito. Apenas eran cuatro capítulos, pero me encantó. Ese modo de expresar los sentimientos, de mostrar la historia... No entiendo el trato de mis padres hacia él, aún conserva la marca que le hizo el mayordomo cuando le golpeó y ahora esto. A él no le importa de donde sea esa joven, él la ama pero le están cerrando las puertas...

Siguió hablando, abriendo su corazón a la joven que escuchaba en silencio, mientras el baile proseguía, lady Margaret Smith se marchaba incapaz de resistir las miradas de lady Thompson y la presencia de lord Jones. Se excusó alegando una repentina migraña, pero durante el resto de la noche, no se dejó de rumorear que huía porque había convertido a una amiga en una criada, claro que eso no llegó a los oídos de lady Thompson ni a los de lord Jones, quien recibió una sorpresa más que agradable.

—Comprendo que estés triste, si eso le pasara a mi hermana, os aseguro que arañaba a más de uno fuera lo fuerte que fuera, pero me pregunto una cosa ¿importa mucho lo que los demás piensen? —preguntó ella con una sonrisa juguetona.

—En esta sociedad sí, pero a mí, en realidad no ¿por qué? —preguntó él con curiosidad.

—Porque podéis decir que la virtud de ella fue mancillada, de ese modo vuestro hermano se podrá casar con esa chica, es fácil —respondió ella.

—Mis padres nunca consentirán una boda entre mi hermano y Soledad —dijo él con tono apagado.

—Pues a las muy malas, haced lo mismo que mis padres: se casaron en secreto. Una vez casados, ya mis abuelos no pudieron hacer nada y hoy, después de 25 años, son muy felices. Mis abuelos admiten el matrimonio, vos los conocéis y a mis padres también —dijo ella buscando una manera de ayudar, desde pequeña le habían dicho que se debía ayudar si estaba en su mano, pero nunca debía tirarse al lago si alguien se estaba ahogando o se ahogarán las dos.

Lord Jones la observó sorprendido. ¿La conocía acaso? Hizo memoria y entonces comprendió que sí, la conocía. Era una de las hijas del matrimonio donde su antigua ama de llaves se fue a trabajar cuando la despidieron. La vio de lejos pero era ella, aquel cabello rubio y esos ojos azules eran inconfundibles. Además era muy pecosa, algo que no le pasaba a su hermana.

—Ya os recuerdo. ¿Cómo está vuestro ama de llaves? —preguntó

sonriente.

—Muy bien, os echa de menos a vos y a vuestro hermano. La despidieron porque ella no quería espiar a James. Se negaba a ello y entonces la echaron. A veces llora todavía. Podéis ir a verla cuando queráis, le gustará veros —respondió, sin dudar en invitarlo—. Y a mí me gustará saber en que termina la historia de vuestro hermano.

Lord Jones sonrió agradecido mientras ella sonreía y lady Thompson, quien escuchó casi toda la conversación, pensaba con interés en las palabras de la joven. Casarse en secreto no era la mejor solución, todo lo contrario, pero ella conocía a un sacerdote que podía ayudar, claro que era necesario que la joven Soledad dijera que sí.

—Lord Jones, tengo una idea —dijo lady Thompson en voz alta—, si os apetece escucharla.

—Por supuesto, decidme sin dudarlo —dijo encantando dándose inmediatamente la vuelta para verla de frente—. ¿Cuál es esa idea?

—Creo que lo mejor es que yo vaya y averigüe que quiere Soledad. Si dice que sí, necesitaremos un vestido, yo puedo...

—Perdón lady Thompson, esa joven ¿es Soledad Winston? —preguntó, recibiendo como respuesta inmediata un movimiento afirmativo de cabeza de los dos— entonces el vestido dejarlo de mi cuenta. Quiero ayudar, contad conmigo.

—Sí —dijeron al unísono.

—Entonces decidido, del vestido me encargo yo y de la comida tras la boda también —dijo contenta, con un brillo especial en la mirada.

—Muchísimas gracias. Entonces yo me encargo de hablar con el sacerdote y tú, Henry, de turopa y de la ropa de James y Daniel. ¿Qué os parece si voy mañana? Antes de que lady Smith tenga una idea y envía a Soledad a algún lugar donde no vamos a encontrarla.

—Me parece perfecto —dijo lord Jones—, pero ¿de verdad queréis ayudarnos? —preguntó a la joven.

—Por supuesto que quiero, mis padres se casaron así y son muy felices, claro que quiero ayudar. Además, si lo hago, tu ama de llaves podrá participar en la boda de James, será feliz y dejará de llorar, es una mujer que se merece mucho más de lo que recibe —aseguró la joven firme.

—Gracias, por cierto ¿cómo os llamáis? —preguntó un tanto pícaro Henry sin percatarse de ese acto.

—Soy Anne Lowell —respondió para colocarse la mano en la boca, ocultando una risa que se le escapaba.

—¿Lowell? Vuestro padre no será...

—Sí, el propietario del barco Perception. Solucionemos primero lo de James y luego lo del barco ¿os parece? —preguntó con la sospecha de que no iba a tardar mucho a salir a la luz algo que a cierta persona no le apetecía, peor era imposible que ese secreto perdurase toda la vida.

—Me parece más que bien. Ahora, si me lo permitís, voy a retirarme, estoy seguro de que mi hermano estará agotado de esperar noticias —dijo Henry al tiempo que tomaba la mano de lady Lowell y le besaba el dorso—. Gracias por vuestro apoyo y vuestra amabilidad, que paséis buena noche —dijo con una sonrisa emocionada y una mirada feliz—. Gracias también a vos, nunca olvidaré lo que hacéis por nosotros, es imposible, gracias —aseguró con una sonrisa y un beso en la mano con educación.

Las dos mujeres se despidieron para permanecer juntas, era necesario concretar ciertos detalles que él no necesitaba escuchar, bastante tenía con el trabajo y sus hermanos, ambas conocían a que se dedicaba James, era un trabajo largo, tediosos en ocasiones, de mucho esfuerzo, pensar, mucho leer y mucho pensar. Era un trabajo duro, pero muy hermoso y muy pleno, un trabajo que nunca sabría quien lo realizaba, lo feliz que hacía a quien lo disfrutaba.

Por eso y otros pequeños detalles que construían un palacio entero, las dos mujeres decidieron ayudarle, desconociendo que, en el coche de caballos, Henry Jones lloraba en silencio, feliz por ver que la mete estaba cerca, muy cerca. Iba a cumplir la promesa hecha a su abuelo pero, lo principal era que James estaría bien.

Y no podía olvidar a Nicholas, si alguien podía decirle si subió o no al barco, era el propietario, pero de todos modos no era su prioridad, lo era James, ya se ocuparía de su amigo más adelante, pero el propietario, lord Lowell, no subió y se suponía que subiría. ¿Quién más se quedó en tierra? La esperanza permanecía, igual que la de hacer a lady Smith comprender que, pagar las consecuencias con Soledad no llegaba a ninguna parte, y más, después de todo lo que sucedía.

Aunque por suerte, al día siguiente, no era necesario que fuera a trabajar, era sábado y el trabajo lo podía realizar desde el domicilio, pues tenía que escribir el informe sobre un altercado en el juzgado en el cual se vio

involucrado de forma inocente una vez confirmó al juez que él mismo entregaría el dinero a lady Winston. Sus padres no lo admitieron y le atacaron, aunque sin consecuencias y no iba a decírselo a Soledad.

Tampoco iba a decir nada a James, bastante tenía. Además, no mantenía ninguna señal física visible, podía mantener eso en secreto.

Lo que no mantuvo fue la charla entre él y las dos mujeres. Eso lo dejó bien al descubierto, en cuanto llegó a la casa. Entonces, se abrió a James, quien escuchó atento todo lo que contaba su hermano.

—De acuerdo, yo no tengo inconveniente alguno en casarme, la amo, lo sabes y ella también, pero lo que no comprendo es el motivo de que Margaret no la llevara al baile. ¿Qué pasa? —preguntó apoyado contra la pared junto a la ventana mientras veía a su hermano quitarse el traje para ponerse el camisón y dormir unas horas.

—Margaret ha descubierto que Soledad es hija de la doncella, no de los Winston. Bueno, de Robert Winston sí, peor no de Charlotte —respondió.

—Entonces, eso hace de Soledad una hija bastarda, pero no cambia nada ¿no? —preguntó James pensativo— ¿por qué no la ha llevado? ¿Ha dado alguna explicación?

—No, no lo ha hecho, pero si ha dejado caer lo de la criada —respondió Henry ya con el camisón—. Por cierto, gracias por dejarme dormir esta noche aquí, estoy muy cansado y no me apetece escuchar la conversación de nuestros padres sobre lo qué casa dama llevaba, con quién ha bailado, con quién ha hablado... Esas cosas superficiales que no llevan a ningún lado, excepto a las 5 de la madrugada.

—Tranquilo, no te preocupes, por mí encantado ya sabes. Descansa, ya cuando nos levantemos hablamos.

Tras esas palabras, James sonrió y salió de la habitación dejando a su hermano acomodarse para descansar. Tenía muchas dudas, pero aun así, prefería que Henry descansara, pues el día había sido muy largo, quizás demasiado, entre el trabajo, el juicio y la tarde para añadir la noche y el baile.

Sin embargo, él no podía dormir, no podía. Necesitaba aclarar ciertas dudas que tenía, mas estaba seguro de que, en cuestión de unos pocos minutos, estaría dormido. Debía tener paciencia y esperar a la mañana, su hermano estaba acostumbrado a dormir poco, pero lo necesitaba, era una persona de todos modos, una persona a la que debía mucho.

Y que, deseaba, fuera el padrino de boda cuando esta pudiera

celebrarse, si ella daba su consentimiento.

—Ojalá la boda pueda celebrarse en alguna iglesia hermosa...
—susurró, antes de dormirse sobre la cama sin antes quitarse ni los zapatos, soñando con los paseos en Hyde Park con ella, unos paseos que lo hacían el hombre más feliz de la tierra aunque también el más triste al no poder tocarla ni besarla por temor a que ella creyera algo que no era.

Y, sin embargo, como cada noche en la habitación, Soledad permanecía inmóvil, sentada en la cama, pensando en el paseo que no iba a dar porque ya no tenía derecho a ello, y en que no iba a poder cumplir la palabra dada a Daniel. La propuesta que le hizo James quedó apartada en un rincón de la memoria y en un pedazo del corazón. Le dolía pensar en él, siempre se comportó bien con ella, la escuchaba, la respetaba, la aconsejaba y, sin embargo, ahí estaba, dándole la espalda, abandonándole después de haber tocado las estrellas. No se merecía ese desprecio y, aunque no sabía si le amaba, sí le hubiera gustado poder saber que se sentía al recibir un beso en los labios y un abrazo que no fuera de consuelo, toda su vida los había recibido, quería un abrazo de verdad, uno que dijera algo estando en silencio.

Capítulo 18

La mañana llegó con rapidez, pero para Soledad, lo hizo con mucha calma. Estaba decidida a hacer todo cuanto pudiera por no empeorar su situación, aunque cada día pensaba más en James y en Daniel. Los días habían pasado y ella no salía de casa, no enviaba a nadie con ningún mensaje y no parecía que hubiera tomado una decisión, al menos no en voz alta, pues desde que se puso el vestido de criada no volvió a hablar.

Ni cuando pudo ver desde la ventana de la cocina, que lady Thompson se dirigía a la puerta de la vivienda. Iba sola y no llevaba nada en las manos, pero parecía triste, apagada y, sin embargo, segura. Se alegró al verla, aunque no así cuando la tomó Margaret del brazo.

—Escucha bien. Tu novio sabe algo de mi marido y no voy a permitir que estéis juntos si yo no puedo estar con Nicholas. Si dices una palabra, si sales de aquí o te atreves a rebelarte, me aseguraré de que tu reputación esté muy, pero muy dañada —dijo Margaret seca y amenazante al mismo tiempo.

Soledad permaneció en silencio, pero en cuanto Margaret salió de la cocina, ella esbozó una sonrisa juguetona. Estaba segura de que sus días como criada habían terminado. En un rato, estaría con James y con Daniel, podría pensar con claridad en la propuesta y dar la respuesta. Su vida iba a cambiar, lo sabía. Podía sentirlo, aunque prefería guardar silencio, así, las ideas serían solo para ella.

Continuó fregando hasta que empezó a oír a Margaret, quien insistía en que Soledad no se encontraba allí y no quería saber nada nada de una bastarda. Lady Thompson parecía tranquila pero no hablaba lo

suficientemente alto como para que ella la escuchara, y como no podía abrir la puerta porque estaba cerrada por Margaret, le era imposible intentar deslizarse, hasta que se dio cuenta de que podía hacerlo por la trampilla secreta, en su casa, en la cocina, había una trampilla secreta que llegaba hasta el exterior de la vivienda y se encontraba detrás de un mueble donde se hallaban expuestos los platos, bandejas y cristales más hermosos de la familia.

Aprovechando que estaba sola y que la conversación proseguía, empezó a colocar en la mesa de madera situada en el centro los platos y demás objetos hasta dejar el mueble lo más vacío posible para retirarlo, cosa que no le fue difícil y menos cuando oyó una voz que parecía estar muy cerca.

Lo retiró y no dudó en bajar las escaleras que no eran demasiadas, unos 12 peldaños nada más. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que había dejado el mueble retirado, por lo que era fácil que supieran que había sucedido, mas en seguida se percató de que cerrar daría problemas, de todos modos, no podría evitar que se supiera lo hecho, los platos continuaban en la mesa, por lo tanto, se limitó a caminar por el pasadizo. Era oscuro, de hecho no veía nada, se iba guiando con una mano en cada pared.

Siguió un buen rato. De vez en cuando el temor a ser descubierta la asaltaba, pero algo la hacía dirigirse adelante, mas adelante, siempre adelante, hasta chocar con el pie con una pared que resultó ser la del granero. La abrió sin dificultad y salió. No la vio nadie, pues el cochero y el jardinero se encontraban hablando de espaldas a donde ella estaba, de modo que se alejó de ellos y caminó hasta la puerta de entrada.

El mundo parecía seguir igual, pero ella no. Desconocía si debía irse o regresar. De todos modos, si continuaba allí sus sueños no se harían nunca realidad, pero si se iba, el mundo y su vida estaría en sus manos.

Caminó entonces por allí hasta salir de la casa y dejar el jardín atrás. El coche de lady Thompson estaba en la calle, pero no lo usó, pasó por detrás y tomó el camino contrario. No prestó atención a su ropa, ni a su peinado ni a si estaba limpia o sucia. Se dedicó a caminar sin rumbo fijo, segura de que todo acabaría bien aunque no sabía como.

Mas no llevaba demasiado cuando una voz la llamó por su nombre:

—Soledad, Soledad —decía la voz cada vez más cerca—. Soledad Winston.

Soledad se detuvo. Miró a todos lados sin ver a nadie. Las casas que tenía cerca mantenían las puertas cerradas y, aunque había algunas ventanas abiertas, no veía a nadie. Al contrario. Ni los coches de caballos se detenían, pero al mirar detrás, descubrió si un coche sí se había detenido y su pasajera apeado: lady Thompson.

Por un instante, Soledad sintió el impulso de ir hacia ella y subirse al coche, pero luego se percató de su ropa y bajó la cabeza entristecida y avergonzada. Aquella mujer se había comportado muy bien con ella y, sin embargo, allí estaba, con aquella ropa y sin nada que le perteneciera realmente.

—Soledad ¿qué ha pasado? Ven, ven conmigo. Vamos cariño ven —decía en voz calmada señalando con la mano izquierda que se acercara a ella—. ¿Acaso no me reconoces? Ven conmigo. Venga ven.

Finalmente, acabó por acercarse a ella y subir al coche en completo silencio.

La mirada, el rostro y el modo de hablar no habían cambiado, seguían siendo los mismos que ella recordaba. Ciertamente que tampoco habían transcurrido demasiados días para ese cambio, pero sí que habían pasado muchas cosas y todas dependientes de ella.

—Soledad, te llevaré a mi casa, allí podremos hablar, podrás lavarte y arreglarte antes de ir a ver a lord Jones, por lo que parece tenéis algo de que hablar.

Las palabras de lady Thompson eran ciertas, tenían algo de que hablar, una respuesta por dar aunque no supiera que decir, pues nadie le habló nunca de lo que era el amor. Ese sentimiento que, aparentemente, hacía vivir a todo ser humano, pero que ella no sabía si sentía o no. James Jones le parecía un hombre muy atractivo, muy sencillo, sereno y de gran corazón. Confiaba en él y sabía, si hubiera conocido de su situación, la hubiera sacado desde el primer momento, pero ciertas cosas estaba ahí y ella no comprendía, pues si la quería ¿por qué nunca la besó? ¿Por qué no le cogió la mano hasta que no se confesó? ¿Por qué nunca dijo de crear una familia? ¿Acaso la quería por lástima?

Ella no era un niño de 9 años indefenso, era una chica de 18 años, con unos padres en prisión, sin nada y sabiendo de su madre era una criada que se arrepentía de sus actos y de haber dicho sí a un embarazo del cual nació ella.

Seguro, la quería por lástima.

—Me querrá por lástima, estoy segura —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿James? Lo dudo. Lo que ese hombre siente por tí es amor. Sabe de tu precedencia y no le importa. Él quiere estar contigo, quiero estar a tu lado, pero desconoce si tu sientes lo mismo. No te obliga a amarle, ni a casarte, únicamente desea tu bien. ¿Te parece poco? —preguntó lady Thompson con curiosidad, pues estaba dispuesta a ayudarla en todo cuanto pudiera, pero los sentimientos eran algo muy personal, algo en lo que ella no intervenía.

—No, en absoluto, me parece perfecto —respondió con una leve sonrisa—. Desde hace mucho tiempo le vengo haciendo caso a una voz interna que me dice y yo cumplo, pero por desgracia, aquel día en Bath no hice caso a mi voz y todo se ha torcido. Desde parecer que estoy loca.

—Todo lo contrario mujer, es normal dudar y más con cosas tan importantes como es ese paso, pero debes pensar en ti y decidir lo que tu corazón te diga —dijo con calma mientras sonreía—. Dime ¿cuál era la respuesta que te decía esa vocecita?

—Decía: dí sí —respondió con dudas por su acaba en los barrios bajos. Sería capaz de sobrevivir, pero aun así, si podía evitar vivir allí, lo prefería.

—Pues entonces lo que está planeando James no te molestará —dijo lady Thompson para comenzar a poner al día a lady Hamitlon, quien sonrió emocionada al ver que le querían tanto y la deseaba de tal manera.

No esperaba que James estuviera dispuesto a tanto, pero fuera de la casa de Margaret, ya una boda secreta dejaba de ser necesaria, aunque teniendo en cuenta que ella era quien era, una boda por todo lo alto no era ni mucho menos, lo mejor ni para ello ni para él, de modo que, en silencio, comenzó a analizar la situación, hasta chocar con una puerta.

—¿Quién es lady Lowell? —preguntó extrañada.

—Es la hija del propietario del barco Perception, en el que se supone que iba Lord Harper. Lady Lowell ha indicado que el ama de llaves de los Jones trabaja para ella —explicó lady Thompson ante la mirada llena de vida de la joven Soledad.

—Entonces basta con preguntar a lord Lowell para saber con realidad que ha sido de Nicholas, si Margaret se entera se aliviará y dejará de padecer, es muy sencillo —indicó Soledad emocionada con un brillo especial en la mirada.

—Si fuera tan sencillo, Soledad, la policía ya lo hubiera resuelto —dijo lady Thompson con firmeza mientras el coche se detenía en al puerta—.

Mira, yo sé casi tan poco como tú, pero creo que es mejor confiar en lord Henry Jones, él no quiere ningún mal para su hermano y, si de verdad, no le desea herir tendrá que protegerte también a ti.

Lady Winston sonrió agradecida. No sabía muy bien a que se refería lady Thompson, pero su prioridad era su vida, de no tenerla firme y encaminada le iba a ser muy difícil ayudar a Margaret.

Bajó del coche y juntos se encaminaron a la casa donde Soledad se arregló y visitó con esmero mientras llegaba de la tienda el resto de la ropa. Por expreso deseo de lord Jones dejó la ropa preparada para llevarla a la casa, aunque sonreía de emoción al pensar en su cara cuando viera que, además de la ropa, llevaba una mujer muy especial para que luciera esos trajes.

—Lady Thompson —dijo Soledad con una amplia sonrisa mientras bajaba la escalera y veía a la buena mujer observar los vestidos—, esos vestidos son preciosos ¿de quién son?

—Son los tuyos querida, los acaban de traer de la tienda, son preciosos, vas a estar muy hermosa con ellos puestos —respondió lady Thompson, dándose cuenta de que Soledad había escuchado para vestirse de blanco—. Veo que te gusta el blanco ¿no?

Soledad se sonrojó. Sí, le gustaba ese vestido. Lo adoraba, porque era el que llevaba cuando James le dijo que la quería y deseaba darle la respuesta con el puesto para poder hacer como si nada hubiera ocurrido en medio, ella no era rencorosa y tampoco conocía con exactitud el significado de ese sentimiento, ella era de perdonar, de olvidar y seguir adelante. Después de lo ocurrido con Margaret, la seguía queriendo, respetando y deseaba darle una respuesta, lo mismo que ocurría con sus padres y con Heidi.

—Te sienta muy bien, me alegre que así sea y me alegre de volver a verte como la dama que en realidad eres —dijo lady Thompson con una sonrisa—, porque no debes olvidar que no importa lo que digan de tí, lo importante es lo que tú sientas. ¿De acuerdo?

Soledad sonrió agradecida mientras observaba también ella los vestidos. En su vida había tenido unos vestidos tan hermosos ni tan elegantes, era una persona que siempre había vestido lo que otros quisieron, pero ella, lady Thompson la ayudaba y trataba de maravilla.

—Perdone la pregunta, pero en el coche dijo que yo sabía como usted en referencia a lord Harper ¿puede decir, por favor, lo que no sé? —preguntó Soledad observando un vestido color amaranto sencillo pero con tres volantes

en la parte de la falta—. Ideal para una merienda.

—Lo único que sé es que lord Eden no es quien dice ser y que lord Harper vive.

—Comprendo, pero ¿por qué? —preguntó Soledad extrañada.

—No lo sé, lord Jones decidió que era mejor centrarse en una cosa y luego en la otra —respondió— ¿Tú qué opinas?

—Opino que una cosa ahora y luego la otra.

Lady Thompson sonrió, estaba claro que Soledad había aprendido la lección, las cosas iban paso a paso, poco a poco. Terminarían llegando al final de todo, pero para ello había que moverse, y el primer paso era ir a casa de James, quien al deseaba cada día más, pero desconocía completo como llegar a ella, aunque confiaba en tener noticias ese mismo día.

Claro que ese día, estaba siendo un tanto difícil, pero en cuanto entró Daniel, se relajó y consiguió respirar, pues el chiquillo, estaba emocionado con la ropa que Henry le había comprado, con los libros que le regaló y con todo lo que le contó, pero también le dijo el secreto que ocultaba y, si ella decía sí, se casarían, y Daniel estaba emocionado con ello, nunca llegó a pensar que se casarían, pero era así.

—Déjame llevar los anillos —pidió con una sonrisa sentándose en el sofá junto a su hermano—, prometo que voy a portarme bien.

—Daniel eres el niño de 9 años más responsable, más bueno y más simpático que conozco, no temas nada, si me caso, te dejo que lleves los anillos, te lo prometo —respondió con una leve sonrisa—, dime ¿qué te ha comprado Henry? —preguntó intentando cambiar la tristeza por la ilusión.

—Me ha comprado...

Pasó horas hablando. Contó todo lo que había pasado, todo lo que había vivido y todo lo que había sentido. Estaba emocionado. Pudo, con cierta facilidad, transmitir en cierto sentido, esa emoción a James, pero no pudo hacer que la tristeza desapareciera de su corazón ni de su mirada. Daniel se daba cuenta, pero no dijo nada, estaba acostumbrado, su padre también tenía esa mirada triste todo el tiempo, mas nunca dijo la causa.

Sin embargo, esa tristeza desapareció cuando tras ser informado por Henry de que tenía visita, vio frente a sí a Soledad Winston. En un primer momento no pudo creerlo, de hecho, permaneció inmóvil, aunque desapareció la palidez de su rostro y la tristeza de su mirada.

—Lo siento mucho lord Jones, lamento mi larga ausencia —dijo

Soledad avergonzada, pero feliz.

No se atrevía a acercarse, pero lady Thompson la empujó con suavidad a que lo hiciera y, finalmente, tras unos momentos de mucha tensión, se decidió a acercarse a James, quien aún no podía creer que estuviera allí después de tantos días sin saber de ella.

—Yo... lo siento mucho lord James, de veras que lo siento, venir me ha sido imposible hasta que lady Thompson me ha ofrecido su mano. Prometí que nos veríamos en Hyde Park, que os daría una respuesta, ruego dejéis estos días como si hubieran sido un sueño y podamos proseguir —habló casi en un susurro, asustada por la respuesta y temerosa de no estar a la altura de cuanto lord Jones necesitaba y, sobre todo, merecía.

—Lady Winston, no puedo hacer eso, los días han transcurrido por un motivo. Os hubiera esperado esta vida y todas las que hicieran falta, no debéis pedirme perdón, haya pasado lo que haya pasado, ha sido porque era necesario para alguno, aunque en este momento, ninguno de los dos lo sepa. Venido conmigo, hablemos con tranquilidad en la sala —dijo con una sonrisa mientras bajaba el resto de los peldaños de la escalera.

—Lord Jones, preferiría hablar en un lugar abierto, estos días me han mantenido un tanto encerrada. Si a vos no os importa... —pidió ella con una leve sonrisa de consuelo, al ver que él seguía tan amoroso como siempre, no había cambiado, todo lo contrario, era el mismo que ella había conocido.

—No, como vos deseéis. Decidme ¿dónde os apetece? —preguntó él dispuesto incluso a ir a Bath si ella lo deseaba así.

—En Hyde Park. Por favor.

—Pues a Hyde Park entonces.

Capítulo 19

Lord Jones no la hizo esperar. Ofreció su brazo a lady Winston y juntos caminaron hasta el parque cuya entrada podía verse desde la puerta principal. No dijeron nada a nadie ni prestaron atención al cochero o al resto de personas que salían o llegaban al parque. Únicamente prestaban atención a quien tenían al lado. Ambos caminaban por un sueño largo deseado que llegaron a creer nunca podrían ver cumplido.

Sin embargo, allí estaban.

Juntos.

—Lord James, ya no os haré más esperar —dijo Soledad deteniendo su paso frente al lago, cerca de un banco y con el bosque como tapiz—. la respuesta es sí.

James la observó. Ella se emocionó al ver la vida conocida en la mirada de aquel hombre que le dio todo, se lo mostró todo y la alzó cuando las fuerzas la hicieron caer, pero la emoción era de amor, de respeto y de lealtad.

Era una emoción que dejaron salir allí, abrazados y besándose en los labios por primera vez, en un beso de pasión, de deseo, de curiosidad y de amor. Un beso que terminó para volver a comenzar de nuevo, pues ella no quería dejar de sentir aquello, durante muchos días no pudo verle ni probó aquello por miedo. Si hubiera echo caso a su corazón, hubiera saboreado las mieles de aquellos labios mucho antes, era una miel exquisita, tanto, como la que él saboreaba de los labios de ella.

—Os amo, os amo —susurró James entre pequeños besos con el rostro de ella en sus manos, mientras Soledad sonreía, lloraba y le besaba con las

manos en su rostro.

Bath les concedió un hermoso jardín en forma de laberinto para poder formular la pregunta más importante de sus vidas y Hyde Park, el lugar idóneo para una respuesta largamente deseada.

—James, ¿de verdad me amas? —preguntó, con la única intención de volver a oírlo, pues sonaba como algo celestial.

—Te amo —respondió con dulzura sin dejar de mirarla— ¿me amas tú?

—Lo que siento por ti, en verdad, es amor.

Quedaron juntos caminando por el lugar mientras sonreían. Iban abrazados. Lo que la gente opinara de ellos no les importaba, lo que querían eran estar juntos, demostrar ese sentimiento que ocultaban y deseaba salir a flote, deseaban poder dejar el dolor atrás, aunque sabían que aún quedaba mucho por hacer.

—Tengo miedo —dijo con tristeza— no quiero hacerte daño.

—No me haces daño, nunca lo haces, tranquila. Tú disfruta, ya verás como no es para tanto —respondió intentando tranquilizarla—. Además, lady Thompson y lady Lowell son quienes se dedicarán a arreglarlo todo. Confía en ellas mi amor.

Pasaron un rato cerca del lago hasta regresar a casa, donde lady Winston se desprendió del vestido y del corsé, para ponerse un camisón y descansar en la habitación de James. Tras varios días sin descansar, coger una cama cómoda, en una casa tranquila, la hizo dormir hasta el día siguiente. Aunque de vez en cuando la visitaban para saber si estaba bien, ninguno quiso molestarla. Ni lady Thompson, cuando llegó de hablar con el sacerdote de la Catedral de San Pablo, quien se ofreció a casarlos el sábado a las 8 de la tarde.

—Sigue dormida, pero me hubiera gustado darle la noticia. Sin embargo, supongo que es mejor así, que descanse, que duerma, estos días han sido muy difíciles para ella. Mañana cuando despierta se le puede dar la noticia, de seguro que estará muy feliz —dijo lady Thompson con una sonrisa—. Pasaré por la vivienda de lady Lowell por si necesita ayuda, le diré el día de la boda.

—Muy bien, vaya, cuando estemos descansado me ocuparé de mi traje y del traje de James, el pequeño ya lo tiene, se lo he comprado hoy —dijo Henry desde la puerta de la vivienda—. Por cierto, ¿por qué no es la madrina

de la boda? Creo que se lo merece, está haciendo mucho por mi hermano y por Soledad, a ellos les gustaría.

—Creo que lady Lowell y tú haríais mejor de padrinos, pero si así lo queréis, acepto —respondió con una sonrisa mientras el cochero lo preparaba todo para poder llevarla hasta donde ella quisiera—. Hasta mañana lord Jones.

—Gracias lady Thompson, hasta mañana —dijo Henry, feliz no por la ayuda, feliz por poder cumplir aquella promesa, además, apartaba a lady Winston de aquellas palabras que la sociedad estaba teniendo para Soledad.

Se suponía que la joven era una mujer inocente, pero no lo tenía nadie en cuenta. Al contrario. Todas las lenguas suponían que ella debía de conocer lo que sucedía, que no podía ser tan inocente y, que además, no podía ir por ahí con fiestas porque él, su amante, tampoco era tan trigo limpio. Si en la sociedad continuaba aceptando a personas como ella, no iban a tardar en perder el prestigio.

Claro que, ese prestigio, según opinaba Henry, ya perdería mucho si se miraba con cuidado, pero como no podía ser de otro modo, decidió quedarse con sus pensamientos y guardar silencio respecto a ese asunto.

Escuchaba con cuidado, pero no respondía, no decía nada, conocía perfectamente a su hermano, sabía muy bien de lo que era capaz, sabía lo que hacía y sabía quién era Soledad, pero prefería esperar, también criticaron su decisión de ser policía hasta que obtuvo la placa y nadie dijo ya nada. Al contrario, le respetaron. Con James y con Soledad, pasaría lo mismo. Confiaba en ello, pero también en que más de una persona, le pediría perdón.

—¿Sucede algo, Henry? —preguntó James sentado en la escalera, observando a su hermano que continuaba sujetando la puerta sin cerrarla.

—No, no pasa nada —respondió cerrando la puerta tras decir aquellas cuatro palabras—. Tengo dudas, pero será la propia sociedad quien las resuelva. Será la propia sociedad quien tendrá que pedir disculpas. En el baile me quedé apartado porque hablaban sobre los Winston. Tiro los periódicos sin leerlos porque siguen hablando de ellos, pero yo sé que Soledad nada tiene que ver.

—Sí, lo sé. Es difícil. La sociedad critica, opina y juzga sin conocer todos los detalles. Eso siempre ha pasado y siempre pasará. El día que menos lo esperemos, ese día, nadie sabrá de nadie y todos se verán rodeados de egoísmo. Sinceramente, creo que es mejor que cada cual viva su vida, si

estamos equivocados, la vida se encargará de demostrarlo. Prefiero dar mi mano pero nunca el brazo —dijo James sin prestar atención a la presencia de Daniel quien se rascaba la cabeza sin entender lo que decía, aunque había descubierto un juguete nunca antes visto y comenzó a jugar olvidando lo que había oído—. Ven, vamos a ver si Daniel sigue jugando o si necesita algo.

Se levantó y se dirigió a la sala. En realidad, el niño debía de jugar en una habitación en el desván lejos de los adultos, los invitados y los criados, con la intención de que no molestase, pues era normal que los niños gritasen o hicieran ruido, pero James y Henry opinaban de otro modo, los niños eran alegres, eran divertidos, eran imaginativos y muy respetuosos, si veían esas virtudes en los adultos, las tendrían también ellos. En verdad, los niños podían aprender de los adultos y los adultos de los niños.

Por ello, decidieron permitir a Daniel que jugara allí, solía jugar en silencio y no molestaba ni cuando James escribía.

De hecho, los dos hermanos se dedicaron a leer mientras Daniel jugaba con un tres de juguete que, curiosamente, no iba por raíles, iba por libros, mesas, estanterías, aire, incluso, por las piernas, lo que hizo de rieran a carcajadas por la alegría contagiosa de Daniel y por las cosquillas que las ruedas hacían en las piernas.

—¿Molesto? —preguntó al ver que sonreía y ninguno leía.

—Para nada, me gusta verte jugar, pero intenta que el tren haga un sonido especial, no es un tren normal ¿verdad? —dijo James mientras Henry reía a carcajadas sin poderlo evitar.

—Claro que es especial, es un tren mágico que recoge a todos los niños pobre de Londres y los lleva a un palacio donde un hada hace realidad todos sus deseos, pero antes, el hada debe de saber si esos deseos son buenos o malos. Los malos no se cumplen, los buenos sí y los niños son felices. Se llama “el tren de los sueños felices”.

—Me encanta, es estupendo —dijo James.

—De no tener ningún escritor en la familia ahora tenemos dos, vaya dúo —dijo Henry riendo con ganas— ¿También quieres ser escritor, Daniel?

—Pues claro, quiero ser periodista, quiero contar la verdad en los periódicos para que nadie invente historias ¿es eso malo? —preguntó dejando caer el tren al suelo mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No, Daniel no, eso no es malo, es bueno. Yo me reía porque me gusta mucho tu mudo en ese tren, no era por lo de ser periodista, estate

tranquilo —respondió con rapidez Henry, quien dejó el libro en la mesa y se apresuró a cogerle en brazos para consolarlo—. No llores hermanito.

Las lágrimas dejaron de caer por las mejillas de Daniel en cuanto Henry le tomó en brazos. Por unos momentos había olvidado que el pequeño acababa de perder a su padre y se encontraba bastante sentido. El enorme parecido entre Daniel y James favoreció el descuido de Henry.

—Por cierto, una pregunta Daniel ¿le pediste eso a James? —preguntó intentando que el niño sonriese.

—Sí, le pedí y me dijo que sí —respondió esbozando una leve sonrisa—, pero ¿estás enfadado conmigo?

—No, no lo estoy. No tengo motivos para enfadarme contigo, eres un encanto de niño y, estoy seguro, vas a ser un gran hombre —dijo dándole un beso en la mejilla.

—Mi padre decía lo mismo, decía que algún día lo sería, pero eso ya no importa, él no está y no lo verá —dijo bajándose para sentarse en el sofá—. Sería muy feliz si viera que la boda se va a celebrar.

—Gracias Daniel, pero aunque tu padre no viva, eso no significa que te haya abandonado, las personas que se van, que nos dejan, es porque ellos ya han cumplido lo que tenían que enseñarnos. La vida es un camino —dijo James relajado, antes de tomar un papel, un lápiz de color y volver a sentarse junto al niño—. Mira —indicó dibujando una línea recta— la vida es un camino que recorreremos. En ese camino, tenemos varios cruces que podemos o no tomar. Cada uno —dijo señalando lo que decía con al intención de que lo comprendiera— tiene diferentes experiencias según el camino. Cuando se es pequeño el camino lo eligen los adultos, cuando se es adulto, lo elige la propia persona. Pero mientras se camina, las experiencias hacer que sea bueno o malo y se van conociendo personas, se van dejando atrás. Cuando las personas ya tienen su camino hecho, nos deja. Es como este lápiz, cuando ya no sirve, lo tenemos que dejar ir, pero nos deja todo lo que hayamos hecho con el, nos deja el recuerdo y el aprendizaje. Con las personas es lo mismo. Cierto que las personas, cuando nos dejan, nos duele, eso es normal y debemos aceptarlo, pero no podemos permitir que nos impida avanzar durante mucho tiempo, porque hay cosas que se van y no vuelven.

—Creo que lo comprendo. Si yo hubiera permanecido en la casa de mi padre, era posible que no pudiera venir nunca aquí, la mina pudo haberse hundido y pillarme. ¿Es eso? —preguntó observando a sus dos hermanos

mayores quienes sonrieron felices de ver que el pequeño, aunque tenía 9 años, era mucho más inteligente que gran parte de los adultos que conocían.

—Pues tengo una idea, ya que eres tan inteligente, ¿te parece que preparemos la casa? Yo mañana tengo que ir a trabajar y a James le irá bien escribir un rato, tú puedes venir conmigo y ver como podemos prepararlo todo, lady Winston se quedará a vivir aquí —dijo Henry ofreciendo su mano al pequeño para que le acompañara, algo que el niño hizo de inmediato—. Tu ponte a escribir, pero no estés hasta altas horas de la madrugada ¿de acuerdo?

James asintió con la cabeza y se dirigió feliz a la mesa, donde todo le esperaba preparado para proseguir con el capítulo 10, en una historia donde el amor era el eje central y América, era el escenario. Muchas personas que conocía esperaban noticias de sus familiares que viajaban al nuevo continente, eso hacía que su inspiración navegase.

Y tanto navegaba que le dio la madrugada sin percatarse de ello, pero cuando Henry se levantó para ir a trabajar y vio que su hermano no se encontraba en ninguna de las habitaciones vacías, comprendió que había pasado la noche en la sala, por lo que se dirigió a ella.

—Ya que no has dormido, supongo que sí querrás desayunar ¿verdad? Anda desayuna conmigo —pidió Henry desde la puerta sin terminar de entrar.

—Claro, estoy hambriento —dijo con una amplia sonrisa poniéndose en pie de inmediato—. Hambriento y con más sueño que nunca.

—Normal, te has quedado toda la noche... me apetece leerla, ¿podré hacerlo cuando la termines? —preguntó Henry mientras James se le acercaba.

—Por supuesto que sí —respondió James con una amplia sonrisa—. Pero sé sincero y no vayas a hundirme muy hundo.

—Anda que...

Los dos hermanos rieron por la ocurrencia mientras se encaminaban a la cocina donde la cocinera se afanaba en preparar un buen desayuno para los dos hombres y uno especial para Daniel que, sabía, no tardaría en levantarse, era un niño de costumbres fijas, que, tras desayunar, nunca salía de la cocina sin antes ayudar a la cocinera a recoger.

—Buenos días Annie —dijeron los dos a entrar en la cocina.

—Buenos días —respondió la cocinera— ¿La boda es el sábado?

—Sí, el sábado, pero no se celebrará aquí —respondió James, percatándose de que la cocinera se había entristecido— ¿qué sucede?

—Me gustaría poder ayudar, cocinar algo —respondió ella.

—Eso es fácil, hable con la cocinera de lady Lowell y póngase de acuerdo con ella —aconsejó con una sonrisa Henry Jones—. Puede ir a su casa cuando lo desee.

—Entonces iré después de los desayunos, sé donde vive —dijo la cocinera mucho más animada, dándose la vuelta para continuar preparando el desayuno para Daniel, quien estaba próximo a bajar.

—Me alegro. Aquí tiene un par de libras, con esto puede pagar el coche —dijo Henry dejando el dinero— y haga el favor de llevar a Daniel, así se entretiene un poco, conmigo trabajando y James escribiendo, me temo que se aburrirá.

—Pero lord Jones, esto es mucho dinero —dijo la cocinera mientras veía las libras— además, cuidar de Daniel es muy fácil, es un niño encantador.

—Pues quédese con la vuelta —dijo Henry al tiempo que cogía un bollo y lo saboreaba—, así se compra algo elegante para la boda, porque con esa ropa... con esa ropa no va a la boda.

—Eso es cierto, es una boda no un funeral, algo más elegante —dijo James con una sonrisa untando el pan con un poco de mantequilla.

La cocinera sonrió conforme a ello. Su vestido no podía cambiar, pero sí podía hacerlo el delantal y la cofia, tenía un conjunto de flores exquisito que nunca antes se había puesto, pues no tuvo ocasión, ninguna fiesta, ninguna alegría, era la primera ocasión en 10 años que llevaba en ese trabajo, pero fueron años tristes, apagados, años que, ella misma lo pidió, en esa casa no se mencionaban, pero los Jones ya sabían suficiente, con conocer que la última casa en la que trabajó, fue la de lord Eden.

Capítulo 20

El pequeño Daniel y lady Winston, prácticamente se levantaron al unísono, con la diferencia de que él bajó de inmediato y ella se encontró en el compromiso de que, o bajaba en bata o comenzaba a gritar hasta que una mujer pudiera ir a ayudarla a vestirse, aunque por suerte, al mirar desde la puerta, pudo ver a una de las criadas.

—Menos mal, ¿podrían ayudarme, por favor? —pidió con las mejillas sonrojadas y un poco de temblor.

—Claro que sí, lady Winston —respondió ella sin tardar en dejar sobre una silla la ropa que llevaba para acercarse—. Usted dirá.

—Pasa por favor, necesito que me ayudes con el corsé y con el vestido —dijo haciendo un gesto para que entrara, cosa que la criada hizo rápida —yo sola no puedo.

—Por supuesto, no hay problema, usted dirá.

La criada la ayudó a vestirse, incluso al peinó, recogéndole el cabello en un moño bajo.

—Espere aquí lady Winston, tengo en mi habitación una flor para el cabello que pertenecía a mi madre, como yo no la usaré, se la voy a dar, le irá a juego con el vestido. No tardaré —dijo la criada sonriente, para salir de inmediato sin tardanza. Regresó con rapidez, estaba ilusionada—. Ya está —dijo una vez se la puso al lado—. Lista. ¿Le gusta?

Soledad desconocía que pensar o decir. Al principio, cuando le dijo que esperara, la emoción y ella agradecimiento se hicieron con su corazón, pero al verse con aquella flor tan hermosa, dos lágrimas cayeron por sus mejillas.

Se puso en pie y abrazó a la criada con cariño.

—Gracias, es un hermoso detalle. Muchas gracias.

—No las merece lady Winston, un placer ayudar —dijo la criada—. Por suerte aquí las cosas son tan diferentes que cada día es una fiesta.

—¿Dónde trabajabas antes? —preguntó curiosa no pudiendo dejar de observar lo hermosa que lucía la flor—. Si no es molestia, claro.

—Trabajaba en casa de lord Eden —respondió—. También trabajaba la cocinera y el ama de llaves, pero no podíamos más. Por suerte, dimo con esta casa.

—No me cabe la menor duda de que somos muchos y muchas las afortunadas de poder disfrutar de esto, puesto que los Jones nos ayudan, pero no podrían hacerlo si nosotras no les dejamos, y eso pasa muchas veces.

—Pues sí lady Winston. En ocasiones, nos ofrecen ayuda y no la vemos y, en otras ocasiones, nos quieren ayudar y no lo necesitamos. El mundo está loco si me permite decirlo —dijo la criada sonriente—. Cuando estábamos en casa de lord Eden era lo que pasaba, todos los días era lo mismo: iba de víctima. Presumía a más no poder de lo que hacía por los demás, y se lamentaba, de lo que le hacía todo aquel que no besaba la tierra por donde él pisaba, inventando historias que nunca sucedieron. Pero no nos centremos en ello, centremos nuestra atención en este momento.

Lady Winston sonrió agradecida y bajó en busca de lord Jones, a quien encontró en la cocina terminando de desayunar, mientras indicaba a Daniel lo planeado para él ese día.

El niño se mostró de lo más feliz, pero no dijo nada, había momentos en los cuales las palabras no importaban, decía más una mirada o una sonrisa, que un diccionario entero. De hecho, desayunó bailando, lo que la hizo sonreír sin poder comprender como era posible que se estuviera imaginando a James y su hijo, un niño que, era posible, fuera parecido a Daniel, pero no tenía mucho sentido que ella pensara en un hijo cuando aún no se había casado.

—Lady Soledad, por favor, venid —dijo James cuando la vio apoyada en el quicio—. Desayunad, tenemos que hablar.

Cuando ella se acercó, James contempló la flor en su cabello. Era una flor rosa igual que los adornos del vestido fucsia que lucía, y el color de sus mejillas. Estaba muy hermosa.

—Vos diréis —dijo Soledad mientras comenzaba a desayunar.

—Ayer, lady Thompson me dio la noticia. Había hablado con el sacerdote de la Catedral de San Pablo y le dijo que nos podía hacer un hueco para la boda el sábado a las 8 de la tarde si estás de acuerdo —informó James temeroso de que la joven hubiera cambiado de idea.

—Es un poco precipitado, pero como no he de avisar a nadie, me parece bien, de hecho, me gusta la idea de casarme. Antes, cuando estaba en la puerta, he imaginado sin darme cuenta que desayunabas con nuestro hijo.

—Soledad, es lo más hermoso que podías decirme. Gracias amor.

Lady Winston sonrió feliz saboreando el desayuno. Siempre quiso conocer el amor, siempre deseó saber que se sentía, y, por fin, podía.. pero era algo que no podía explicar con palabras, tenía que hacerlo con el corazón, debía sentirlo y agradecerlo dejando salir la felicidad.

—James, ¿dónde celebraremos la boda? —preguntó curiosa.

—En casa de lady Lowell, es mayor que esta y el jardín es tres veces este. La cocinera y Daniel van a ir allí yo, si quieres ir con ella... De ese modo, podrás ver el vestido y saber si te queda bien o no, y si te gusta o no —indicó James dejando ya de desayunar.

—Si a ella no le molesta...

—Pues claro que no —respondió la cocinera—. Por mí encantada. ¿Qué dices tú, Daniel?

—Que me encanta la idea.

—Por cierto ¿dónde está Henry? —preguntó Soledad momentos antes de degustar un huevo frito.

—Ya se ha ido a trabajar —respondió James—. Volverá esta tarde para poder ir por su traje y por el mío.

Soledad sonrió, imaginando distintos tonos para el traje, aunque no se decidía por ninguno, todos le quedaban bien a James, con el tono de su pie, con su cabello, sus ojos y su corazón, nada le sentaba mal. Además, ella había descubierto el modo de comprender los sentimientos y sabía que se enamoró desde el primer momento, pero su miedo y lo ocurrido con sus padres le impidieron ver la realidad.

Por fin la veía y le gustaba, aunque también lamentaba no tener con quien compartirlo.

—James, ya que no tengo madrina ni padrino ¿te parece bien que el padrino sea Henry y la madrina lady Thompson? ¿Crees que querrán? —preguntó tomando un trozo de carne.

James sonrió antes de contarle a Soledad la conversación que oyó entre su hermano y lady Thompson la noche anterior. Supuso que, tal vez, a ella no le haría mucha gracia que ya se hubiera tomado esa decisión, pero al contrario, respiró aliviado, pues sintió que todo se ponía en su lugar y ella únicamente tenía que vivir, nada más.

—James ¿por qué me ayudáis tanto, qué pasa? —preguntó.

Era feliz, lo agradecía todo, pero de pronto, una extraña sensación, se apoderó de ella y de su corazón. El mundo giraba, las cosas sucedían según sus deseos, la trataban como a un reina, pero ella no podía poner los pies en el suelo, la llevaban volando, se lo hacían todo, tomaban todas las decisiones, llevaban a cabo todas las conversaciones.

—Daniel, ¿puedes ir con la cocinera a prepararos? Por favor —dijo al ver que el niño ya había terminado de desayunar.

Cuando el niño y la cocinera salieron, James quedó a solas con Soledad y permaneció callado un instante, no sabía muy bien por donde comenzar, por el principio quizás, pero ella eso ya lo conocía, lo que necesitaba era darle una respuesta, aunque esa respuesta no le iba a gustar, podía incluso complicar el asunto de la boda, y no quería, porque ella era feliz, sonreía, tenía un brillo especial en la mirada, lo último que quería era verla sufrir.

—Soledad, nosotros queremos ayudar, facilitar las cosas porque con el asunto de tus padres las cosas son difíciles, y durante el juicio, no salieron más que tristezas y secretos. Toda la sociedad sabe de tu verdadero origen y nadie sabe bien quien eres. Además, hoy serán ejecutados los dos. Tú estás libre, eres inocentes, pero el juez te ha quitado la vivienda para pagar las deudas. Te quedan las 25 mil libras, nada más. Yo te amo desde el principio y lo sabes, no me importa si tienes dinero o no, si tienes un apellido o solo un nombre. Yo quiero que tengas una vivienda, ropa, comida y amor. Por eso nos ocupamos, porque de ese modo, no tendrás que pensar nada más que en tí. Lo siento si me he equivocado...

—Calla James. Calla. Sé que me amas, te creo. Y yo sé que te amo. No puedo perdonarte, no hay nada que perdonar, pero dime una cosa, una. Cuando supiste de mis padres ¿te replanteaste lo de la boda?

—Por supuesto. Una boda rápida y secreta te daría la protección que necesitas, además, impediría que alguien se aprovechara de ti —respondió James con rapidez, dejando ver que sus sentimientos y sus intenciones era ciertas—. ¿Por qué?

—Nada, abrázame. Por favor —pidió llorando sin saber el motivo—. Pero casémonos, no quiero perderte.

James sonrió levemente antes de abrazarla. Lo que ella quería era muy sencillo, pero no podía ayudarla con sus padres y menos aún podía ayudarla con Heidi o con sus sentimientos. Lo único que podía hacer era confortarla y estar a su lado.

—Tranquila mi amor. Cualquier cosa que necesites, ya sabes donde me encuentro —dijo con una sonrisa mientras la abrazaba—. No permitiré que vuelvas a estar sola nunca más.

—¿Me lo prometes? —preguntó poniéndose en pie para rodearle con sus brazos el cuello mientras él la rodeaba por la cintura.

—Te lo prometo —respondió antes de besarla apasionadamente en los labios con la intención de que ella comprendiera lo que para él significaba, y pudiera llevarse esa sensación y ese amor a casa de lady Lowell.

Y lo consiguió, pese a su dolor, pese a llorar con desconsuelo en su interior, su corazón era feliz, estaba ilusionada, deseaba ver su vestido de boda, deseaba saber si le quedaba bien y conocer la casa de quien se la ofrecía para celebrar una boda que se llevaría a cabo en un par de días.

—Voy con la cocinera y con Daniel. Por cierto ¿cómo se llama la cocinera? —preguntó—. Me gustaría llamarla por su nombre.

—Se llama Annie, la vas a hacer muy feliz si la llamas por su nombre, a ella le encanta —respondió James al tiempo que la soltaba—. Prométeme que vas a disfrutar. Es normal que estés triste, que te duela, pero si lo hago ahora es para que no te veas en esa soledad.

—Lo comprendo James, te lo agradezco, a ti y todos. Gracias —dijo esbozando una sonrisa—. Nos vemos esta tarde en la drink tea.

Soledad salió de la cocina con una amplia sonrisa. Pese a su miedo y pese al dolor, la sonrisa era sincera y al ver a la cocinera y a Daniel que le esperaban en el hall, la sonrisa aún se amplió más, pero el pequeño, quien había perdido a su padre, parecía disfrutar, ella no podía hacer otra cosa que ayudar a que esa sonrisa no desapareciera de su angelical rostro.

—Vámonos —dijo Soledad con una sonrisa—. Daniel ¿te apetece sentarte a mi lado?

—Me encantaría —respondió el niño mientras caminaban al coche de caballos— pero ¿te puedo preguntar?

Soledad asintió con la cabeza y, durante el camino, tanto ella como el

niño, mantuvieron una grata conversación sobre libros infantiles, literatura en general y una serie de animales que aparecieron en la charla sin que nadie supiera el cómo ni el por qué. Simplemente apareció y punto, pero se lo pasaron genial, incluso la cocinera, reía divertida al ser testigo de esos sonidos de animales, aunque la vaca parecía un burro y el perro un lobo, toda una mezcla de sonidos que, parecía, no gustaban demasiado a los caballos que rechinaban con movimientos bruscos de cabeza.

Pero cuando llegaron a la mansión de los Lowell, la sonrisa de Soledad no desapareció, al contrario, fue tan alegre que hasta la cocinera sonreía, pese a su miedo y su temor, pues se encontraba en una casa nueva con personas a las cuales no conocía.

Sin embargo, desde el principio, la trataron como a una más, ofreciendo un excelente trozo de jardín para que el pequeño jugara con una pelota, llevando a Annie a la cocina para que conociera el lugar y con quien iba a trabajar el sábado, y acompañando a Soledad a una habitación que daba al jardín.

—Aquí será donde te vistas. Dispone de una cama para que puedas descansar y de todo lo necesario. El ama de llaves y yo nos encargaremos de vestirte y cuando la fiesta termine, el cochero se encargará de llevaros por el parque. Os dará una vuelta y os dejará en la casa, pero al día siguiente debéis de pensar, si de verdad deseáis quedaros aquí o ir a otro lugar, mi familia posee una pequeña vivienda en Bath —dijo lady Lowell con una sonrisa mientras la llevaba al dormitorio y se lo enseñaba.

—Muchas gracias, muchísimas gracias. Bath es preciosa, apenas la conozco, pues la visité de pasada con lady Thompson y lord James Jones el día en el cual fuimos a Bristol en busca de Daniel. En Bath comimos y fue allí donde se me declaró. Tonta de mí, le pedí unos días para pensarlo. Menos mal que él me esperó —dijo Soledad mientras observaba el jardín.

—Pues claro que sí, te ama y eso es lo importante. Pero tú también le amas, lo dice tu mirada y lo dice el hecho de que te flotas las manos nerviosa. No te preocupes, ven, este es el vestido, puedes decir si quieres hacerle un cambio, aún hay tiempo —dijo lady Lowell con una amplia sonrisa mientras abrió el armario de dos puertas y sacaba un elegantísimo vestido de seda marfil y rosa, bordeado de encaje blanco. Era de cintura ajustada, manga larga, llegaba hasta el suelo y tenía una cola de unos dos metros. La campana de la falda no era muy amplia y la sobrefalda se abrió a ambos lados revelando

paneles rosáceos. Poseía encajes debajo del corpiño y del cuello—. No hay diadema, pero si tengo un recogido que puede sujetar el velo.

Soledad quedó maravillada por el vestido. Se acercó y lo tocó para asegurarse de que era real, pero sí lo era. Sonrió emocionada, era el vestido más hermoso, quizás demasiado para lo que ella merecía, pero en cuanto se percató, el ama de llaves y lady Lowell ya le habían colocado el vestido que se ciñó al cuerpo de ella como un guante.

—¿Qué te parece? —preguntó lady Lowell interesada en saber si debía o no realizar algún cambio.

—Me encanta —respondió casi sin poder hablar—. Es...

—¿Queréis algún cambio? —preguntó lady Lowell—. Lo digo por si quieres las mangas más cortas...

Soledad miraba y miraba mientras ella hablaba, pero para ella, el vestido estaba bien tal y como estaba, no necesitaba ningún cambio, no lo quería: el color, los bordados, los encajes, la longitud... Ella vio el vestido de novio de su madre y le encantó, pero el de esa persona que no la conocía... Rompió a llorar porque las lágrimas eran lo único que tenía vida propia.

—Me alegro de que te guste, en realidad, parece hecho para tí. Estás preciosa, verás cuando James te vea —dijo lady Lowell sonriente—. Pero ¿tú también llorando? Dejad las lágrimas para el día de la boda, tenemos mucho por preparar, aunque será una boda pequeña...

—Perdona, ninguna boda es pequeña cuando dos personas se aman y hay personas dispuestas a tanto por ayudar a los novios —dijo Soledad limpiándose las lágrimas—. Lo que pasa es que lamento que mis padres no estén conmigo y que no pueda contar con Margaret, hasta hace pocas semanas fue como mi hermana.

—¿Te refieres a Margaret Smith? —preguntó el ama de llaves, quien se limpió las lágrimas con el delantal y pudo ver que Soledad asentía con la cabeza.

—Ella es la esposa de lord Harper, ¿no le visteis en Bath? Trabaja allí, pero si fue de paso...

—¿En Bath?

Lady Lowell no se hizo de rogar y contó a Soledad, mientras le quitaba el vestido, lo ocurrido con la promesa de que ella no dijera nada, pues al fin y al cabo, era importante que el secreto no se hiciera público, por lo menos, hasta que lord Harper no se diera a ver él mismo, sobre todo, porque su padre

era el mismo que el del pequeño Daniel que jugaba en el jardín como si nada fuera con él.

Capítulo 21

Lady Soledad Winston quedó con la duda de si debía o no decir aquello a lord Jones, pues sabía que la amistad de James y de Nicholas era tan hermosa y tan fuerte, o más, que la de ella con Margaret, por lo cual decirle o no, era muy importante, si le decía, aliviaría a su amado, sabía que agradecería saber que había sido de él, pero si lo callaba y conseguía verle en Bath, Nicholas en persona podría explicar lo sucedido.

—Os voy a pedir un favor —dijo mientras el ama de llaves le ponía la flor—. No digáis nada a James sobre Nicholas. Quiero que sea el mismo Nicholas quien le confiese la verdad una vez le vea en Bath, creo que les iría bien poder verse.

—Por supuesto, es una idea maravillosa, se ve que le amáis, James os quedará agradecido, muy agradecido —dijo el ama de llaves con una sonrisa—. Le pido que si tiene dudas, me las consulte, quedo a sus servicios para lo que desee.

—Soy yo quien os queda agradecida por todo lo que hacéis por mí. ¿Sabéis? —dijo poniéndose en pie y observando el jardín desde la balconada que llegaba al ras del suelo, pero daba un rincón exquisito, pues toda se encontraba rodeada por una enramada verde a la altura de la cintura—. Cuando yo era pequeña mi abuelo falleció. Era una persona maravillosa. Yo le quería muchísimo e iba al Cementerio a visitar su tumba cada dos semanas. Sé que él estaría feliz, pero hoy me alegro de que no viva, no creo que pudiera soportar ver a su hijo en el cadalso, siempre estaba diciendo que se arrepentía de no haber sido más duro con mi madre y de no haberla enviado a

casa de su tía, pero, sinceramente —dijo dándose la vuelta al mismo tiempo que lady Lowell guardaba el vestido de nuevo en el armario— creo que él hizo lo que pudo, enviarla con ese pariente no iba a servir, la tía falleció cuando mi madre tenía 15 años y ella conoció a mi padre a los 16 años. Estoy segura de que uno más uno no siempre es 11.

—¿Lo has comentado alguna vez con James? —preguntó el ama de llaves, quien, al ver que ella negaba, continuó hablando—. Mi consejo es que lo haga, tenéis mucho en común, él también tenía un abuelo.

—Lo sé, de ellos si lo hablamos, pero eran tantos problemas que... Bueno, no profundicé mucho. Ya me estaba ayudando tanto y me daba tanto que...

—Comprendo además, hoy es un día triste no solo para la sociedad, también para tí. Pero me alegra, me alegra muchísimo, ver que sigues adelante. Es lo que debes hacer, preocuparte un futuro y la boda no te beneficia únicamente a tí, también a James, es un hombre que se está creando muchos enemigos, pero en cuanto se case y comience a vender esa novela en al que trabaja, va a cerrar muchas bocas —dijo lady Lowell con una sonrisa juguetona—, empezando con la de sus padres.

—Por mí, encantada, James es un excelente hombre que no merece esa angustia —dijo Soledad—. Por eso quiero darle una alegría, estoy segura de que ver a Nicholas le hará mucho bien.

Las tres mujeres pasaron una mañana muy grata llena de risas, bromas e ilusión, que terminó con un ligero almuerzo entre ellas en compañía del pequeño Daniel, el cual no dejó un momento de contar los diferentes juegos que el mayordomo y él habían disfrutado, pues jugaron durante horas.

Tanto, que apenas era capaz de mantenerse en pie.

—Perdón por la pregunta, pero ¿dónde están sus padres? —preguntó Soledad extrañada al ver que nadie las acompañaba en la mesa.

—¿Mis padres? Ah, ellos están aquí en Londres, pero mi padre rara vez llega antes del atardecer y mi madre posee una tienda en el centro y no llega antes que mi padre, pero vos la conocéis lady Winston, es la propietaria de la tienda donde lady Thompson os compró los vestidos. Me dijeron que tú te quedaste con el vestido marfil, ese era precioso, lo hice yo —confesó lady Lowell con una amplia sonrisa.

—Pues me alegro, el vestido me encanta. Además, es especial, con él me confesó su amor James —dijo y contó la maravillosa experiencia vivida

en Bath, mientras la escuchaban con atención, hasta que las campanas comenzaron a sonar con fuerza en una música triste, anuncio de un funeral.

—Lo siento mucho Soledad, lo siento de verdad —dijo Daniel sin tardanza, poniéndose en pie y abrazándola con fuerza—. Sé lo que se siente, tú no te preocupes, no estás sola, Jame está contigo, y Henry, y lady Thompson, y lady Lowell y yo... Sé fuerte Soledad.

La joven no sabía si lloraba por el dolor de saber que yo habían ejecutado a sus padres o por las tiernas palabras de Daniel, pero lo cierto era que tampoco podía llorar, un nudo en la garganta se lo impedía por completo, mientras desconocía que, en la casa, también padecía James.

Él no era inmune al dolor que Soledad estaba padeciendo, era una niña, una niña que estaba sola en el mundo, que había perdido todo y lo amaba, era consciente del dolor y de la sensación de caer sin tener suelo donde parar. Pero no eran ellos los únicos con el alma partida. Los criados que aceptaron el trabajo en casa de lady Smith, lloraban y rezaban en una habitación ante un crucifijo, igual que quienes permanecieron en la casa a la espera de que las autoridades dieran luz verde a la venta o a lo que desearan con la vivienda.

No obstante, eso no era lo principal, en ese momento, mientras las campanas sonaban, lloraban, porque dos personas habían sido ejecutadas. Dos personas que tuvieron en sus manos la ocasión de cambiar muchas veces, pero no aprovecharon ninguna, ni hicieron nada por cambiar. Estaban cansados, estaban tristes y furiosos, tenían todo y nada veían.

Nada que les diera la felicidad. Nada que ellos valorasen.

Y no era por falta de consejos, les hablaban, pero no escuchaban. Quienes les conocían lo sabían bien, al igual que Heidi comprendió que había cometido un error el haber quedado embarazada. Debía quedarse con su hija, defenderla y protegerla, pero no hubo manera, la perdió, la pudo haber recuperado pero ella había asimilado su papel de criada y quiso arrastrar a su hija, mas no pudo, la ató y ella se escapó.

Ese día, cuando las campanas replicaron, Heidi comprendió que había perdido a los Winston al completo, y el plato que entre sus manos tenía, se rompió en mil pedazos como su corazón.

Pasó el resto del día apagada, llorando a ratos, rezando y ajena a lo que Margaret Smith le decía, sintió que, en el fondo, también se había perdido a sí misma, se perdió en un laberinto y no había marca alguna que indicara el camino correcto, aunque esperaba no encontrar allí a Soledad.

Pero no, no la encontraría.

Soledad regresó con la cocinera y con Daniel a la casa en silencio pero contenta. Según le había contado lady Lowell, el cochero sería el encargado de llevarla tanto a ella como a James a todos lados sin necesidad de que se le pagara, su posición económica había cambiado y trabajaba por gusto.

Aquello era de lo más interesante, pero lo importante era que recibía ayuda por todos lados, aunque deseaba devolver esos favores y no sabía como, por lo tanto lo consultó con Annie antes de llegar a la casa.

—Bueno, es cierto que quien recibe debe dar, mas no se preocupe, ya llegará todo. Lo importante es que disfrute —dijo Annie—. James tiene un trabajo que necesita de mucha calma y comprensión. Habrá días que pueda hablar con él y otros en los que se quedará en el despacho incluso para dormir.

Soledad comprendió lo que quería decir aquella mujer, era cierto que James requería de mucha paciencia y comprensión, era posible que no pudiera ir a todos los bailes, que no pudiera ir al Teatro o que no pudiera ir a los fines de semana que la invitaran, pero no le importaba, ella disfrutaba muchísimo leyendo esas historias, los artículos que publicaba el periódico eran estupendos.

—Comprendo —dijo—. Lo importante es ser feliz. Pero me gustaría ser útil.

—Pero Soledad, vos ya sois útil, estáis haciendo que muchas personas sean felices, ha conseguido que el sueño del ama de llaves se cumpla, que el mío se haya hecho realidad, igual que el de las demás sirvientes de la casa, tenemos trabajo y la paz que buscábamos, sin olvidar que acompañó a James por Daniel, le dio la oportunidad de tener un hogar y quien le atienda sin que ninguno de sus hermanos tenga que abandonar el trabajo. ¿Cree que eso no es ayuda? —preguntó Annie curiosa mientras el coche se detenía.

—Supongo que sí —respondió riendo— lo importante es ser feliz y vivir el día a día aunque la vida no sea del todo grata, pero supongo que es hora de empezar de nuevo y vivir una vida buena y rica.

—¡Así se habla! —dijo Daniel con una buena sonrisa mientras la abrazaba—. Vamos a ver que ha hecho James.

—James ha estado escribiendo, ha estado leyendo y tiene mucha hambre, mucha mucha, pero no quiere comer sola —respondió él mientras tomaba en brazos a su hermano—. Dime Soledad ¿es hermoso el vestido?

—preguntó dejando en el suelo a Daniel y ofreciendo su mano a Soledad para ayudarla a bajar.

— Es el vestido más hermoso que he visto. Es un vestido digno de una princesa, pero no puedo decirte nada más, mañana lo verás, pero —dijo ya junto a él— he de pedirte un favor, uno pequeño: pasar unos días en Bath después de la boda. Lady Lowell nos deja su casa. Por favor, le he dicho que sí, aunque antes quería consultar contigo.

—Me parece bien, de hecho, me gusta la idea, aunque yo también he de pedirte algo, pero si por algún motivo no te convence, tú dilo —pidió una vez bajó también a Annie—. Me gustaría poder ir mañana por la mañana al cementerio para visitar la tumba de mi abuelo ¿te molesta?

—Para nada, me parece perfecto, yo también quiero ir, me gustaría despedirme de mis padres y también limpiar la tumba de mi abuelo, si yo no lo hago, nadie lo hará —respondió serena—. Cochero ¿puede venir mañana para llevarnos?

—Por supuesto lady Winston, será un placer —respondió el cochero con una sonrisa, al tiempo que se quitaba el sombrero en señal de respeto, antes de partir.

También partieron lord Jones y lady Winston, pero para al casa. Ambos tenían tenido un día muy completo en el cual comprendieron que las cosas no siempre podían ser como querían, pero podían usarla a su favor y, sin saberlo, era lo que los dos habían hecho. Una perdió a sus padres sin oportunidad de ver como corregían sus errores, mientras el otro había perdido todo contacto una vez salió de la casa. Los comentarios, los rumores, pero les importaban, en el fondo, únicamente les importaba uno y el otro.

Abrazados, todo lo olvidaban, besándose, igual. La vida estaba siendo una mezcla de situaciones que les llevaba donde querían estar.

—James, la primera vez que nos vimos fue un poco desastre ¿verdad?

—Pues sí, pero me pareciste la chica más completa, me enamoré de tí a primera vez, tal vez por eso me comportaba como un niño —dijo él con una gran sonrisa—. Ven, quedémonos un poco aquí, me sentará bien un poco de aire, estoy cansado.

—Yo también estoy cansada, tantas emociones son demasiado. Además, estoy confusa, me voy a volver loca. Siempre me han dicho que he de ocultar mis sentimientos, pero no sé, creo que cada vez que lo hago me hundo más. ¿Seguro que aún quieres que nos casemos? —preguntó

sentándose en el cenador con al mirada infantil clavada en la de James.

—Por supuesto. Ahora lo quiero más que nunca. Siempre busqué una mujer como tú y, una mujer, no ha de ocultar a su pareja sus sentimientos, la confianza es lo principal —respondió besándole en el dorso de la mano—. Voy a pedirle a la cocinera que nos traiga la cena aquí ¿me acompañas?

—Por supuesto —respondió con una gran sonrisa— es nuestra última cena de solteros, este lugar tan bello y este cielo... Aunque creo que, contigo, todos los lugares son los mejores.

James sonrió. Lo único que lamentaba era que con él no estaría Nicholas. Desconocía como era posible que hubiera desaparecido sin que nadie supiera nada. Ya habían transcurrido dos años, aunque tampoco le extrañaba demasiado, su familia lo presentó en sociedad tarde por diversos problemas que a él no el afectaba de manera directa y, cuando tenía 20 años lo presentaron para apenas tres meses después anunciar el compromiso con lady Smith y dos meses después, casarlos. Y Nicholas, aunque era un hombre muy sincero con todos, no sabía explicarse, de modo que guardó silencio, se mantuvo en silencio absoluto para el día siguiente de la boda desaparecer, aunque luego se supo que tomó un barco que naufragó a las pocas millas náuticas sin que hubiese supervivientes.

—Sé que piensas en Nicholas, yo pienso en Margaret. Algún día todo se solucionará, estoy segura —dijo ella con una amplia sonrisa mientras él sonreía imaginándola caminando vestida de novia por el pasillo de la iglesia hacia el altar.

—Lo sé, como también sé que será la novia más hermosa —respondió para besarla con pasión en los labios mientras Daniel y Henry, quien acababa de llegar del trabajo, les veían con amplias sonrisas de felicidad.

—He cumplido mi promesa abuelo —susurró Henry con las lágrimas saltadas por la emoción.

—Si lloras hoy hermano... mañana vas a necesitar una sábana —rió con la mano puesta en la boca para no molestar a nadie.

—Pues cogeré las tuyas —dijo Henry viendo como Daniel se alejaba corriendo en plan jugueteón—. Ven aquí, no corras, ven aquí. Daniel ven.

Pero el niño no se detenía, estaba feliz y jugar con sus hermanos mayores era siempre un acontecimiento, pues siempre, por muy ocupados o cansados que estuvieran, tenían tiempo para dedicarle, igual que Soledad, la cual seguía besando a James con pasión, agradecidos por darse un motivo

para reír y para mirar la vida de frente uno al otro, aunque en un primer momento, únicamente él se dio cuenta.

Continuará en la siguiente novela

Palabras de la autora

Esta novela que acabáis de leer es parte de una saga. Es seguro que os habéis quedado con ganas de conocer ciertos detalles de ciertos personajes, pero en las siguientes entregas de la novela, esos detalles serán aclarados, incluso ampliados otros que ya tenéis.

La siguiente novela no se hará mucho esperar, al contrario, mi intención es que vea la luz a primeros del mes de enero. Mientras, espero que disfrutéis de esta y, si os apetece pasaros por el blog y conocer los lugares más destacados de esta novela, os invito a ello.

Bath es importante, pero de la ciudad y del laberinto, hablaré cuando la segunda parte de la saga esté a punto de salir, ya que Bath es el escenario principal de ella.

Un saludo y gracias por leerme. Os espero en el blog:
<https://vedickinsonblog.wordpress.com/>

